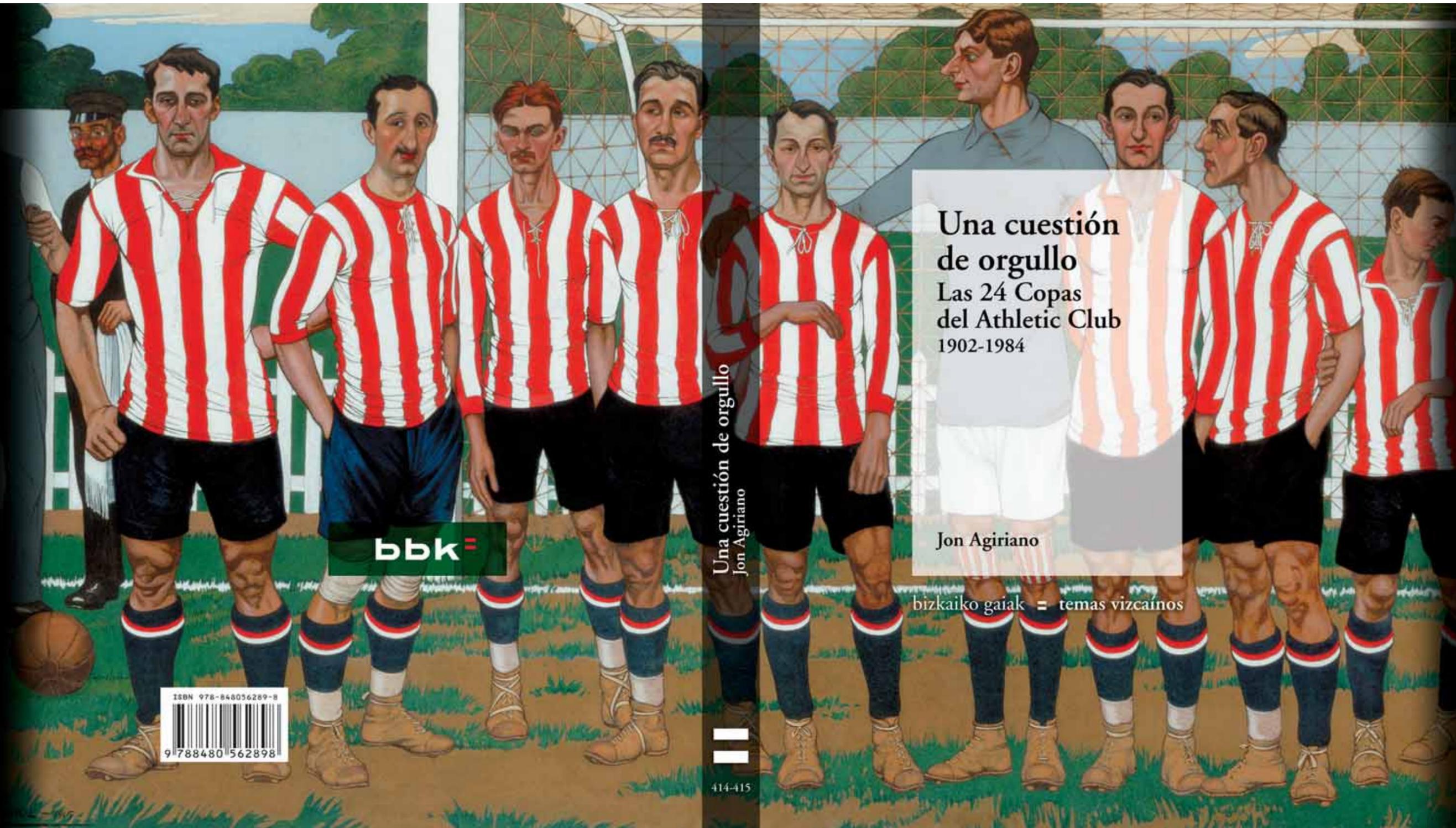




Jon Agiriano (Bilbao, 1964) es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco y trabaja como periodista en *El CORREO* desde 1986. Formó

parte de la sección de reportajes de este diario hasta 1997, año en el que pasó a la sección de Deportes como cronista del Athletic. En 1990 recibió el premio Ícaro de Periodismo convocado por *Diario 16*. Es autor de la novela *La noche vencedora* (finalista del Premio Euskadi de Literatura 2005) y ha participado en diversos seminarios y conferencias sobre Reportalismo y Redacción. Por el conjunto de reportajes que se incluye en este libro recibió en 2009 el Premio Vocento al Trabajo Periodístico del año.



Una cuestión de orgullo
Las 24 Copas del Athletic Club
 1902-1984

Jon Agiriano

bbk



Una cuestión de orgullo
 Jon Agiriano

bizkaiko gaiak = temas vizcainos

414-415

Garai batean esaten zen Kopako finala Athleticek eta beste talde batek jokatzeko zutela; eta izan ere, txapelketa horretako lehenengo hirurogei urteetan zurigorriek trofeo hori 21 aldiz irabazi zuten, eta Real Madrilek, berriz, 10 aldiz baino ez zuen irabazi eta Barça 15 aldiz. Athleticen zori garailea Kopari lotuta zegoen 1902n lehen aldiz irabazi zuenetik. Gero hirurogeiko, hirurogeita hamarreko eta laurogeiko hamarkadetan Kopa hiru aldiz baino ez zen etorri Athleticen eskuetara. Liburu honek zurigorrien oroitidazkira hurbiltzera ahalbidetzen digu. Bere orrialdeetan heroiak agertzen dira: Pitxitxi, Belauste, Lafuente, Zarra, Gainza, Iribar edo mister Pentland, hogei hamarreko hamarkadan Athletic, futbola egiteko makina handia egitea lortu zuena; gerraosteko urte latzak itxaropenez eta zorionez bete zituen laukote magikoa (Iriondo, Zarra, Panizo, Gainza) edo Real Madrili Santiago Bernabeun bertan 1858an Kopa kendu zioten "hamaika abarkadunak." Atzera begiratuz, komeni da ez ahaztea, hamarkada askotan, errealitatean ia-ia mende osoan, Athletic Kopako errege ukaezina izan zela. Bere 24 titulurekin, eta horietako batzuk Di Stefanoren Real Madril (1958) eta Maradonaren Barça bezalako taldeei irabazi ondoren lortuak, kopuru eskurazina izan ziren. Izan ere, azken 25 urteetako lehorte zurigorri iraunkorra gorabehera, gaur oraindik Bartzelonak bakarrik du Bilboko klubak baino kopa-kopuru gehiago.



Colección BIZKAIKO GALAK - TEMAS VIZCAINOS
editado por **bbk** [®]

www.bbk.es

Una cuestión de orgullo

Las 24 Copas
del Athletic Club

1902-1984

Jon Agiriano

414-415

bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Nota de la edición: Todas las fotografías incluidas en este libro salvo dos han sido facilitadas por el archivo del Athletic Club.

Imagen de la portada: *Equipo del Athletic*, caricatura obra del pintor costumbrista José Arrúe (Bilbao, 1885-Llodio, 1977). Pintado en 1915, como homenaje al equipo campeón que dirigía mister Barnes y lideraban Pichichi y Belauste. Colección Athletic Club.

Depósito Legal: BI-3404-09

ISBN: 978-84-8056-289-8

Imprime: GESTINGRAF

Cº de Ibarsusi, 3 – 48004 Bilbao

Hubo un tiempo en el que se decía que la final de Copa la disputaban el Athletic y otro equipo; no en vano, durante los primeros sesenta años de este torneo, el club rojiblanco conquistó el trofeo en 21 ocasiones mientras que el Real Madrid sólo lo hizo en 10 y el Barça, en 15. Su destino victorioso estaba unido a la Copa desde que la ganó por primera vez en 1902. Después, en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, la Copa ya sólo volvió a manos del Athletic tres veces.

Este libro nos permite asomarnos a la memoria rojiblanca. Por sus páginas desfilan los héroes: Pichichi, Belauste, Lafuente, Zarra, Gainza, Iribar o mister Pentland, el creador de la gran máquina de hacer fútbol que fue el Athletic de los años treinta; el cuarteto mágico (Iriondo, Zarra, Panizo y Gainza) que llenó de esperanza y felicidad muchos días de los duros años de la postguerra, o “los once aldeanos” que arrebataron la Copa de 1958 al Real Madrid en el propio Santiago Bernabéu.

A través de estas crónicas nos enteramos que el ‘Alirón’ es la adaptación de un cuplé; de la existencia de un zapatero en la calle La Estufa que fabricaba las botas para los jugadores; de que las primeras camisetas de rayas rojas y blancas llegaron de Inglaterra hace un siglo por error de Juan Elorduy, un bilbaíno jugador del Atlético de Madrid entonces ‘sucursal’ del equipo bilbaíno; de que ese genio apodado Pichichi era sobrino de Miguel de Unamuno, o de que el gran José Mari Belauste

(el del pañuelo en la cabeza con cuatro nudos) no sólo tuvo tiempo de ganar 6 Copas, la última la que se disputó en San Mamés un venturoso 8 de mayo de 1921, sino también de licenciarse en Derecho, aprender euskera y ser un nacionalista vasco militante que tuvo que exiliarse dos veces. Más allá del presente, conviene no olvidar que, durante muchas décadas, en realidad durante casi un siglo, el Athletic fue el indiscutible rey de Copas. Sus 24 títulos, algunos de ellos conquistados tras superar a equipos como el Real Madrid de Di Stefano (1958) o el Barça de Maradona (1984), fueron una cifra inalcanzable. De hecho, a pesar de los 25 últimos años de pertinaz sequía rojiblanca, en la actualidad sólo el Barcelona aventaja al club bilbaíno en número de copas.

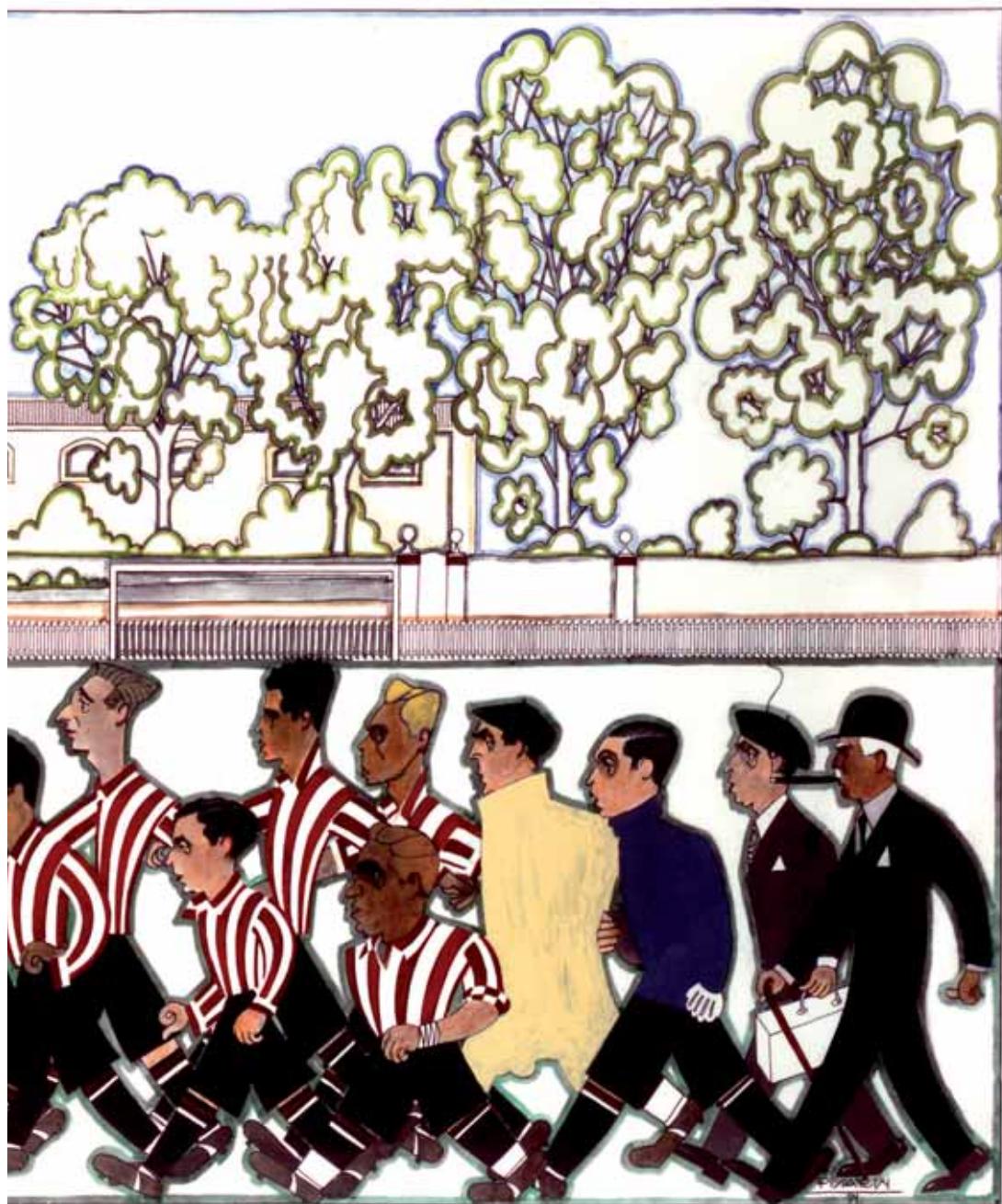
Una educación sentimental

Recuerdo que, cuando leí *Fiebre en las gradas*, me quedó la duda de si la prodigiosa exhibición de memoria que hacía Nick Hornby respondía a la realidad o si, por el contrario, aquel estupendo libro estaba lleno de bonitos y bien calculados aderezos de ficción. Todavía no lo sé. Pero dejémoslo estar y supongamos que todo lo que contaba el escritor inglés era verdad. O dicho de otro modo: supongamos que uno, hinchado desahogado, pasional e irreductible, puede recordar con exactitud la alineación del equipo juvenil del Arsenal de 1987 o que discutió con su novia después de un partido contra el Coventry. En ese caso, mi primera obligación en este prólogo pasa por reconocer que mi memoria rojiblanca no alcanza a tanto. Desde luego, no me permite, salvo en algunos casos puntuales, vincular cada episodio de mi vida a un partido concreto del Athletic. Lo que sí me permite es constatar la gran importancia que las finales de Copa del Athletic han tenido en mi educación sentimental. En la mía y, sospecho, en la de muchos vizcaínos de mi generación.

No tengo ningún recuerdo de la final de 1969, como tampoco lo tengo de la llegada del hombre a la Luna, qué se le va a hacer. Sólo tenía cinco años, de modo que fui perfectamente inconsciente de la importancia que tuvo aquella victoria ante el Elche que puso fin a once años de sequía, el mayor periodo sin títulos que había conocido hasta entonces nuestro club. ¡Qué maravilla esa inocencia de los niños, felices en su mundo



Santista. Puri II. Urbe. Bala. Soriano. Aragoni. Zibani. Murgueta. Robit. C.



Cuba, Soviet Union, Czechoslovakia, Poland, Greece, Spain, Britain, Mr. England.

blindado mientras el de los mayores pende de un hilo, de que un balón traspase una línea pintada de cal!

Mi primera Copa fue, realmente, la de 1973. Por entonces, yo ya era un estricto forofó del Athletic. Dos años antes, había estado en San Mamés por primera vez –mi vecino Unai Bilbao me invitó a aquel viaje iniciático a ‘La Catedral’– y había comenzado a adorar a Txetxu Rojo, Iribar y Fidel Uriarte. Recuerdo que no sabía con cuál de los tres quedarme como ídolo número 1, quizá por ser tan diferentes. A Txetxu le admiraba deslumbrado, como si más que un futbolista genial fuera una estrella del cine. Fue él quien me hizo entender el significado profundo de la palabra clase aplicada al fútbol. De Iribar me fascinaba su autoridad majestuosa. Escribió una vez el periodista Enric González que ‘El Chopo’ era capaz de colocar la barrera simplemente arqueando una ceja. Yo también tenía esa impresión. Si me llegan a decir entonces que Iribar, desde la media luna de su área, había separado en dos partes el césped de San Mamés alzando un báculo, como hizo Moisés con las aguas del mar Rojo, me lo hubiera creído. Fidel Uriarte, por su parte, era el valiente guerrero, indestructible, que todo niño quiere ser.

No hace falta decir que no me perdía un partido del Athletic en la radio o en la televisión. Los encuentros televisados eran entonces tan escasos que se convertían en un acontecimiento. De ahí quizá que, cuando llegaba ese día, mi madre me animara a ponerme mi uniforme del Athletic, incluidas unas botas altas con tacos de goma con las que, por misteriosas razones, me sentía muy poderoso.

De aquella guisa presencié la final de 1973 en el estadio Vicente Calderón. Curiosamente, no la ví en mi casa, sino en la de nuestro vecino de escalera, Jesús Albarrán, que me invitó a presenciarla en su compañía, no recuerdo muy bien por qué.

◀ Dibujo de Pisarin del legendario equipo del Athletic que ganó dos Ligas y cuatro Copas consecutivas en los años 1930, 1931, 1932 y 1933.

Marino jubilado, Jesús era un hincha medular del Athletic. Entré en su casa diez minutos antes del partido, con la curiosidad de explorador que siempre despiertan los hogares ajenos. Recuerdo la impresión que me causó ver de cerca, al final del recibidor, una gran estatua de madera con la figura de un campesino oriental. Supuse que la habría traído de alguno de sus viajes por los mares de Indochina. También recuerdo que Juaní, la mujer de Jesús, me puso para cenar un filete con patatas de un tamaño que sólo he vuelto a ver en algunos restaurantes populares de Estados Unidos. Lo trajo durante el descanso, al que el Athletic había llegado ganando 1-0 gracias a un gol de Arieta. Yo, pese a todo, estaba nervioso. «Cena tranquilo que esto está hecho», me dijo Jesús. Y así fue. Pude hacer tranquilo la digestión durante una segunda parte sin grandes sobresaltos y, tras el 2-0 de Zubiaga, celebrar el título por todo lo alto. Tenía 9 años y nunca he dejado de asociar esa victoria a las sólidas certezas sobre la vida que uno necesita en la niñez. Que el Athletic ganara al Castellón no sólo era entonces un deseo sino el dictado de una ley natural.

Tuve que esperar cuatro años para vivir mi segunda final. Fue una historia bien distinta. Nunca la olvidaré. Estábamos a finales de junio, ya de vacaciones. Y llevábamos más de un mes sangrando por la herida que nos había dejado en el alma la terrible derrota en la final de la UEFA ante la Juventus. Aquel dolor necesitaba un fuerte paliativo y qué mejor que tumbar al Betis en la Copa. La victoria, además, parecía coser y cantar para el equipo de Koldo Aguirre, un tanto efímero como todos los grandes perfumes, sin duda el Athletic al que mejor he visto jugar al fútbol en mi vida. En esta ocasión vi la final en mi casa, junto a mis padres, mis hermanas y mi hermano pequeño, Xabier, que era entonces un bebé de meses. La verdad es que yo también hubiera querido serlo aquella noche trágica. Han pasado 32 años y todavía me duele aquel partido, aquella tanda de penaltis que fue una tortura china. Me fui a la cama desolado, llorando de rabia, sin saber que la vida me

estaba dando una nueva lección, la del final de la inocencia, la de los primeros sueños rotos de la adolescencia. Aquella noche muchos aprendimos a distinguir para siempre la derrota de la victoria, un saber imprescindible que ahora parece que se quiere hurtar a nuestros más pequeños.

Hubo que esperar a 1984 para vivir la tercera final. El club vivía momentos de gloria y el desembarco en Madrid para lidiar contra el Barcelona de Maradona fue uno de los más numerosos de los que se tiene noticia. Aquello fue una juerga, una gran fiesta anticipada. Éramos campeones de Liga y la misión del viaje no era otra que hacer historia logrando el doblete. Fue la primera final que presencié en directo y nunca olvidaré aquellas cuatro horas en la grada de general del Santiago Bernabéu, justo detrás de la portería en la que marcó Endika, apretados como soldados en la trinchera durante lo más duro del bombardeo, con nuestras banderas e ikurriñas.

Aquella victoria vino a representar el esplendor de la juventud, del mismo modo que la derrota contra el Atlético de Madrid al cabo de un año vino a mostrarnos, sin que entonces nos diéramos cuenta, el camino de desengaños que conduce a la madurez. Lo comprobamos en los años siguientes, cuando el Athletic fue encadenando tristezas en su torneo predilecto y los hinchas rojiblancos de mi generación comenzamos a quemar etapas en nuestra biografía y a sufrir en nuestras carnes la prueba más irrefutable del paso del tiempo: que los jugadores de fútbol sean todos más jóvenes que tú y las promesas nacientes de tu equipo puedan pasar por tus hijos. No es algo fácil de aceptar, la verdad. De ahí la ilusión con la que tantos y tantos cuarentones rojiblancos vivimos la pasada final de Copa en Valencia. En cierto modo, volvimos a ser jóvenes. Y de ahí la ilusión de que el Athletic conquiste pronto su Copa número 25 y este libro quede obsoleto, obligado a una reedición que incluya esos nuevos capítulos con los que soñamos.

Una cuestión de orgullo

En el principio fue una cuestión de orgullo, casi un lance de honor. La doble victoria del *team* Bizcaya sobre el Burdigala de Burdeos los días 9 y 31 de marzo de 1902 fue un acontecimiento que no tardó en conocerse en los ambientes del *foot-ball* de toda España. Éstos eran todavía un reducto germinal con escasa implantación, pero entre los entregados a la nueva causa, jóvenes ricos y modernos, las noticias ya corrían como la pólvora. El gran triunfo de los vascos tuvo el efecto lógico: despertó la curiosidad y la envidia del resto de los equipos que entonces daban sus primeros pasos. Desde la capital catalana, el FC Barcelona y el Español lanzaron el guante del desafío. Ardían en deseos de enfrentarse a esa selección formada por jugadores del Athletic y del Bilbao que había sido capaz de merendarse (0-2 y 7-0) a los campeones del noroeste de Francia.

No hace falta decir que los jugadores del Bizcaya –¡buenos eran aquellos señoritos bilbaínos!– estaban encantados con la situación. Uno los imagina sentados en su rincón del café García, atusándose los bigotes, con la pipa en la mano y una sonrisa de condescendencia especialmente dedicada a aquellos incautos catalanes que habían osado cuestionar su dominio en los campos de *foot-ball*. De modo que les respondieron diciendo que estaban a su disposición para enfrentarse a cualquiera de ellos. Ahora bien, puestos a elegir, los bilbaínos reconocían que les hacía especial ilusión jugar contra el más poderoso de los dos, el Barcelona, que acababa de fusionarse con el His-





pania y disponía de un plantel de futbolistas numerosísimo y más disciplinado que la Guardia Suiza.

El día, la hora y los padrinos de ese gran duelo acabarían poniéndolos, de forma involuntaria, Carlos Padrós, un barcelonés de Sarriá que vivía en la Villa y Corte y que, unos días antes, al mismo tiempo que el Bizcaya triunfaba en su primer compromiso internacional en tierras de la Gironde, había participado en la fundación de un nuevo club que daría bastante de qué hablar: el Madrid FC. Deseoso de que su equipo, que pocos años después alcanzaría la categoría de Real, se enfrentase a los mejores de España, Padrós decidió organizar un torneo aprovechando los festejos que iban a celebrarse en Madrid para festejar el decimosexto cumpleaños y la coronación de Alfonso XIII. Consiguió que el Ayuntamiento le donara un bello trofeo, que le cedieran el campo de polo del Hipódromo de La Castellana para la disputa de los partidos y que se inscribieran cinco equipos: dos madrileños, el New FC y el Madrid FC; dos catalanes, FC Barcelona y Español; y un bilbaíno, el Bizcaya.

El 12 de mayo de 1902, todos los participantes estaban en Madrid. El número impar de inscritos obligó a que, al día siguiente, dos de ellos tuvieran que enfrentarse en una primera eliminatoria de cuartos de final. Les tocó la china al Español y al Bizcaya. No fue un buen presagio, ciertamente, ya que los vizcaínos estaban bastante justos de efectivos. De hecho, llevaban un mes y medio sin jugar juntos –el del Burdigala había sido su último partido– y algunos de sus futbolistas, caso de Careaga y Ramón Silva, estaban tocados. Los bilbaínos, sin embargo, salieron airosos de su primer compromiso con mayor facilidad de la prevista (5-1). Según dicen las crónicas, el Español notó en exceso la ausencia de jugadores extranjeros en su *eleven*. Eran el único club al que entonces sus propios estatutos negaban la posibilidad de alinear foráneos. Dos horas

◀ 1902. Equipo del Bizcaya, integrado por jugadores del Athletic y del Bilbao, campeón de la Copa de la Coronación de Alfonso XIII.



1902. Alejandro de la Sota, autor del gol decisivo en la final de la Copa de la Coronación y presidente del Athletic entre 1911 y 1917.

después del Bizcaya-Español, el Barcelona se impuso por 3-1 al Madrid. Al día siguiente, mientras el escuadrón barcelonés descansaba velando armas para la gran final, el Bizcaya tuvo que desgastarse aún más haciendo los deberes ante el New madrileño, al que derrotó por un contundente 8-1. William Dyer hizo cuatro goles. Se lo pasó bien aquella tarde el delantero centro de Sunderland.

El gran duelo estaba servido. Había llegado la hora del desafío. Era el momento de dilucidar una cuestión de orgullo, la primera supremacía del fútbol español. Hay que imaginar la

foto que no se hizo antes de la final. A un lado, el Barcelona, con su plantillón de lujo. Tenía hasta 37 suplentes y una nómina escogida de extranjeros: los Morris, Parsons, Steinberg, Gamper, Meyer, Witty... Eran buenos, llevaban un mes y medio entrenando juntos a diario para la gran cita y, además, estaban frescos como lechugas. Ninguno de los titulares en la final había jugado contra el Madrid.

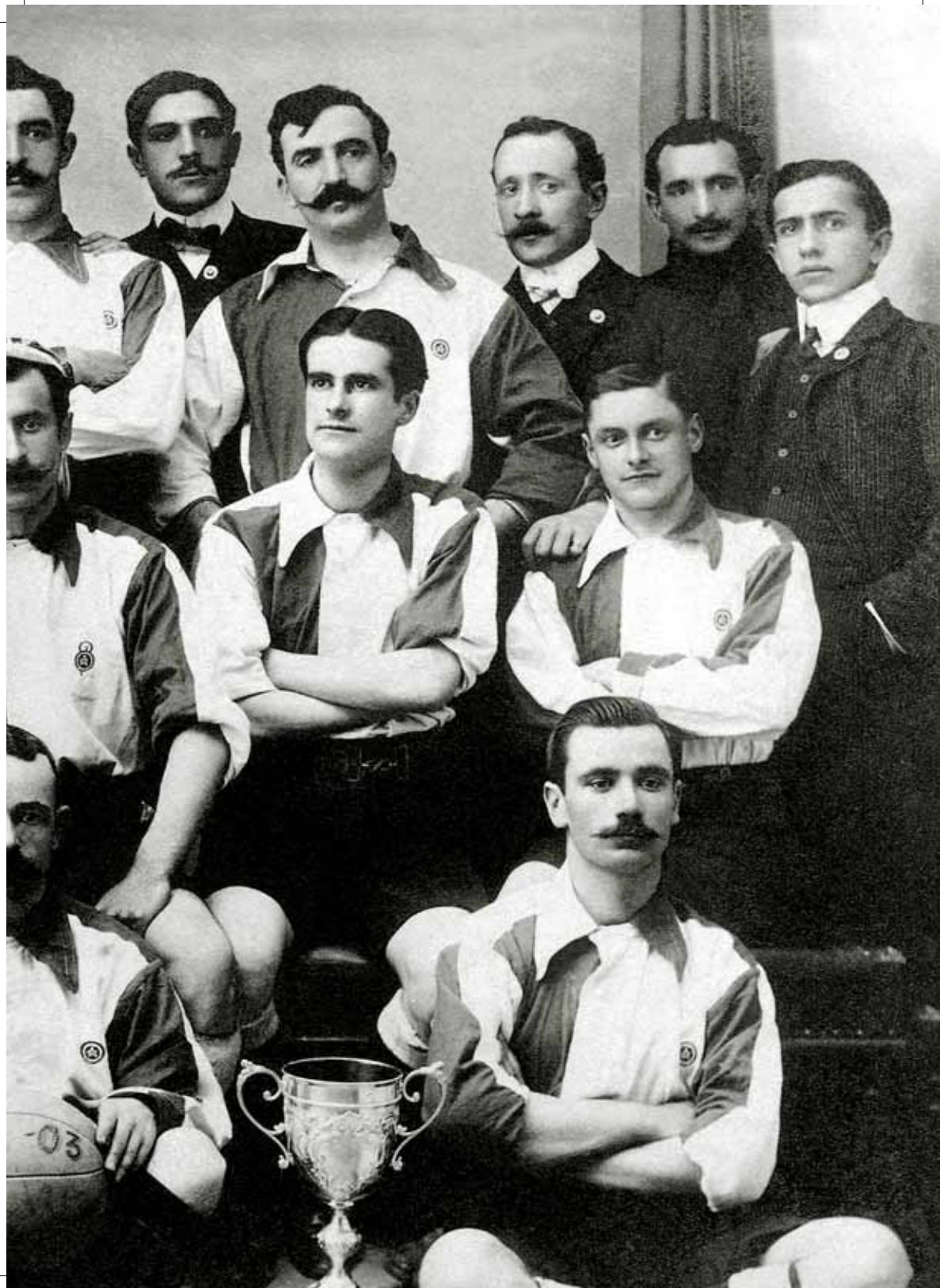
Habían podido descansar, reservando fuerzas para concentrarlas en el único enemigo que les importaba. En medio de la fotografía hay que situar a Carlos Padrós, que aparte de organizador, ejercía también de árbitro. Al otro lado estaba el Bizcaya. Sietes jugadores eran del Athletic (Larrañaga, Luis Silva, Amado Arana, Goiri, Cazeux, Astorquia y Ramón Silva) y cuatro del Bilbao (Luis Arana, Careaga, Dyer y Evans). Vestían de azul y blanco, lucían *cap* inglés y bigotones decimonónicos, y gastaban botas manufacturadas por Germán, el zapatero de la calle de la Estufa. Estaban cansados, así que salieron como un vendaval. Dos goles de Astorquia y Cazeux sorprendieron al Barcelona, que sólo pudo acortar distancias en la segunda parte con un gol de Parsons. El primer torneo de fútbol disputado en España –o ‘concurso’ como se lee en la inscripción del trofeo– llegaba así a Bilbao. Era una bella copa. Meses después de su conquista, Alejandro Acha, fundador y portero del primer Athletic, tuvo que acudir a rescatarla a la sede del club en la calle Nueva horas antes de que los acreedores la asaltasen. Gracias a su previsión, hoy se la puede admirar en el museo del Athletic.

La arenga de Astorquia

De la primera gran figura del Athletic, Juanito Astorquia, la información que ha quedado es muy escasa; apenas un puñado de detalles biográficos que no alcanzan, desde luego, para hacer justicia a un personaje fundamental en la historia del club. Se sabe que aprendió a jugar al fútbol en Manchester y que, ya en Inglaterra, destacó por su habilidad y dominio del balón. Tanto es así que, en el *college* católico donde estudió inglés, lamentaron amargamente su regreso a Bilbao. Perdían a una de sus estrellas. Se sabe también que Astorquia fue una pieza clave para impulsar el fútbol en la capital vizcaína. Su entusiasmo contagioso prendió entre sus amigos y compañeros de tertulia en el Café García, Alejandro Acha, los hermanos Iraolagoitia, Luis Márquez, Enrique Goiri y Eduardo Montejo. Juntos comenzaron a jugar en la campa de Lamiako y juntos participaron en la creación del Athletic. Aparte de ser uno de los 33 padres fundadores del club, Astorquia fue el primer capitán del equipo y su presidente en 1903, año en el que el Bilbao pasó a formar parte del Athletic. Murió joven, en 1905, a los 33 años, sin llegar siquiera a sospechar la dimensión que iba a adquirir aquel club recién nacido.

Aparte de lo dicho, hay otra tipo de información añadida respecto a Juanito Astorquia que puede extraerse sin riesgo de equívoco observando simplemente algunas de las pocas fotografías que se conservan del Bizcaya y del Athletic. En ellas aparece siempre, con el pelotón en las manos o hundido entre sus piernas, un tipo de miradora retardora y ceño frun-





cido. Basta un simple vistazo para reconocerle como el jefe de la banda. Los demás miembros del *team* posan sonrientes, serios, despistados o expectantes, a la espera de que el fotógrafo, tras meter la cabeza en el capuchón, active su cámara y suelte la humarada de magnesio. Astorquia, en cambio, ofrece una imagen imponente. Parece que te va a saltar al cuello. Viéndole, sus rivales sólo podían extraer una impresión: la de peligro inminente.

El liderazgo de Juanito Astorquia fue clave para que el Athletic lograra en 1903 su primer título oficial reconocido: la Copa del Rey. El organizador del torneo volvió a ser Carlos Padrós, que había quedado encantado con la experiencia del año anterior. Esta vez, sin embargo, las gestiones del futuro presidente madridista para encontrar equipos no tuvieron tanto éxito. La mayoría de los clubes a los que cursó invitación declinó la propuesta. Llegaron negativas desde Vigo, Huelva, Salamanca, San Sebastián y, lo que es más sorprendente, también desde Barcelona. El subcampeón de la Copa de la Coronación no quiso intentar la revancha ante los vizcaínos.

De este modo, la primera Copa del Rey acabó siendo un triangular que enfrentó al Madrid FC, al Español de Barcelona y al Athletic Club. La competición se inició el 6 de abril con una clara victoria del Madrid sobre el Español (4-1). Al día siguiente, el Athletic entró en liza y goleó sin problemas al equipo catalán (4-0). Los bilbaínos, blanquiazules entonces, estaban de nuevo en la final. Y de nuevo, como el año anterior, llegaban al partido decisivo en el Hipódromo de Madrid sin tiempo para descansar, al contrario que su rival. La final desbordó todas las previsiones de asistencia: más de 5.000 espectadores. El fútbol comenzaba a convertirse en un deporte popular. Por el Athletic se alinearon Alejandro Acha de portero; Luis Silva y Amado Arana de defensas; Goiri, Cockram y Ansoleaga en el centro del campo; y Alejandro de la Sota, Montejo, Astorquia, Cazeaux y Evans en la delantera.

1903. Juanito Astorquia, fundador, presidente y primer capitán del Athletic calzando las botas manufacturadas por Germán, el zapatero de la calle La Estufa de Bilbao. ►

◀ Equipo del Athletic que conquistó la Copa de 1903 ante el Real Madrid.



Eran un buen equipo, pero cuando comenzó el partido parecían tenerlo todo en contra. No sólo se trataba de que jugaran en territorio enemigo y arrastraran un mayor cansancio. Por si esto fuera poco, el sorteo de campos benefició al Madrid y los bilbaínos tuvieron que jugar la primera parte con un fuerte viento en contra. Los madrileños se aprovecharon de la circunstancia y con goles del marqués de Valdeherrazo y de Neyra en los minutos 15 y 40 parecieron decantar la final. Es lo que pensaba el público, que en el descanso se puso a celebrar el título de antemano e hizo rechifla de los jugadores del Athletic; una actitud que provocó algunas peleas en la grada y acabó de encorajinar a un hombre al que los goles en la portería de su amigo Alejandro Acha le habían sentado como dos puñales clavados en la espalda: Juanito Astorquia.

Como capitán —entonces no había entrenador—, el delantero bilbaíno se sintió en la obligación de dar un paso al frente. Aquello no podía seguir así. Antes de comenzar la segunda parte, reunió a los jugadores en torno a él y les lanzó una arenga de rey espartano. Su contenido exacto se desconoce, pero cuentan las crónicas que la terminó con un grito de guerra: «Por el Athletic y por Bilbao». Su mensaje surtió efecto. Y no importó que el viento amainara y el Madrid se beneficiara de ello. Los jugadores del Athletic combatieron en todas las trincheras del campo como si les fuera la vida en ello y remontaron con goles de Cazeux, Montejo y Alejandro de la Sota. Este último, futuro presidente del Athletic entre 1911 y 1917, culminó en el minuto 80 una bella jugada de Walter Evans, el *wing* izquierdo del Athletic, quizá su futbolista de más talento. De la Sota entraba desde atrás, atento a las diabluras del inglés, y recibió un balón tan perfecto que sólo tuvo que empujarlo con el pecho a la red. «Lo metí con el corazón», dijo años después, recordando aquel gol histórico.

El temible señor Avecilla

Entre los 24 títulos de Copa que lucen en el palmarés del Athletic y brillan en sus vitrinas hay uno cuya conquista no permite ningún vuelo épico al ser recordada. Más vale despacharla, pues, con la frialdad de un trámite administrativo, de un papeleo de oficina. Se trata de la Copa de 1904, a la que el Athletic, lastrado por graves problemas económicos y con los acreedores aporreando la puerta de la sede del club, llegó tras salvarse *in extremis* de la disolución en la histórica Junta General del 15 de noviembre de 1903.

El torneo fue organizado (es un decir) por la Federación Madrileña de Fútbol y resultó un desastre de principio a fin. Tanto es así que el Athletic acabaría llevándose el título sin jugar un solo partido y por su condición de vigente campeón. El lío fue de tal envergadura que merece la pena recordarlo. Al fin y al cabo, como chapuza no sólo fue ejemplar. También fue la primera en la historia del fútbol español, tan pródiga en ellas.

Las bases de aquella Copa estipulaban que sólo podía disputarla un equipo de cada región. El Athletic sería el representante del País Vasco y el Español lo sería de Cataluña. La duda estaba en la identidad del equipo madrileño. Había varios clubes dispuestos a hacerse con ese honor, por lo que hubo que organizar un torneo previo entre ellos. El que lo ganara se enfrentaría con el Athletic y el Español en un triangular, como en la edición del año anterior ganada por los bilbaínos. El reglamento del torneo fijaba claramente las fechas de la com-





petición. Las eliminatorias de Madrid deberían estar resueltas antes del 23 de marzo y los partidos del triangular por el título comenzarían a disputarse el día 26 del mismo mes.

En un principio, sólo dos clubes de la capital de España se apuntaron a las eliminatorias para designar al campeón madrileño: el Español de Madrid y el Madrid-Moderno, un nuevo equipo formado tras la fusión del Madrid FC y el Moderno. A última hora, sin embargo, se permitió la inscripción de dos equipos más, el Moncloa y el Iberia. Ahí comenzó el lío.

Los dos últimos equipos en apuntarse fueron los primeros en enfrentarse. Lo hicieron el 13 de marzo en un terreno de juego habilitado en el campo de Tiro a Pichón de Madrid. El Moncloa se impuso por 4-0. El 19 de marzo les tocó el turno al Español de Madrid y al Madrid-Moderno. La batalla fue de época. El encuentro terminó con empate a cinco y 22 jugadores sin aliento, reventados por el esfuerzo. Tanto es así que los dos capitanes acordaron no disputar la prórroga. No se veían con fuerzas y ánimo para proseguir aquella batalla encarnizada de la que no parecía poder salir un vencedor y un vencido. Mejor jugar otro partido.

El problema surgió a la hora de determinar cuándo hacerlo. El Español quería jugar al día siguiente, sin más dilación, pero el Madrid-Moderno recordó que el reglamento impedía disputar desempates antes de que transcurrieran 48 horas. Las negociaciones se prolongaron hasta bien entrada la noche, pero no hubo forma de llegar a un acuerdo. El Español acudió al día siguiente a disputar el partido y su rival no apareció. Fue en aquel momento crítico cuando entró en acción Ceferino AVECILLA, a la sazón presidente de la Federación Madrileña de Fútbol y del Español de Madrid. Un tío listo. El hombre no se anduvo con remilgos ni escrúpulos reglamentistas. Por lo visto, no iban con su carácter. Declaró vencedor a su equipo

◀ La plantilla del Athletic que se llevó la Copa de 1904 por incomparecencia de sus rivales posa vestida de calle.

por incomparecencia del rival y aquí paz y después gloria. Lo que no pudo arreglar el señor Avecilla fue el desaguisado que había provocado en el calendario la inclusión del Moncloa y el Iberia. Todo se había retrasado una semana.

Ajeno a estas cuestiones, apoyado en el reglamento del torneo igual que Moisés en las Tablas de la Ley, el Athletic se presentó en Madrid el 25 de marzo. Al día siguiente, como estaba estipulado, debería jugar su primer partido. Nadie acudió a recibir a los bilbaínos a la estación de Chamartín, ni tampoco al hostel en el que se hospedaban, pero ese feo detalle no les sorprendió. Ya sabían lo que les esperaba. No iban a tener rival. El Español de Madrid y el Moncloa todavía no habían jugado su partido –iban a hacerlo el día 27– y el Español de Barcelona se había negado finalmente a participar en la Copa por desavenencias con la Federación Madrileña.

Así las cosas, cuando el 26 de marzo el Athletic acudió al campo de Tiro a Pichón no había allí enemigo a la vista. Eso sí, todo estaba previsto. Como tampoco era cuestión de volver a casa sin haber pegado unos toques y estirado los músculos, los bilbaínos disputaron un amistoso con los estudiantes de Ingeniería que jugaban en la ‘sucursal’ que el club tenía en Madrid, el futuro Atlético.

Al día siguiente, mientras la expedición del Athletic regresaba a Bilbao en tren, el Español de Madrid y el Moncloa disputaron su partido. Fue un choque polémico. La guinda de la estelar chapuza. El Español ganaba por 1-0 cuando uno de sus defensas, Hermúa, se rompió la tibia y el peroné en un lance del juego. El árbitro suspendió el encuentro y, para pasmo de los jugadores del Moncloa, dio la victoria definitiva al equipo de Ceferino Avecilla, que se frotó las manos y actuó con rapidez. Fijó la final para el 30 de marzo y, al no comparecer allí el Athletic, declaró vencedor del torneo a su club. La cacicada fue de tal calibre que no pudo sostenerse mucho tiempo. Enrique González de Careaga, el presidente rojiblanco, hombre cercano a Alfonso XIII, se aprestó a mover sus hilos en la Corte. No fue





necesario. Los propios equipos madrileños se opusieron a la proclamación del Español como nuevo campeón y decidieron que, dado que el 26 de marzo, fecha prevista para la final en el reglamento del torneo, sólo se había presentado para disputar el partido el Athletic, los bilbaínos retendrían el título.

◀ 1904. Imagen de época del Campo de Tiro a Pichón de Madrid, donde debió disputarse la Copa del año 1904. Archivo: *ABC*.

Gloria en rojo y blanco

Después de levantar las tres primeras Copas disputadas en España, el Athletic entró en crisis y se pasó un lustro entero sin volver a conquistar el título. Entre 1905 y 1910, la luz se apagó. El club vivió una época de desaliento, inquietud y dudas. A esta depresión contribuyeron una serie de factores que, unidos, tuvieron un efecto tan nocivo que hasta la propia supervivencia del Athletic llegó a estar en entredicho. Para empezar, la escasez de partidos comenzó a desmotivar a los jugadores, que entrenaban poco y sin grandes ilusiones. Y eso que, desde la prensa, que ya entonces comenzaba a tener en el fútbol uno de sus grandes bocados informativos, no se les dejaba de recordar su responsabilidad como representantes de la ciudad. Pero no había manera. Para jugar la final de 1905, por ejemplo, el Athletic tuvo que recurrir a jugadores de su 'sucursal' madrileña, ya que de Bilbao no viajaron suficientes para completar el once.

La derrota ante el Madrid, que se repetiría al año siguiente por un contundente 4-1, acabó de extender el desánimo en una ciudad conmocionada por las inundaciones de agosto de 1906. El club perdía aficionados y la idea de resucitar al Bizcaya para reactivar el pulso de la hinchada no tuvo éxito. La edición de 1907 cayó también del lado del Madrid, que todos los años se beneficiaba del factor campo ya que las Copas tenían que celebrarse por decreto en la capital de España. Esta imposición comenzó a irritar a los clubes de la periferia. Tanto es así que el Athletic no acudió a la edición de 1908, de nuevo ganada por el conjunto blanco. Sí lo hizo a la de 1909, la primera organizada por la recién creada







Federación Española, pero tampoco entonces pudo alzarse con el trofeo. Fue el Club Ciclista San Sebastián, que en apenas un par de años se había convertido en el enemigo predilecto del Athletic, el que interrumpió cuatro años de dominio madridista.

Se entró así en 1910, un año que marcaría la historia del club bilbaíno. El 9 de enero, en un partido amistoso disputado en Amute contra el Sporting de Irún, el Athletic jugó por primera vez con la camiseta rojiblanca. El sorprendente cambio de indumentaria, de cuya razón poco o nada trascendió y fue aceptado sin mayores problemas, no fue una apuesta de la directiva sino una casualidad. Resulta que Juan Elorduy, un estudiante bilbaíno de Ingeniería de Minas que jugaba en el Athletic de Madrid, había viajado a Londres a pasar las Navidades. Antes de partir, recibió un encargo de la directiva del Athletic de Bilbao: la compra de 25 camisetas de fútbol. Las inglesas eran las mejores. Estaban forradas de felpilla y no desteñían. En el Athletic, por supuesto, las querían azules y blancas, como las del Blackburn Rovers.

◀ Alineación del Athletic que, vistiendo la camiseta a rayas rojas y blancas por primera vez, se alzó con un nuevo título en 1910.



1910. Plantilla del Atlético de Madrid, por entonces 'sucursal' del Athletic. El segundo por la izquierda es Juan Elorduy.

Elorduy era joven, rico y bien parecido. Supongamos también que poco previsor. Y convengamos que Londres ofrecía muchas distracciones para alguien como él. El caso es que dejó las cosas para el último día y, cuando fue a comprar las camisetas, en la tienda ya no quedaban. Así que tuvo que improvisar. Al llegar a Southampton, antes de tomar el barco que le devolvería a casa, compró 50 camisetas del club local, que vestía de rojo y blanco. Al fin y al cabo, eran los colores de la bandera de Bilbao. El Athletic, tras sopesar la situación, decidió quedarse con 25. La otra mitad la llevó Elorduy a Madrid. A la 'sucursal'.

El segundo hito de 1910 fue la recuperación de la gloria. El Athletic ganó su cuarta Copa y lo hizo a lo grande. En la semifinal superó al Madrid y en la final, a los vigentes campeones y en su propia casa, el campo de Ondarreta. Que el nombre del rival fuese Vasconia Sporting Club no debe llevar a engaño. Se trata-

ba de un cambalache. Los jugadores del Ciclista San Sebastián habían formado meses antes un nuevo club, la Real Sociedad, pero como éste no tenía el año de antigüedad al que obligaba el reglamento de la Copa decidieron competir bajo el pabellón de otro club de la ciudad que sí cumplía ese requisito, el Vasconia Sporting. Pero eran los campeones, los defensores del título.

El partido no pudo ser más vibrante. Tras cinco años de agitaciones y cambios constantes en su plantilla, el Athletic presentaba por fin un equipo solvente. Comenzaban a destacar futbolistas importantes como José Mari Belauste, Zuazo, Iza, Arzuaga o Iceta y, por si estos jóvenes no fueran suficientes, el club se había reforzado para la ocasión con cuatro futbolistas británicos: Grapham, Burns, Veitch y Cameron. Un gol del gallartino Remigio Iza decidió la final. Los rojiblancos defendieron esa renta con coraje y oficio para desesperación de la hinchada local, que al final del partido se tiraba de los pelos. Un sector del público, el que ocupaba las localidades más populares, no soportó la afrenta y apedreó a los rojiblancos cuando se retiraban eufóricos a los vestuarios. Fue la primera vez que un derbi vasco terminó como el rosario de la aurora, pero no sería la última.

La victoria en San Sebastián provocó el primer recibimiento multitudinario al Athletic. Los anteriores habían sido emotivos, siempre con la banda de música de Garellano amenizando la fiesta y mucha pólvora en el aire, pero el público se limitó a unos pocos centenares de espectadores. En 1910, en cambio, la cosa comenzó a desbordarse. A las siete cuarenta de la tarde del 21 de marzo, 3.000 personas esperaban a los campeones en la estación de Atxuri. Fue una fiesta por todo lo alto. Cohetes, hachas de viento, sombreros al aire y hurras, muchos hurras. Los jugadores, con su capitán Arzuaga al frente llevando la Copa, desfilaron en carruajes por el Casco Viejo hasta la plaza del Arriaga, donde hicieron un alto antes de continuar por la Gran Vía y detenerse en la sede de la Federación Atlética. Desde allí hablaron a una afición que volvía a ser feliz.

Lío en Jolaseta

El título conquistado en San Sebastián concedió al Athletic el privilegio de organizar la siguiente edición de la Copa. No se opuso a ello el Barcelona, que era el otro campeón de 1910, un año polémico en el que el torneo, debido al cisma que se produjo entre algunos clubes y la federación, tuvo dos versiones y dos ganadores. La temporada 1910-11 se presentó, pues, con un gran objetivo en el horizonte y la directiva rojiblanca decidió prepararla a conciencia. Tanto es así que contrató por primera vez a un entrenador, el inglés mister Sheperd. El técnico, cuya desorbitada afición al café con leche dejó asombrados a los que le conocieron, apenas duró mes y medio. En fin, que llegó, vio, bebió y se volvió. Su mayor contribución fue clavar palitos en el terreno de juego para que los jugadores, durante los entrenamientos, los sortearan conduciendo el balón y mejoraran así su *dribling* y sus movimientos de cintura.

Otra iniciativa de la junta directiva de Pedro Astigarraga fue buscar un nuevo campo para disputar la Copa. Lamiako era demasiado incómodo y, además, el Ayuntamiento de Lejona se había subido a la parra con el dinero que pedía por su utilización. Ante la imposibilidad de encontrar un terreno de juego en Bilbao, el Athletic aceptó que la Copa se jugara en Jolaseta, donde la Sociedad Terrenos de Neguri había construido un nuevo campo. La tercera idea de aquella temporada fue crear un segundo equipo en el que pudieran foguearse los futbolistas





que no tenían un sitio como titulares en el Athletic. Para ello se resucitó al Bilbao.

Todo estaba preparado, en fin, para que la Copa de 1911 fuese la mejor de las organizadas hasta la fecha. Sin embargo, acabó sucediendo justo lo contrario. Lo que se vivió en Jolaseta entre el 9 y el 15 de abril de 1911 fue un lío monumental, comparable al que montó en 1904 el temible señor AVECILLA. La culpa del desaguisado hay que buscarla en la dura rivalidad que enfrentaba al equipo bilbaíno y a la Real Sociedad. Los rescoldos de la final del año anterior no se habían apagado entre los dos grandes favoritos al título, que meses antes del torneo comenzaron una comedia de despistes, enredos y espionajes mutuos.

Los donostiarras no estaban dispuestos a que el Athletic volviera a ganarles por la mano, como lo había hecho un año antes reforzándose con Grapham, Burns, Veitch y Cameron. De este modo, los directivos de la Real comenzaron a olfatear el mercado británico. Estaban convencidos de que con dos o tres nuevos refuerzos, más los ingleses que ya tenían en sus filas (Simmons, Mac Guinness y un tal Goitisoló, presunto lekeitiarra afincado en Inglaterra que, sospechosamente, no hablaba una sola palabra de castellano o euskera), podrían tomarse la revancha. Enterado de las intenciones del enemigo, el Athletic hizo lo propio y salió a la busca de fichajes. Que el reglamento de la Copa obligase a que los futbolistas participantes tuvieran que acreditar una estancia mínima de seis meses en la ciudad de su club o de dos años en España no parecía importar mucho. Menudencias.

Trece equipos se inscribieron en aquella Copa tormentosa. Nueve eran clubes de fútbol –Athletic, Bilbao, Fortuna de Vigo, Real Sociedad, Real Club de Santander, Barcelona, Deportivo de La Coruña, Gimnástica Española de Madrid y Español de

◀ El equipo del Athletic que conquistaría la Copa de 1911 al ganar al Español posa en Jolaseta (Getxo) momentos antes de la final.

Barcelona– y cuatro eran combinados militares, los correspondientes a las academias de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros. Sólo faltaba el Real Madrid, que estaba en horas bajas y prefirió no acudir a Jolaseta.

El primer partido enfrentó al Athletic con el Fortuna. La victoria (2-0) de los rojiblancos movilizó a la Real, que no había podido concretar ningún fichaje y estaba con la mosca detrás de la oreja ya que su gran rival sí que había tenido éxito en sus gestiones y se había reforzado con Sloop y Martin. Los donostiarras impugnaron el partido por alineación indebida de los bilbaínos. La Federación, sin embargo, desestimó su recurso. En vista de ello, los guipuzcoanos abandonaron el torneo. Ahí comenzó la bronca. El resto de los equipos, salvo los militares, secundaron a la Real y amenazaron con irse si el Athletic no prescindía de Sloop y Martin.

La directiva bilbaína accedió a hacerlo. Lo que no aceptó fue tener que repetir el partido contra el Fortuna. El Barcelona anunció entonces su retirada. Fue una pantomima. La realidad es que la Federación le había expulsado por alineación indebida de su portero, Reñé, en el partido contra la Gimnástica. Confirmada la marcha del Barcelona, el Fortuna y el Santander también optaron por el abandono. La Gimnástica siguió su ejemplo, pero lo hizo de un modo surrealista: se presentó al partido y se retiró del campo cuando el Athletic le metió el 2-0. El capitán madrileño adujo que tenían que coger un tren a San Sebastián y, si terminaban el partido, no llegaban a tiempo a la estación. ¡Qué cosas!

Pese a todo, hubo final. El 15 de abril, el Athletic se enfrentó al único rival que le quedaba después de que los equipos militares fueran reclamados en sus regimientos y abandonaran también Bilbao: el Español de Barcelona. Su detalle al quedarse le sirvió para ganarse la simpatía de la afición bilbaína, que fue a vitorear a sus jugadores al hotel Arana, donde se hospedaban. Los rojiblancos ganaron por 3-1, con goles de Garnica, Allende y Vietch. Su superioridad fue incontestable. Sólo cinco





futbolistas –el portero Luis Astorquia, hermano del gran Juanito, Arzuaga, José Mari Belauste, Iza y Veitch– permanecían del equipo campeón del año anterior. El lío no terminó con la conquista del título. La Federación desposeyó al Athletic de la Copa. Hubo que esperar varios meses para que se la volvieran a reconocer.

◀ Espectadores en el campo de Jolaseta (Getxo) durante un partido de la polémica edición de 1911.

El genio y el gigante

Durante dos temporadas, el Athletic no celebró ningún título. A la gresca con los diversos estamentos federativos, el club no participó en la Copa de 1912, que fue un año de luto en Vizcaya, conmocionada por dos tragedias desgarradoras: la terrible galerna que se llevó a 115 arrantzales bermeanos y la avalancha del Circo del Ensanche, en la que murieron 45 personas, 41 de ellas niños. En la edición de 1913, disputada en Madrid, los rojiblancos cayeron en la final ante el Racing de Irún. Fue una sorpresa porque, tras merendarse al Real Madrid por 3-0 en la semifinal, eran los favoritos. Sin embargo, la cosa se torció. La final terminó 2-2, después de que al Athletic le anularan la friolera de seis goles. El árbitro implacable, que quizá tenga todavía el récord mundial de goles invalidados a un mismo equipo, se apellidaba Rodríguez. Al día siguiente tuvo lugar el desempate. Jugando la mayor parte del partido con un hombre menos debido a una lesión de Pinillos, los bilbaínos perdieron por 1-0.

Dicho queda que, durante dos años, no hubo que hacer sitio a un nuevo trofeo de Copa en las vitrinas. Ahora bien, el Athletic no perdió el tiempo. En realidad, hizo algo más importante que ganar un título: asegurar su futuro como club. Ello fue posible con la construcción de San Mamés, inaugurado el 21 de agosto de 1913. Y también con la paulatina consolidación de un equipo formidable en el que, por encima de todos, destacaron dos futbolistas legendarios, los dos primeros ídolos de la historia rojiblanca: Pichichi y Belauste. Sin desdeñar a





sus compañeros, a los Hurtado, Laca, Ibarreche, Zuazo, Iceta, Sabino Bilbao, Ramón Belauste, Allende, Eguía, Germán Echevarría, Apón, Zubizarreta y demás leones –el apelativo se les puso entonces y quedó para siempre–, es obligado detenerse brevemente a recordarles.

Hijo de un abogado de Amurrio y sobrino de Miguel de Unamuno, Rafael Moreno Aranzadi, Pichichi, fue un genio, un futbolista adelantado a su época. El origen exacto de su apodo legendario no está del todo claro. Algunos sostienen que fueron unos chavales mayores que él los que, viéndole jugar en la Campa de los Ingleses y admirados de su talento, se preguntaron asombrados quién era ese ‘pichichi’. Otras fuentes aseguran que el mote se lo puso un descubridor de talentos que, tras observarle en un partidillo, pidió que alguien le presentara a ese ‘pichichi’. Da lo mismo. Lo importante de verdad era que ese alumno de los Escolapios, al que su hermano mayor Raimundo pulió como un diamante para el fútbol, lo tenía todo: clarividencia en el juego, un disparo demoleedor, dribling, un sexto sentido para el gol y carisma. Mucho carisma. El suficiente como para que San Mamés le adorara y le abucheara cuando pensaba que no rendía al máximo. De hecho, dos meses antes de su muerte a los 29 años –se dice que por unas fiebres tifoideas provocadas por unas ostras en mal estado– el mismo público que le elevaría rápidamente a los altares le pitó con saña sarracena tras ser expulsado en un amistoso ante el Spartak de Praga.

José María Belausteguioitia Landaluce era otra cosa, una fuerza de la naturaleza. 193 centímetros de altura y 95 kilos de músculo puestos al servicio del Athletic. Honesto y viril, famoso por el pañuelo de cuatro nudos con el que se protegía de una incipiente alopecia, prenda que popularizó como estandarte

Rafael Moreno Aranzadi, Pichichi, un genio del fútbol. ►

◀ Alineación del Athletic que se impuso en la Copa de 1914 ganando al España en el campo de Costorbe de Irún.



de un fútbol para hombres de una pieza, fue el mediocentro indiscutible, la columna imponente sobre la que reposó el equipo durante doce temporadas. Ganó seis copas y fue el capitán de la selección en los Juegos de Amberes. Fue allí donde parece ser que pronunció, en un partido ante Suecia, su famosa frase de «Sabino, a mí el pelotón que los arrollo». No deja de ser curioso, por cierto, que el héroe fundacional de la llamada furia española fuese un abogado nacionalista, militante primero del PNV y luego de ANV, euskaldunberri en un tiempo donde serlo era una excentricidad, que tuvo que exiliarse dos veces, la última y definitiva tras la Guerra Civil. Pero así se escribe la historia.

Aquel gran Athletic que conquistaría tres títulos consecutivos no tardó en desquitarse de la derrota en la final del año anterior. Una vez reparado el cisma entre los poderes del fútbol y creada la Real Federación Española, ésta decidió crear un nuevo formato en la Copa. La disputarían los cuatro vencedores de los campeonatos regionales. El Athletic arrasó en el suyo y se enfrentó en las semifinales contra el Vigo Sporting, al que dilapidó en Bilbao, ni más ni menos que por 11-0, con cuatro goles de Pichichi y tres de Apón.

Se cuenta que, al término del partido, para el que se contrató por primera vez a un árbitro inglés, mister Rowland, el portero vigués Méndez pidió una cinta métrica para comprobar si las porterías de San Mamés tenían las medidas reglamentarias. Es de suponer que, durante la cena de confraternización entre los dos equipos en la cafetería 'La Alcazaba', que quedaba en los bajos de la sede del club en la calle Ayala, el *goal keeper* gallego tuvo que soportar algunas bromas por su exceso de suspicacia. El partido de vuelta, ya intrascendente, terminó con empate a tres.

La final se disputó en Irún el 10 de mayo de 1914. La victoria del Athletic fue más ajustada de lo esperado. El España de Barcelona planteó un choque duro y áspero, sin concesiones y sin amilanarse ante la masiva presencia de hinchas rojiblancos



en las gradas de Costorbe. Dos goles de Seve Zuazo en los minutos 20 y 29 encarrilaron el partido. Coletas marcó el gol del honor para el España en el minuto 89. El Athletic obtenía así su sexto título de Copa y su hinchada cantaba por primera vez el 'Alirón', tras adaptar a su antojo la letra de un cuplé que había popularizado Teresita Zazá.

Los mimbres de mister Barnes

Aunque la experiencia con mister Sheperd fue un rotundo fracaso y la autogestión de los jugadores estaba dando buenos resultados, en el verano de 1914 la directiva del Athletic creyó conveniente fichar un técnico. Alejandro de la Sota estaba convencido de que el magnífico plantel de futbolistas que tenía el club podía mejorar sus prestaciones si se ponía en buenas manos. El elegido fue William Barnes (Londres, 1879), ex jugador de Sheffield United, West Ham, Luton Town y Queens Park Rangers. Barnes cumplía la mayor parte de los requisitos que exigía el presidente del Athletic. Era un hombre joven –35 años– y había desarrollado una larga carrera como futbolista, siempre jugando de extremo. Era, además, un tipo muy serio y responsable. Hijo de un capataz del muelle Victoria, había recibido una educación estricta. Pertenece al Partido Laborista, como su hermano Alfred, que hizo una gran carrera política y llegó a ser ministro de Transportes del Gobierno de Clement Attlee entre 1945 y 1951.

Mister Barnes llegó a Bilbao en agosto y cayó bien en la plantilla. Aunque fijó los entrenamientos a las ocho de la mañana, todos entendieron que el madrugón merecía la pena. Al nuevo técnico no le convencía el *passing game* escocés que practicaba el Athletic. Había que ir olvidando los pases cortos y el ritmo trotón. El futuro pasaba por la velocidad. Barnes la trabajaba a diario con sus pupilos, que se hincharon a hacer sprints y a ensayar movimientos rápidos al primer toque y disparos a gol sobre la marcha. «Yo introduje en el





antiguo Athletic el juego rápido y de pases largos, llevando el balón de ala a ala, con chutadores en el centro», aseguró años después. Aparte de instaurar el clásico *kick and rush* inglés, un estilo que ha definido desde entonces al Athletic, Barnes también introdujo la figura del masajista. Él mismo se encargaba de tratar los músculos de sus jugadores y se cuenta que tenía un ojo clínico extraordinario para determinar la duración de las lesiones. El ex presidente Pedro Astigarraga, que era médico, nunca dejó de sorprenderse con la exactitud de sus dictámenes.

Aparte de ojo clínico, William Barnes tenía un pedazo de equipo. El pintor y caricaturista José Arrúe lo eternizó en un dibujo histórico que no ha dejado de reproducirse desde entonces. Pichichi y José Mari Belauste eran las dos grandes figuras, pero sería injusto no recordar al resto. A Luis Iceta, capitán e intérprete del técnico, un fuera de serie con una excepcional visión de la jugada y un gran toque de balón. A Seve Zuazo, pequeño, fibroso y guerrero, un buen goleador. A Ramón Belauste, un prodigio físico como su hermano, imparable en sus incursiones por la banda izquierda, todo un *sportmen* y un hombre de extraordinaria biografía: abogado, corresponsal de *El Sol* en Londres, reportero de guerra, viajero, ranchero en México... Un *crack*, en fin.

Cómo olvidar a Cecilio Ibarreche, un portero ágil e implacable por alto. O a la pareja de *backs*, Solaun y Hurtado. El primero tenía un impresionante toque de balón y era una centella en los cruces. Fue, de largo, uno de los mejores defensas de su época. Hurtado, por su parte, era un tipo durísimo, el soldado implacable con el que sueña todo entrenador. Muy distinto era Germán Echevarría, conocido como 'Maneras' por

Mister Barnes, el técnico que implantó en el Athletic el estilo inglés que desde entonces, forma parte de sus señas de identidad. ►

◀ Plantilla, directiva y cuerpo técnico del Athletic campeón de 1915.
Fotografía de la Casa Lux de Bilbao.



el garbo y donaire taurino con el que paseaba por Bilbao. En el campo rezumaba clase y centraba desde la derecha con mira telescópica. Apón era el cazagoles oportunista del equipo mientras que Eguía era una lapa, un operario conciencizado que secaba rivales con la misma entrega con la que ejercía su oficio de carpintero. En aquel equipo de jóvenes universitarios de buenas familias –los jugadores pagaban al club dos pesetas de cuota al mes–, él era el único artesano.

Con estos mimbres y algunos otros que no retrató Arrúe, caso de los centrocampistas Mestraitua y Cabieces y de los delanteros Zubizarreta, conocido como ‘La Apisonadora’, y el gran Txomin Acedo, que todavía tiene el récord de precocidad en vestir la camiseta rojiblanca, el Athletic conquistó la Copa de 1915. El formato del torneo fue el mismo que el año anterior, por lo que los rojiblancos, tras ganar otra vez el torneo regional, entraron directamente en semifinales. De nuevo, su rival fue el Fortuna de Vigo, al que eliminaron con autoridad: 0-0 en la ida y 5-1 en San Mamés. El pase a la final acabó de animar a la afición, a la que el fútbol del equipo había dejado bastante fría esa temporada. Los rojiblancos no acababan de jugar bien. Tras un partido en Irún, en su crónica de *La Gaceta*, José Marías Mateos lanzó al aire el dardo de una pregunta indignada: «¿Pero es que cada día se aprende a jugar peor?» Más de uno se preguntaba aquellos días si William Barnes hacía algo aparte de dar buenos masajes.

En la final, sin embargo, apareció el mejor Athletic. Su superioridad sobre el Español fue tan apabullante que el partido por el título no tuvo mucha historia más allá de una correosa polémica por la designación del árbitro. Juanito Arzuaga fue recusado por los catalanes dado su pasado rojiblanco y el siguiente trencilla designado, el madrileño Ruete, tuvo que volverse a casa rápidamente tras recibir un telegrama en el que se

Txomin Acedo, autor del primer gol en la final de 1916, sigue siendo ►
todavía el jugador más joven en vestir la camiseta del Athletic.



le anunciaba que estaba ardiendo un almacén de su propiedad. Al final, el suizo Walter Hermann dirigió el encuentro, disputado en Irún. No tuvo mucho trabajo. El Athletic arrasó (5-0) con tres goles de Pichichi, uno de Zubizarreta y otro de Germán Echevarría. La muerte de un joven seguidor rojiblanco cuando regresaba a Bilbao –se llamaba Agustín Cortadi y fue arrollado por un tren en la estación de Deba– hizo que se suspendieran todas las celebraciones.

Los dueños de la Copa

Poco más de una década había bastado para que el fútbol se convirtiera en un deporte de masas y un hervidero de pasiones. La rivalidad entre los equipos creció hasta tal punto que el campeonato regional se convirtió en un polvorín. La tensión de los partidos era máxima; tanto que un cronista de la época –sin duda, un hombre con cierta tendencia natural a la hipérbole– no dudó en comparar un *match* Arenas-Athletic con «la Guerra de la Independencia, la batalla de Orihuela y la catástrofe de San Marcial».

Las relaciones entre los clubes vascos, especialmente entre los cuatro grandes de entonces –Athletic, Arenas, Real Sociedad y Real Unión– se movían entre la esforzada diplomacia y la libre aversión. Los donostiarras, por ejemplo, no sólo estaban enfrentados a muerte con los bilbaínos sino también con sus vecinos de Irún, que curiosamente estaban en sintonía con el Athletic, algo que no le ocurría precisamente al Arenas.

Así las cosas, no es extraño que, antes de desplazarse a San Mamés para disputar un partido decisivo para la resolución del campeonato regional de la temporada 1915-16, la directiva de la Real Sociedad pidiera al Athletic que no permitiese la presencia de público detrás de las porterías. La bronca entre hinchas que se había montado tres meses antes en Atotxa, aducían, obligaba a extremar las precauciones. La demanda realista, claro está, no fue atendida por la directiva de Alejandro de la Sota. Es más, aquel 9 de enero de 1916, pese al frío y a la lluvia, en San Mamés no cabía un alfiler. La recaudación fue





de las mejores que se había alcanzado hasta entonces: 6.800 pesetas.

Muy superior, el Athletic se impuso por 4-0. El público estuvo caliente, pero salvo algunos espectadores levantiscos que no dejaron de pitar y vociferar contra los jugadores donostiarras, sobre todo contra los temibles hermanos Arrate, se comportó con corrección. No hubo mayores incidentes, pese a lo cual el enviado especial de *La Crónica* de San Sebastián se despachó a gusto contra la afición bilbaína. Su máquina de escribir fue un lanzallamas aquella tarde. «Nunca hubiéramos creído que en el pecho bilbaíno residieran gérmenes tan bajos como los exteriorizados ayer en San Mamés. Ni hubiéramos pensado cual borregos cumplieran exactamente las sandeces ruines y venenosas que unos cuantos zulús les han expuesto, diciendo todo menos lo que es sport», escribió. La respuesta desde Bilbao le llegó de manos del gran José Arrúe, que en una de sus viñetas se mofó de la goleada al eterno rival. «¿Otra vez me venies con los pelotones desinflaos, haciendo mañas y con cuatro a sero?», reprendía una mujer donostiarra a unos niños llorones.

Real y Athletic concluyeron el campeonato regional empatados, lo que obligaba a jugar un partido de desempate para decidir el título y adjudicar el pasaporte para las semifinales de Copa. Fue entonces cuando, a propósito del campo en el que se disputaría el *match*, comenzó una agria polémica que tuvo puntual reflejo en la prensa, muy ocupada aquellos días con la Primera Guerra Mundial. No era para menos. Los rusos acababan de sufrir 50.000 bajas durante su ofensiva en Besarabia. Sucedió que la Real envió un telegrama al Athletic proponiendo Logroño como terreno de juego. Mister Barnes consideraba que aquel campo no reunía las condiciones adecuadas y el Athletic contraatacó con una propuesta alternativa: jugar dos encuentros, ya fuese en sus campos respectivos o uno en Irún y otro en Jolaseta.

No hubo forma de llegar a un acuerdo. Durante semanas se libró un pulso a muerte en el que llegaron a intervenir has-

◀ Equipo del Athletic que aplastó al Real Madrid en la final de 1916. En la foto, Zubizarreta que marcó tres goles es el cuarto por la derecha.

ta los gobernadores civiles de Vizcaya y Guipúzcoa. Al final, la Federación Norte designó Jolaseta como sede del partido. La Real decidió no presentarse y el Athletic fue proclamado campeón. El título colocó a los rojiblancos directamente en la final, ya que aquel año la Federación Gallega estaba castigada sin participar en el campeonato nacional.

El Real Madrid, que había superado al Barcelona en semifinales, fue el rival de los rojiblancos aquel 7 de mayo de 1916. La final se disputó en el campo del Español de Barcelona, al que un aguacero minutos antes del inicio dejó muy al gusto de los leones. El equipo de mister Barnes, que días después del partido tuvo que regresar a Inglaterra reclamado por el Ejército de su país, contó además aquella tarde con el apoyo del público catalán, de uñas con los madridistas. Eran un buen equipo los blancos. Allí estaba Santiago Bernabéu, que fue un poderoso centrocampista antes de convertirse en un legendario presidente, y también un crío de 16 años que haría historia en el Real Madrid y en el Real Unión de Irún: el gran René Petit. Sin embargo, nada pudieron hacer ante el Athletic, una máquina bien engrasada. Un golazo de Txomin Acedo tras sortear a varios rivales encarriló el partido al cuarto de hora.

El resto fue cosa de Zubizarreta, que trituró a sus marcadores con tres goles, el primero de ellos al filo del descanso. El Athletic obtuvo así su tercer título consecutivo, que le daba derecho a tener el trofeo de la Copa en propiedad. Tres días después de la final, el 10 de mayo, Bilbao se volcó en un recibimiento multitudinario. Un solo dato: la expedición del Athletic, con Iceta portando el trofeo, tardó casi una hora en recorrer el trayecto entre la estación y el Ayuntamiento. Cómo sería la cosa, cómo sería, por ejemplo, el nivel de vino y *txakolingorri* consumidos durante la juerga, que un empleado municipal tuvo que rociar a la muchedumbre con un manguerazo de agua a presión para hacer pasillo y que los jugadores pudieran alcanzar el consistorio.



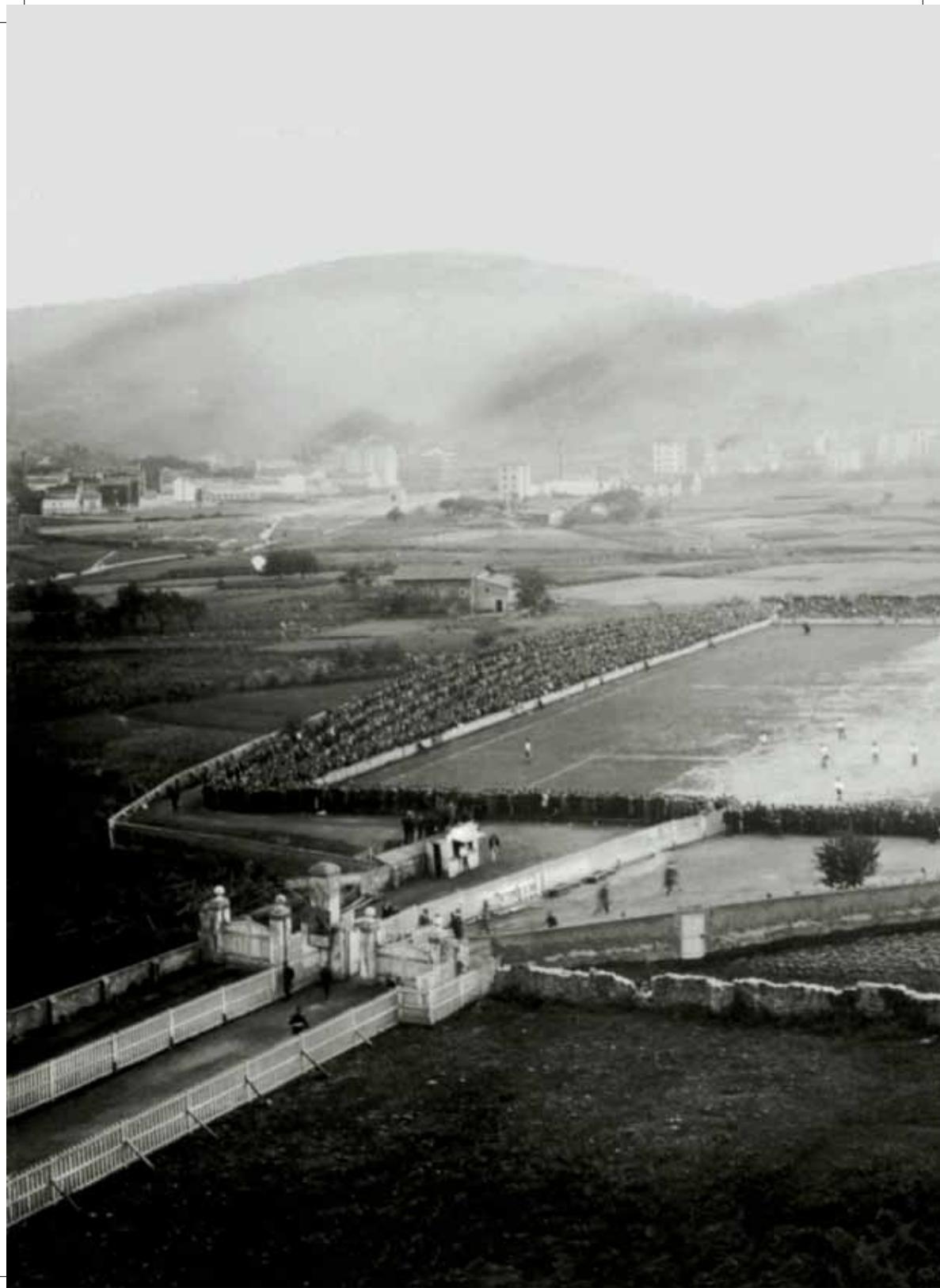


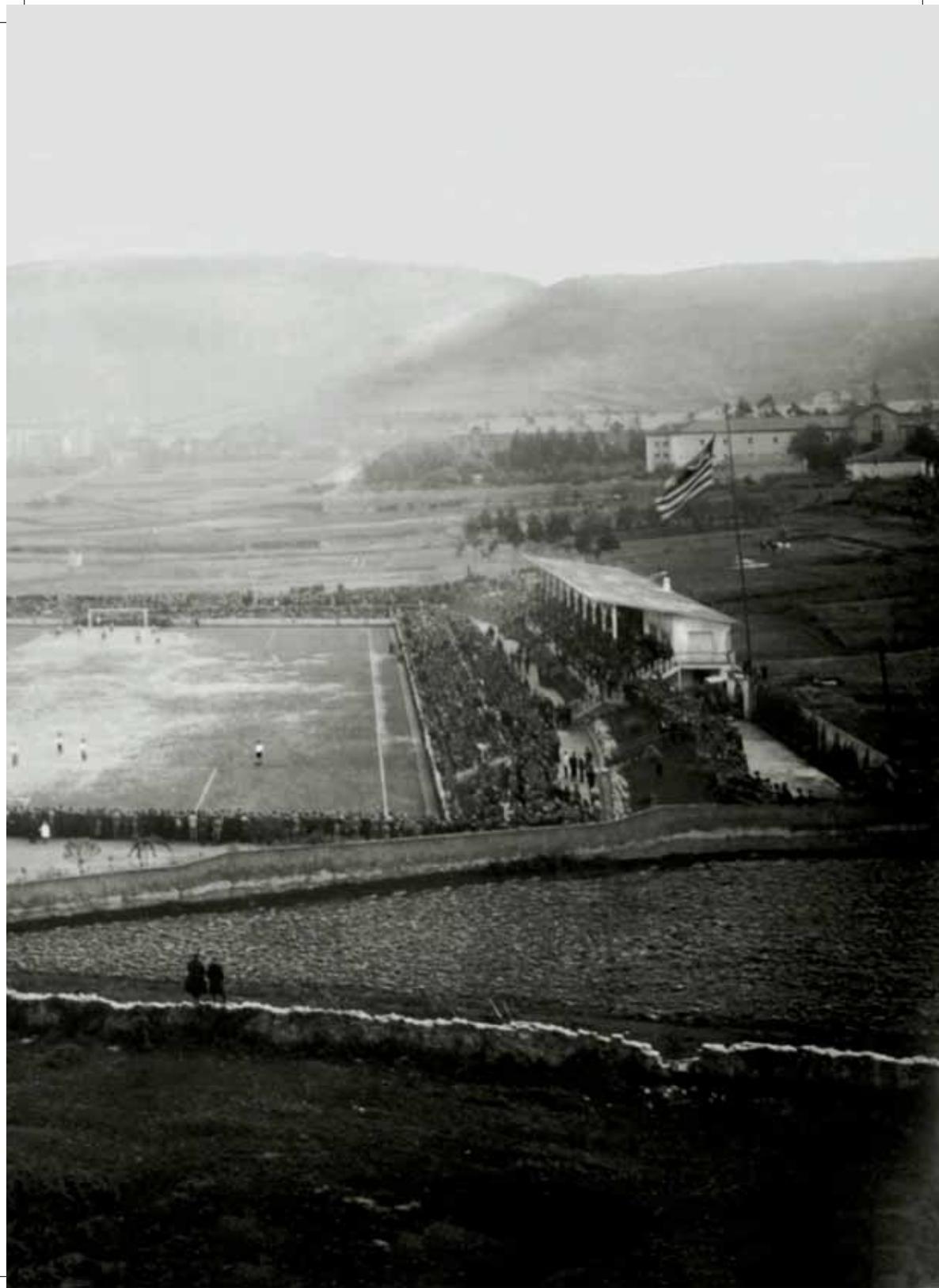
◀ Recepción en el salón árabe del Ayuntamiento de Bilbao al Athletic que se había adjudicado el trofeo de Copa en propiedad al ganar tres ediciones consecutivas.

Fiesta en San Mamés

A los tres títulos de Copa consecutivos le siguieron cuatro temporadas de sequía y malos recuerdos. La marcha de mister Barnes perjudicó al equipo mucho más de lo que, en un principio, se podía prever, y los rojiblancos acumularon un buen número de decepciones antes de volver a resurgir coincidiendo, precisamente, con el regreso del técnico inglés que había inyectado en su juego la vitamina de la velocidad. Tampoco está de más recordarlas. Las decepciones, se entiende. En la campaña 1916-17, el Arenas apeó al Athletic del trono del fútbol vizcaíno, un hecho sin precedentes. La siguiente temporada pasó a los anales por la retirada del equipo de la Copa, las broncas históricas con la Real y el adiós por razones laborales de tres puntales de la plantilla: Ibarreche, Solaun y Eguía.

Todavía fue peor el ejercicio 1918-19. El imponente Arenas de Pagaza y Sesúmaga, campeón aquel año, volvió a superar a un Athletic desinflado. Los bilbaínos completaron una campaña tan pobre que lo más positivo de ella fue que ningún componente del equipo se vio afectado por la gripe española de 1918. No es ninguna tontería resaltar este hecho, ya que aquella terrible pandemia provocó más de 10.000 muertos en el País Vasco y más de 20 millones en todo el mundo. Tras ese *annu horribilis*, el Athletic volvió a rearmarse y se plantó de nuevo en la final de Copa, que pasaría a la historia no tanto por la derrota en Gijón ante un Barcelona liderado por Ricardo Zamora y Samitier sino por un error del colegiado Beltrán





de Lis que hizo correr ríos de tinta y despertar todo tipo de turbias sospechas.

No fue para menos. En la primera parte, con empate a cero en el marcador, el Athletic se cobró un penalti en el área de 'El Divino'. Laca lo ejecutó con serenidad. Gol. Beltrán de Lis, sin embargo, anuló el tanto porque, al parecer, un jugador rojiblanco entró en el área antes de tiempo. Hasta ahí, nada extraño. Lo extraordinario fue que el colegiado, en lugar de mandar repetir el penalti, ¡pitó falta contra el Athletic! La pifia fue de tal calibre que llegó a examinarse como un disparate digno de estudio en el Comité de Árbitros de Inglaterra. Tres meses después de sufrirla, durante los Juegos de Amberes, los cuatro rojiblancos convocados con la selección –Pichichi, Belauste, Sabino y Acedo– todavía seguían dándole vueltas a la 'Beltranada', como fue conocida.

El título de 1921 se vivió, por tanto, con el deleite de las cosas deseadas que se han hecho esperar. A su regreso al Athletic, mister Barnes se encontró con un equipo muy cambiado. Continuaban algunos clásicos, pero se habían producido varias incorporaciones importantes: Laca, Sabino, Allende, otro de los hermanos Belauste (Patxo), Rivero, Beguiristain... Los rojiblancos mantuvieron un pulso enconado con el Arenas en el campeonato regional y lo resolvieron a su favor en un partido agónico en San Mamés que se decidió con un gol de Pichichi. En la Copa, eliminaron al Sporting y al Sevilla –este último fue descalificado por alineación indebida–, antes de colarse de nuevo en la final, que se jugaría en San Mamés. El otro finalista, el Athletic de Madrid, no puso ningún reparo a jugar en Bilbao. Las relaciones entre ambos clubes eran magníficas. Paternofiliales, se podría decir.

El 8 de mayo de 1921, 'La Catedral' registró la mayor entrada hasta entonces conocida. Más de 10.000 espectadores, que dejaron en taquilla una recaudación histórica –40.000 pesetas–, abarrotaron aquella tarde las gradas del estadio bilbaíno. El ambiente era formidable. Los dos equipos fueron ovacionados

◀ 1921. Vista del campo de San Mamés, lleno a rebosar, durante la final que enfrentó al Athletic con el Atlético de Madrid.

largamente al salir al terreno de juego y posar juntos para la posteridad. Ambos sufrían una baja importante. A los madrileños les faltaba Mieg, su medio centro. Y al Athletic, ni más ni menos que su capitán, Germán Echevarría, que había sufrido una distensión dos días antes en un entrenamiento. No hace falta decir que a 'Maneras' le sentó como un tiro perderse la final. Pero es que no había manera de que se recuperase a tiempo. Su puesto lo ocupó un debutante: Villabaso.

El partido fue un choque de estilos, con el Athletic jugando rápido y en largo, y los madrileños combinando en corto. La gran diferencia sobre el césped, sin embargo, era la profundidad que cada equipo daba a su juego, mucho mayor en los rojiblancos, un aspecto que quedó certificado en el minuto 31, cuando Laca, a pase de Acedo, adelantó al Athletic. El gol tuvo un efecto inesperado: espoleó a los madrileños, que no tardaron nada en lograr el empate con un gol de Triana. El Athletic acusó el golpe. Aparte del 1-1, José Mari Belauste había quedado conmocionado en un choque y el equipo pasó unos minutos en el alambre. Tanto es así que Beguiristain tuvo que salvar sobre la raya un remate de cabeza de Olaso.

Fue una jugada clave. Los pupilos de mister Barnes reaccionaron tras el susto y, antes del descanso, Txomin Acedo hizo el 2-1 de penalti. La segunda mitad fue más tranquila. Belauste se había recuperado y un golazo de Acedo desde fuera del área dejó allanado el camino al título. Laca haría el 4-1 definitivo en el minuto 73. San Mamés era una fiesta. Al día siguiente, la prensa bilbaína celebró la Copa alabando el estilo del Athletic, que ya entonces era discutido en otros lares. «Esos cambios de juego, esos pases a las alas que los cronistas madrileños califican de patadones, dados sin ton ni son, para llegar a la puerta contraria, son obra de la inteligencia y facultades de nuestros jugadores. Sólo un desconocimiento completo de lo que es el foot-ball puede explicar que eso se piense y se diga», escribió 'Karomte' en *El Pueblo Vasco*.





◀ 1921. Una imagen para la historia. Los equipos del Athletic y Atlético de Madrid posan juntos en San Mamés antes de jugar la final.

El cerrojo de mister Pentland

La segunda y definitiva marcha de mister Barnes volvió a dejar tocado al Athletic. Nadie lo esperaba, pero la temporada 1921-22 fue un compendio de errores y tristezas. Todo comenzó con el proceso para sustituir al técnico inglés, que no fue precisamente un modelo de gestión. El club publicó anuncios en dos periódicos de Londres, *The Daily Mail* y *The Sporting Life*. Entre el centenar de solicitudes que recibió para el cargo de técnico, la directiva de Ricardo de Irezabal optó por mister Burton. El hombre, ex-jugador, veterano de guerra y aquejado de una afección pulmonar por inhalación de gases en las trincheras, apenas duró dos meses en el cargo. Su paso por el club fue tan breve como el de su compatriota mister Sheperd once años antes. En vista del error, el club optó por una solución de urgencia y delegó la dirección técnica a un triunvirato formado por los ex-jugadores Juan Arzuaga y Luis Iceta, y por el capitán del equipo, Germán Echevarría. La cosa tampoco salió bien. El equipo falló en el campeonato regional y no se clasificó para la Copa.

A la decepción deportiva se unió el desgarró por la muerte de Pichichi el 2 de marzo de 1922. Su esquela apareció en *El Liberal* y conmocionó a toda Vizcaya. No deja de ser curioso que el mejor futbolista de la época en España viviera modestamente —aunque el profesionalismo comenzaba a ser una realidad, su implantación se vivió en el Athletic con bastante más lentitud y reticencias que en otros clubes— y que hubiera que organizar un amistoso contra el Arenas para recaudar fondos y donarlos a la viuda y a la pequeña hija de Pichichi.





Los rojiblancos vencieron con dos goles de José Mari Belauste. Cuentan que en ese partido el gigante rojiblanco lloró como un niño recordando a su gran amigo.

El equipo necesitaba un revulsivo y éste llegó en el mes de julio, encarnado en la figura de un inglés canónico, de los de bombín, cachimba y té a las cinco, que acabaría convirtiéndose en el entrenador más importante del Athletic de todos los tiempos: Frederick Beaconsfield Pentland. La directiva no se anduvo esta vez con experimentos. El conde de Vilallonga, nuevo presidente del club, se fue a Londres y fichó a un profesional de categoría contrastada. Pentland no sólo había sido un gran delantero en el Blackburn Rovers, Queens Park Rangers y Middlesbrough, cinco veces internacional con Inglaterra. Tras su retirada y antes de recalar en Bilbao, había sido entrenador de la selección olímpica alemana, de la francesa durante los Juegos de Amberes y del Racing de Santander. Había varios equipos interesados en hacerse con sus servicios y hubo que rascarse el bolsillo: 1.500 pesetas de sueldo al mes y, en caso de ganar un título, la recaudación íntegra de un partido amistoso.

Fue una buena inversión. El impacto de Pentland fue enorme en un momento en el que se discutía sobre la decadencia del fútbol vasco. El técnico inglés no sólo enseñó a los jugadores a atarse correctamente las botas 'Mansfield' y a pegar el balón con el empeine, como tantas veces se ha dicho. Hizo algo más: devolver la eficacia y la precisión al juego del Athletic, que se estaba volviendo demasiado primario.

De su mano, el equipo ganó con autoridad el campeonato regional y se preparó para el asalto del que sería su décimo título de Copa. En cuartos de final le correspondió el Real Madrid, que no fue rival. Ya en la ida, los rojiblancos tumbaron al equipo blanco por 1-3, con *hat trick* de Sesúmagá. El 5-0 de la vuelta dejó patente la superioridad bilbaína. Las semifinales iban a ser otra cosa. Enfrente, ni más ni menos que la Real Sociedad. Bil-

Travieso, autor del gol de la victoria en la final de 1923 ►
y uno de los primeros profesionales que tuvo el Athletic.

◀ Equipo del Athletic que se impuso al Europa de Barcelona en el campo de las Corts y se alzó con la Copa de 1923.



baños y donostiarras, rivales encarnizados, no se veían las caras en la Copa desde 1918. Los rojiblancos se vinieron de Atotxa con un prometedor 0-0 y en el partido de vuelta, ante 15.000 espectadores, hicieron valer el factor San Mamés. Dos goles de Germán y Carmelo en la primera parte sentenciaron el partido.

El Athletic celebró aquel año sus bodas de plata. Pues bien, la final iba a ser uno de los exámenes más duros del club en sus 25 años de existencia. El Europa de Barcelona, su rival, iba a jugar en casa, ante una muchedumbre dispuesta a conducirlo hacia el primer título de su historia. El día del partido, el periodista bilbaíno Francisco González de Ubieta observó el público presente e hizo un curioso recuento que luego recogió en su *Historia del Athletic Club de Bilbao (hoy Atlético) 1898-1940*. «En el momento de pitar el comienzo del partido en el campo de Las Corts, de Barcelona, hay 30.000 espectadores, integrados como sigue: 29.917 catalanes. 12 federativos nacionales. 5 directivos del Athletic. 58 ondarreses, lequeitianos y bermeanos, de tripulaciones de matrícula bilbaína; y 8 gallegos ‘cosmopolitas’ en todas las matrículas y ese día enronqueciendo por Bilbao».

El Athletic se sobrepuso al ambiente y al Europa con un equipo nuevo. Sólo Sabino, Acedo y Germán permanecían del bloque campeón de 1921. El relevo generacional se había hecho realidad con futbolistas como Carmelo Goyenechea, Larraza, que ocupaba la posición de Belauste, Travieso, Rousse, Duñabeitia, Vidal, Legarreta o el gran fichaje de la temporada, Sesúmaga, internacional con el Arenas y el Barcelona. Aquella tarde del 13 de mayo de 1923, por primera vez, los rojiblancos no jugaron a pecho descubierto. Todo lo contrario. Aparte de otras muchas cosas, mister Pentland era un señor pragmático y calculador, y no dudó en plantear un partido muy defensivo. Cuando Travieso adelantó al Athletic a la media hora, la táctica bilbaína se redució. Los jugadores se atrincheraron y se dedicaron a enviar balones fuera y a pasar el tiempo sin sufrir daños. Se dice que aquél fue el primer cerrojo en la historia del fútbol español. Sea como fuere, el caso es que sirvió para que el Athletic se alzara con la Copa y Vizcaya estallara de júbilo una vez más.

La creación de la máquina

La cuestión del profesionalismo planeó sobre el Athletic, como una amenaza inquietante, durante toda la década de los veinte. No es exagerado decir que una de las razones por las cuales, tras conquistar la Copa de 1923, el equipo bilbaíno estuvo seis temporadas sin ganar un título fue el trauma que supuso romper el amateurismo. Siempre apegada a las tradiciones, la hinchada bilbaína hablaba entonces de futbolistas puros e impuros. Los primeros eran los jóvenes de familias acomodadas a los que cobrar un sueldo por jugar al fútbol les parecía una vulgaridad. Uno de sus símbolos fue el deustoaarra Carmelo Goyenechea, un deportista integral, ejemplo de *fair play* y amor a los colores. Diez veces internacional, campeón en 1923, capitán durante seis temporadas y luego directivo, fue uno de los mejores delanteros de su época y tuvo grandes ofertas para abandonar el Athletic. Siempre se negó. Su actitud fue tan exquisita que, tras su retirada en 1929, el club donó 25.000 pesetas al Hospital de Basurto para que sostuviese a perpetuidad una cama con su nombre.

El tiempo de los románticos, sin embargo, había pasado. Al Athletic comenzaban a incorporarse futbolistas de origen humilde. Uno de ellos, Castaños, de la calle Sendeja, que trabajaba leyendo contadores de luz, contó una vez a este cronista la impresión que le causó ver los flamantes pijamas de sus compañeros Castellanos y Garizurieta durante un viaje en coche-cama a Madrid. Él, claro está, dormía en calzoncillos. A este tipo de jugadores, lógicamente, la posibilidad de que sus sudores se vieran recompensados económicamente no les pro-





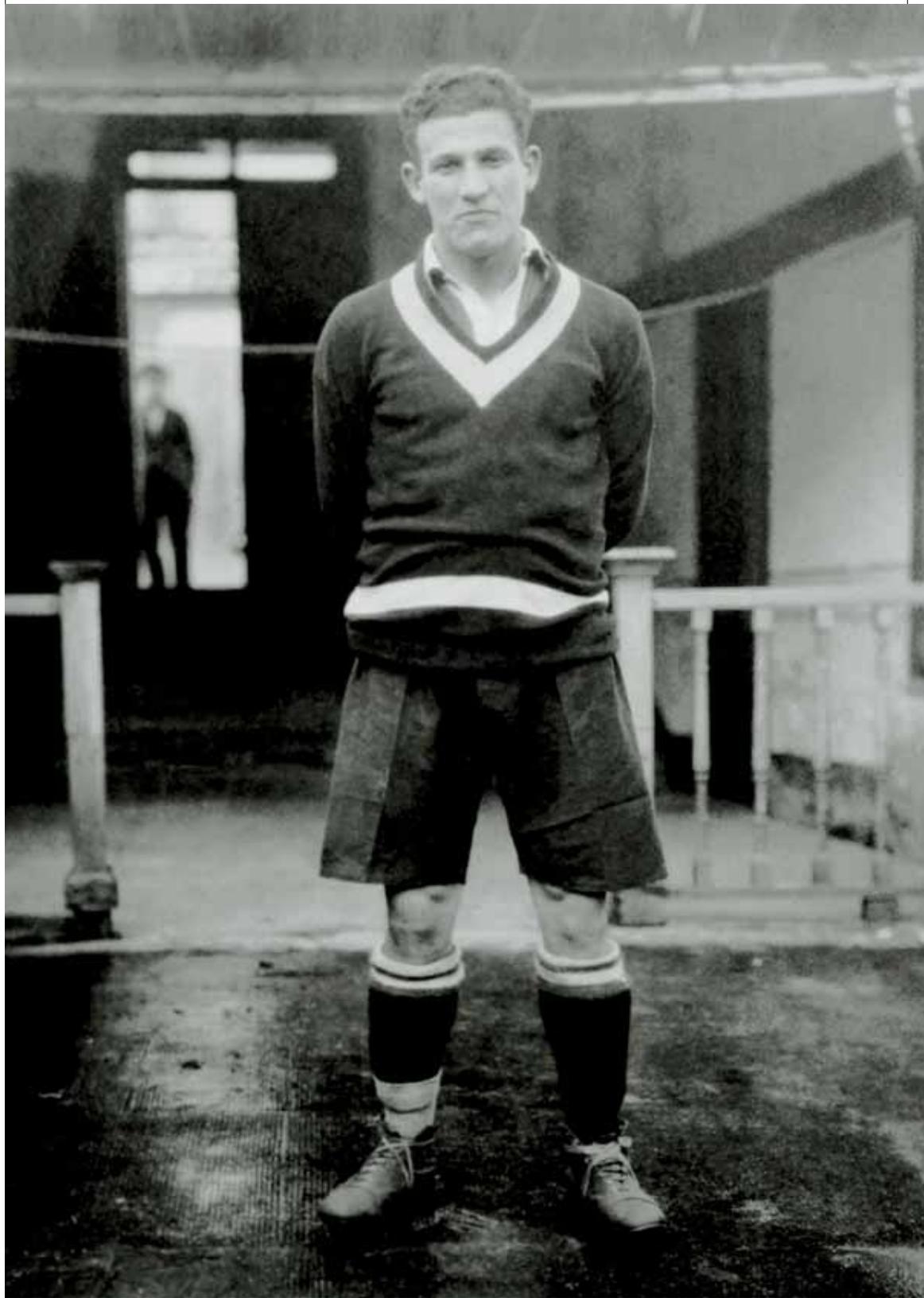
ducía ningún escrúpulo. Más bien todo lo contrario. Travieso y Vidal, que era forjador en los astilleros de Euskalduna, fueron los primeros en cobrar. La práctica se fue extendiendo lentamente hasta generalizarse. En la campaña 1927-28, de hecho, ya sólo quedaban cuatro amateurs en la plantilla: Goyenechea, Careaga, Allende y Jesús Ruiz. El resto cobraban sueldos muy variados: 173 pesetas a la semana Vidal, 139 pesetas Lafuente, 115 Travieso y Garizurieta, 69 Blasco, 36 Castaños...

Tuvo que ser un presidente con poder y prestigio, Manuel de la Sota, el que impulsara al Athletic hacia el profesionalismo durante sus tres ejercicios al frente del club, entre 1926 y 1929. El equipo vivía unos años grises de transición. Pentland no pudo reeditar el título que consiguió en su primera temporada en las dos siguientes y tampoco Ralph Kirby y el húngaro Lippo Hertzta pudieron levantar el ánimo de una afición que lloró las muertes de Sesúmagá y Larraza en plena juventud. Las penas comenzaron a disiparse en la campaña 1928-29, coincidiendo con la creación de la Liga. Manuel de la Sota se dejó de medias tintas y, en una decisión valiente que quizá supuso la supervivencia del Athletic –otros grandes clubes de la época acabaron decayendo o desapareciendo por negarse a pagar a sus jugadores–, saltó al mercado con todas las de la ley y un objetivo entre ceja y ceja: fichar a las mejores promesas vascas. El presidente puso la chequera y el secretario técnico, Máximo Royo, el ojo clínico.

Se trataba de perfeccionar un equipo joven que prometía mucha felicidad. Ya estaban en él, por ejemplo, futuros campeones como Castellanos, Blasco, Careaga, Chirri II, Muguerza, Garizurieta, el jovencísimo Iraragorri o Lafuente, fichado del Barakaldo en 1925. Y a fe que De la Sota y Royo consiguieron su propósito. Bata, Urquizu, Uribe, Roberto Echevarría, Unamuno y Gorostiza, este último tras un largo *affaire* a tres bandas con el Racing de Ferrol y el Arenas, ficharon por el Athletic. El caso es que, en el verano de 1929, se había completado una plantilla de espléndido futuro. Ahora bien, hacía falta una mano sabia que supiera dirigirla. Manuel Castellanos, nombrado presidente en julio, no lo dudó. ¿Quién mejor que mister Pent-

Lafuente, uno de los mejores jugadores del Athletic de todos los tiempos, héroe de la final de 1930. ►

◀ Con este equipo ganó el Athletic la Copa de 1930 tras imponerse al Real Madrid por 3-2 en un partido agónico.



land? El técnico de Wolverhampton tampoco lo dudó. Dejó el banquillo del Atlético de Madrid y regresó a Bilbao.

El éxito fue inmediato. Aunque en el campeonato regional los rojiblancos sólo pudieron quedar segundos por detrás del Alavés, en la Liga, ya más rodados, arrasaron. Ganaron el título sin perder un solo partido: 12 victorias y 6 empates. 63 goles a favor y 28 en contra. En la Copa, los chicos de mister Pentland volvieron a esmerarse. Superaron al Racing (tras remontar un 3-0 en contra), a la Real, al Real Unión y al Barcelona, a este último en un memorable partido de desempate jugado en Zaragoza. En la final esperaba el Real Madrid.

Fue un partido para la historia. La tarde del 1 de junio, en Montjuic, ante 70.000 espectadores, el Athletic pudo con todo. Los rojiblancos se adelantaron a los 38 segundos con un gol de Unamuno. Se podía pensar que mejor no pudieron empezar, pero lo cierto es que la alegría del 1-0 no fue del todo plena ya que el delantero de Bergara se lesionó tras abrir el marcador. Se quedó en el campo, por supuesto, ya que entonces no había cambios, aunque convertido en una estatua doliente. El Real Madrid empató al cuarto de hora por medio de Lazcano, pero el Athletic, gracias a un chutazo de Iraragorri, logró adelantarse de nuevo segundos antes del descanso. En la segunda parte, aumentaron los problemas. A la lesión de Unamuno se añadió la de Iraragorri y, poco después, la de Lafuente, noqueado tras un encontronazo con Peña. El Madrid se aprovechó de las circunstancias y empató en el minuto 65.

La cosa pintaba fatal para los bilbaínos, que tirando de rodones llegaron vivos al final del partido. Con tres lesionados y Gorostiza tocado en un tobillo, nadie daba un duro por ellos en la prórroga. La delantera del Athletic, como dijo un periodista, era una versión del Cuerpo de Inválidos. Sólo Bata estaba sano. Pero ahí surgió, entre todas las desgracias, el espíritu del león. En el minuto 115, un balón cayó a los pies de Unamuno, que tuvo fuerzas para enviárselo a Lafuente. El genial extremo rojiblanco estaba mareado. En realidad, se sostenía en pie gracias a una inyección de estricnina que él mismo pidió a los doctores Trabal y Trueba. Su derecha sublime, sin embargo, permanecía intacta. De ella salió el soberbio chut de la victoria.

Un rodillo en Chamartín

El Athletic había formado el mejor equipo de su historia, una máquina de hacer fútbol y marcar goles —en la temporada 1930-31 logró 287 tantos en 68 partidos oficiales—, que hacía soñar a sus aficionados y se ganó un respeto reverencial en toda España. Resulta obligado detenerse a recordar a aquel Athletic invencible. En la portería estaba Blasco, un magnífico portero, sobrio y seguro, al que sólo la figura estelar de Zamora privó de un puesto fijo en la selección. Castellanos y Urquizu eran un seguro de vida en la defensa. El primero era hijo del presidente, pero nadie discutió que su sitio en el once de mister Pentland lo había ganado por méritos propios. Juanito Urquizu era un ondarrés rápido, duro y tenaz. En la década de los cuarenta, sería el entrenador de otro Athletic campeón. Por delante de ellos jugaban Garizurieta, Muguerza y Roberto. Su compenetración trascendía más allá del campo. También eran los encargados de amenizar los largos viajes del equipo con sus canciones, el ‘Boga boga’, ‘Desde Santurce a Bilbao’, ‘Ilunabarra’...

Estudiante de los Escolapios como Pichichi, ‘Pichi’ Garizurieta jugaba con el 4, por la derecha. Le llamaban el arquitecto porque medía sus centros con escuadra y cartabón. El eibarrés Roberto Echeverría se movía por el otro costado. Tenía un físico privilegiado que le hacía abarcar mucho campo y un magnífico remate de cabeza. Entrenaría al Athletic después de la Guerra Civil. Muguerza era el hombre del buzo, dedicado a barrer y secar en la medular. Trabajaba sin descanso y era un recuperador excepcional. Había un sector de la afición que discutía su títu-





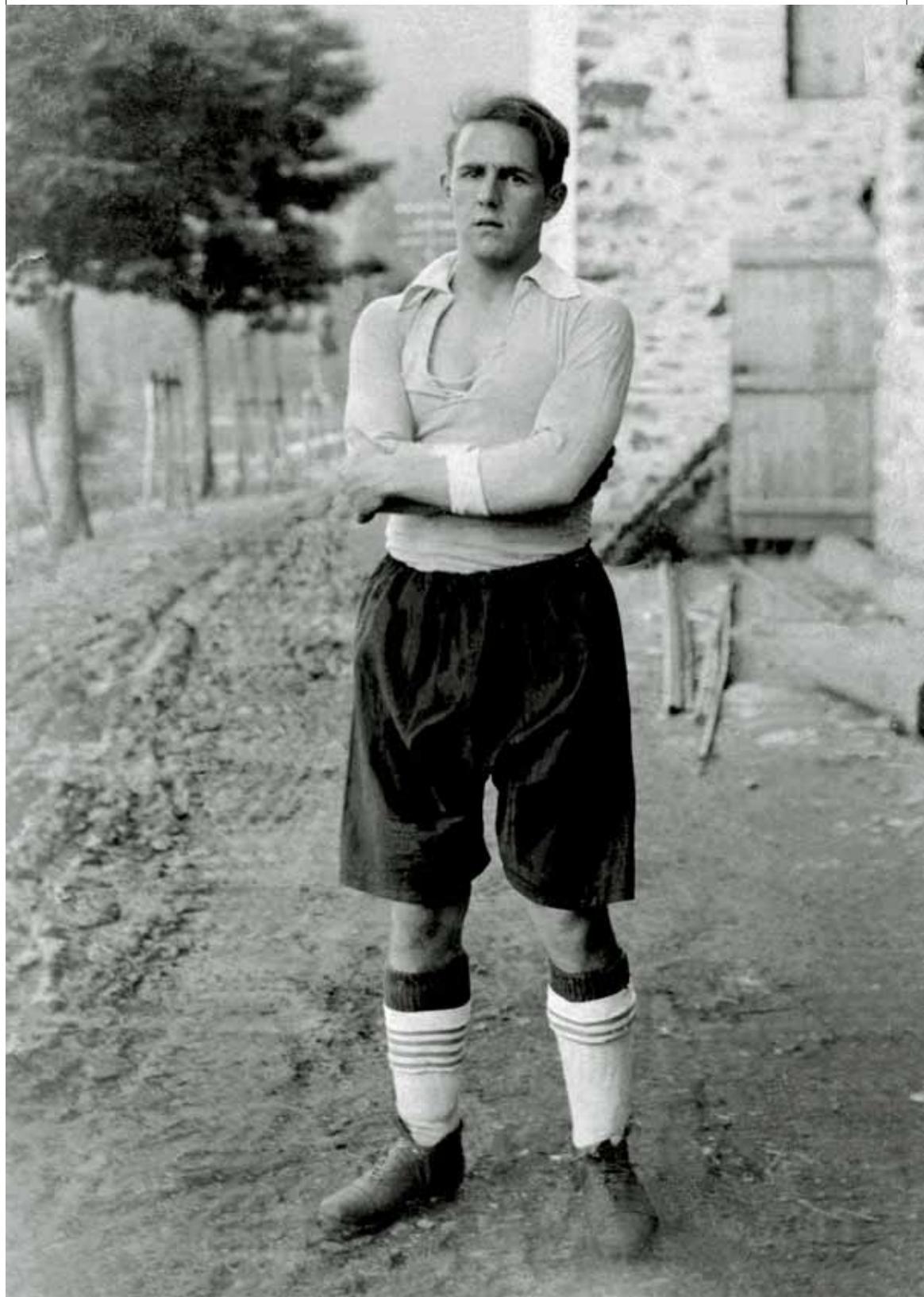
laridad en un equipo de seda, pero otro le adoraba. Sus incondicionales eran tan entregados que inauguraron un movimiento llamado ‘muguercismo’, precedente de las actuales peñas. Tenían hasta sede social y organizaban fiestas con gallardetes y música de gramola cada vez que su ídolo hacía un gran partido.

El resto del once lo compone la primera línea delantera en la historia del club que iba a recitarse de memoria, la más laureada de todos los tiempos: Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri II y Gorostiza. Lafuente era un extremo derecha extraordinario. Los que le vieron jugar y pudieron compararle con sus grandes sucesores –Iriondo y Artetxe– aseguran que fue el mejor, una de las grandes figuras del Athletic de todos los tiempos. Tenía un toque de balón excepcional, dribling, gol y casta. A su lado, como interior, jugaba ‘Chato’ Iraragorri, un prodigio físico con un disparo descomunal. A los 17 años, ya era titular indiscutible. Agustín Sauto, Bata, era el ariete, un rematador incansable y voraz. El Barcelona, al que marcó seis goles esa temporada en San Mamés, pudo dar fe de ello. Chirri, el segundo de los Aguirrezabala, era un zurdo elegante con clase para exportar. Tenía muchas misiones en el equipo, pero una de ellas le hacía particular ilusión: aplastar el bombín de mister Pentland cada vez que ganaban un título.

Y queda Guillermo Gorostiza, el mítico ‘Bala Roja’. Era hijo de un médico de Santurce, un niño de buena familia, pero había nacido para correr. No quiso estudiar, ni buscar un empleo confortable y su padre, desesperado, lo mandó a México para que se hiciera un hombre de provecho. No hubo manera. Gorostiza sólo quería jugar y vivir; vivir jugando, aunque fuera por la comida, la pensión y unos vinos de lástima, como los que le pagaron los aficionados del Juvencia de Trubia asturiano cuando llegó al club, ya cuarentón, arrastrando su leyenda. Murió a los 57 años, enfermo de los pulmones, convertido en un juguete roto, en el sanatorio de Santa Marina. El fútbol español no había conocido un *wing* como él. A Pentland le bastó un entrenamiento para

Guillermo Gorostiza, ‘Bala Roja’, uno de los mejores *wings* que ha dado el fútbol. ▶
Marcó una época en el Athletic y en el fútbol español.

◀ 1931. El Athletic posa en Chamartín, bajo la lluvia, antes de imponerse en la final al Betis.



descubrir su inmenso valor y ordenar a sus pupilos que buscaran a 'Goros' jugándole en largo, no al pie sino al espacio. Lo demás era cuestión de aquel genio indomable: ganar el cuero en velocidad, recortar hacia dentro y centrar o chutar a gol. En su primera temporada fue el máximo realizador de la Liga con 19 tantos.

Con estos mimbres, a los que hay que añadir otros futbolistas importantes como Careaga, Felipés, Uribe, Castaños o Ispizua, el Athletic completó su segundo doblete consecutivo. La Liga, en la que los rojiblancos lograron la que todavía es la mayor goleada de la historia del torneo –un 12-1 al Barça– la ganó por tener mejor coeficiente de goles que el Racing y la Real, con los que acabó empatado a puntos. La Copa fue más fácil. El Athletic eliminó sin problemas al Sabadell, el Real Unión y el Logroñés para plantarse en la final ante el Betis, el verdugo del Arenas.

A diferencia de lo que ocurrió el año anterior en Montjuic, el Athletic no necesitó esta vez completar un gesta heroica para alzarse con el título. En Chamartín, en una tarde gris y lluviosa, ante un Betis de «fútbol pirotécnico», como dejó escrito un cronista, los rojiblancos se limitaron a pasar el rodillo. La gran delantera no tuvo su día. Lafuente no estaba en el campo. Se había lesionado dos días antes en un accidente de moto y su lugar lo ocupó Felipés. Iraragorri y Bata no rindieron a su nivel y Gorostiza sufrió un auténtico “habeas corpus” por parte del defensa verdiblanco Peral. Así las cosas, el equipo de Pentland se sostuvo con el buen hacer de su capitán, 'Pichi' Garizurieta, y con la clase de Chirri II, que abrió el marcador de un fenomenal disparo en el minuto 25.

La superioridad rojiblanca fue absoluta en un campo con barro en el que el Betis naufragó. Un gol de Roberto en el minuto 40 y un tercero de 'Bata' en el 53 dejaron sentenciada la final. El Betis acortó distancias tres minutos después y el Athletic decidió no arriesgar más. Se dedicó a lo que entonces se conocía como “juego lateral”, consistente en perder el tiempo sin ningún recato lanzando balonazos a la tribuna, una táctica que le valió los pitidos del público. Hay que entenderlos. La gente quería espectáculo. Es lo que daba aquel gran Athletic.

El quinto bombín

La tarde del domingo 19 de junio de 1932, Chamartín era un horno. Corría un ventarrón del sur y el sol caía a plomo sobre los graderíos. El terreno de juego estaba muy duro y seco. A nadie le hubiera sorprendido ver correr por él uno de esos arbustos que ruedan por los secarrales en las películas del Oeste. La hinchada del Athletic, alegre y bullanguera, resistía los sofocos con canciones y limonadas bien frescas. Los viajes a Madrid –20 pesetas en la baca de un autobús– ya eran algo popular en Bilbao, y más de 4.000 incondicionales acudieron a presenciar la tercera final consecutiva que disputaba el equipo de mister Pentland. Entre todos ellos llamaron la atención –los hombres no iban precisamente de etiqueta– 18 descargadores de carbón del vapor ‘Llodio’ que la víspera del partido, tras cobrar su jornal, se lanzaron carretera adelante hacia Madrid, bien aferrados a un pellejo de vino, en uno de los viejos camiones con los que trabajaban en el puerto.

Después de dos dobles seguidos, el Athletic era el enemigo a batir. Todos los equipos daban lo mejor de sí mismos cuando se enfrentaban a la máquina bilbaína, temida y envidiada por las hinchadas rivales. Durante el campeonato de Liga, los rojiblancos vivieron una invasión de campo en Mendizorroza y una agresión a Lafuente en Las Corts. La presión era muy fuerte y el Athletic lo acusó. Su juego de ataque no fue tan contundente como en las dos temporadas anteriores y un par de derrotas inesperadas le impidieron revalidar el título de Liga, que fue a parar al Real Madrid. Tras un mes de descanso, en





mayo comenzó la Copa. El Athletic tenía una cuenta pendiente. No se imaginaba acabando la temporada sin un título. El equipo estaba fresco y, además, había conseguido, por fin, la incorporación de Cilaurren, cuyo fichaje fue un movidón que se prolongó durante meses, al estilo de lo que sucedió con Gorostiza.

Lo cierto es que la bronca con el Arenas por hacerse con los servicios de Leonardo Cilaurren, internacional a los 19 años, mereció la pena. El rubio carnicero de Zorroza era un futbolista excepcional. Con el paso del tiempo, se le consideró el mejor medio derecho del Athletic –y del fútbol español– de todos los tiempos. Como a otros grandes jugadores vascos de la época enrolados en el equipo Euzkadi, la Guerra Civil le llevó al exilio. Terminó su carrera deportiva en el River Plate antes de regresar a España y abrir en Madrid un restaurante que, durante años, fue foco de reunión de los aficionados del Athletic cada vez que se desplazaban a la capital de España. El concurso de Cilaurren fue importante para que los rojiblancos avanzaran hasta la final de Copa con la determinación de un tanque. Real Unión y Alavés fueron los primeros en caer. En semifinales, el Español fue una marioneta. 8-1 en San Mamés y 0-4 en Sarriá.

La final iba a ser distinta, un duelo apretadísimo ante el Barcelona. Curiosamente, una lesión dejó a Cilaurren fuera de su primera lucha por el título. Uribe ocupó su puesto. Pedro Escartín lanzó la moneda al aire y Samitier acertó en el sorteo de campos. El Barça jugaría la primera parte con el viento a favor. Cuando el balón se puso a rodar quedó patente que la final sería, como estaba cantado, un duelo de estilos, con los catalanes jugando al toque y los vascos buscando por las bandas el camino más corto hasta la portería de Nogués. El pulso no pudo ser más equilibrado durante toda la primer mitad. Al Barça le sobraba posesión y le faltaba profundidad. El Athletic, por su parte, se defendía a contra viento, bien sostenido por Blasco, Urquizu y Castellanos, a la espera de que Chirri II y Lafuente hilaran algún contragolpe.

Frederick Beaconsfield Pentland, de largo el entrenador que más éxitos ha dado al club bilbaíno: dos Ligas y cinco Copas. ►

◀ Plantilla rojiblanca que se alzó con el título de Copa de 1932 tras imponerse al Barcelona de Samitier en Chamartín.



En el minuto 32, Roberto cortó con la mano un centro de Pedrol. La jugada no entrañaba mayor peligro, pero lo cierto es que el eibarrés tocó el balón de forma intencionada. El típico acto reflejo, vamos. Escartín se dirigió al punto de penalti encogiéndose de hombros. Los jugadores del Athletic no protestaron. La pena máxima la lanzó Zabalo, un defensa. Arocha estaba un poco tocado y ningún otro futbolista del Barcelona quiso asumir la responsabilidad. En Chamartín se hizo el silencio. Zabalo chutó fuerte, pero el balón se le fue por encima del larguero. Los jugadores rojiblancos respiraron aliviados y se lanzaron al ataque. El Barça, sin embargo, se defendió con solvencia. Nogués estaba tan acertado como Blasco, Alcoriza pegaba duro y Zabalo, pese a su error en el penalti, no perdía la concentración.

En la segunda parte se mantuvo el equilibrio. El calor comenzaba a hacer mella en los dos equipos. Samitier hacía mucho teatro en cada falta y no es aventurado suponer que los jugadores del Athletic le preguntaran si era el exceso de sol lo que le inducía a semejante dramatismo. Se llegó así al minuto 58. Blasco despejó de puños un centro de Arocha y el balón lo recogió Uribe, que se lo entregó rápido a Iraragorri. El 'Chato' eligió la mejor opción: Lafuente. El capitán rojiblanco recibió el cuero y sacó brillo a su lámpara maravillosa. Con una finta se fue de Martí y encaró a Alcoriza, al que dejó atrás, convencido de sus limitaciones y de las miserias de la vida. Cerca del banderín de córner, sacó un centro medido al corazón del área, a la cabeza de Bata, que no tuvo ni que moverse para rematar a la red. Nada pudo hacer Nogués.

El Barcelona no tuvo fuerzas para reaccionar. Estaba muerto. Demasiado calor. Demasiada cuesta arriba. La hinchada rojiblanca estalló cuando Lafuente recogió la Copa en propiedad de manos de un encantado Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas del Gobierno republicano. Luego, en el vestuario, Chirri II cumplió el rito de aplastar el bombín de mister Pentland. Era el quinto en tres años.

El equipo de un pueblo

La filosofía del Athletic, esa ley no escrita sobre la que tanto se ha escrito, tiene un origen difuso. No hay un momento concreto conocido a partir del cual el club bilbaíno decide competir de una manera peculiar, diferente a los demás. Que Veitch y Smith, los últimos extranjeros en jugar con el Athletic, dejaran la plantilla en 1912 no se debió a una decisión adoptada por la junta directiva. Fue una casualidad. Lo que ya no lo fue tanto fue que el club no volviera a contratar más foráneos. Era inevitable que un presidente nacionalista, Alejandro de la Sota (1911-17), y un equipo campeón como el de Pichichi y Belauste, formado por entero con jugadores vizcaínos, despertaran una corriente de exaltación de lo propio. Las últimas experiencias con extranjeros, además, habían provocado polémicas muy serias con la federación y con los rivales.

La historiografía rojiblanca se ha centrado en destacar la influencia que el nacionalismo vasco, entonces en pleno auge, tuvo a la hora de forjar la tradición y definir lo que Patxo Unzueta calificó como «la fisonomía espiritual del club». Pero lo cierto es que la implantación progresiva de la filosofía del Athletic hasta su completa adhesión popular trasciende la política y supera las ideologías. O mejor dicho: las abarca a todas. De ahí que, en su respeto integral a lo largo de los años, se hayan unido nacionalistas vascos y nacionalistas españoles, monárquicos y republicanos, liberales y carlistas, falangistas y comunistas. De hecho, algunos de los más escrupulosos y dogmáticos defensores de las esencias rojiblancas fueron los





presidentes que gobernaron el club durante el franquismo. Y es que la filosofía del Athletic permitía que cada aficionado arrojara con ella el ascua a su sardina. «Continuaremos en lo sucesivo defendiendo los atléticos con jugadores vizcaínos, vascos, jugadores de España, pues no queremos nada de nadie», declaró un entusiasmado Enrique Guzmán tras la monumental victoria en la Copa de 1958.

¿Por qué sucede esto? Pues porque la realidad es que la filosofía del Athletic, con todas sus peculiaridades y malentendidos, se impuso y arraigó para siempre a base de victorias y alirones, de satisfacciones y grandes recibimientos con cohetes y bandas de música. En fin, que no se trataba de exacerbar las señas de identidad por un simple impulso ideológico sino por puro entusiasmo. No es casualidad que fuera el equipo de mister Pentland, el más grande y laureado de la historia del club, un equipo creado por un nacionalista como Manuel de la Sota que sólo quiso fichar jugadores vascos pero presidido luego por un hombre de derechas como Manuel Castellanos, el que acabara desatando el sentimiento básico y primigenio del que nace la filosofía rojiblanca: el orgullo. El puro, simple y lógico orgullo. Ni más ni menos. En el fondo, se trata de algo de lo más natural. ¿Qué mayor satisfacción podía haber para un bilbaíno que ganar, jugando sólo con chavales de casa, a equipos que ya entonces se reforzaban hasta los dientes como el Barça o el Madrid?

La final de Copa de 1933 fue uno de esos hitos que acabaron de convertir al Athletic en un caso único en el fútbol mundial, como escribiría años después un periodista de *L'Equipe*. Tras despistarse en la Liga y perder algunos partidos que le acabaron alejando del Real Madrid, el equipo rojiblanco llegó a la final de Copa obligado a la victoria. Mister Pentland había anunciado su marcha al final de temporada –no llegó a un acuerdo con la directiva y aceptó la oferta del Atlético de

1933. El alcalde de Bilbao, Ernesto Ercoreca con la Copa a sus pies; ► a su derecha, Manuel Castellanos, presidente del Athletic; junto a ellos, los capitanes Lafuente y Garizurieta; sentado en el suelo, mister Pentland.

◀ 1933. Los chicos de Pentland tuvieron que esmerarse para remontar en la final al Real Madrid de Zamora, Quincoces y los hermanos Regueiro.

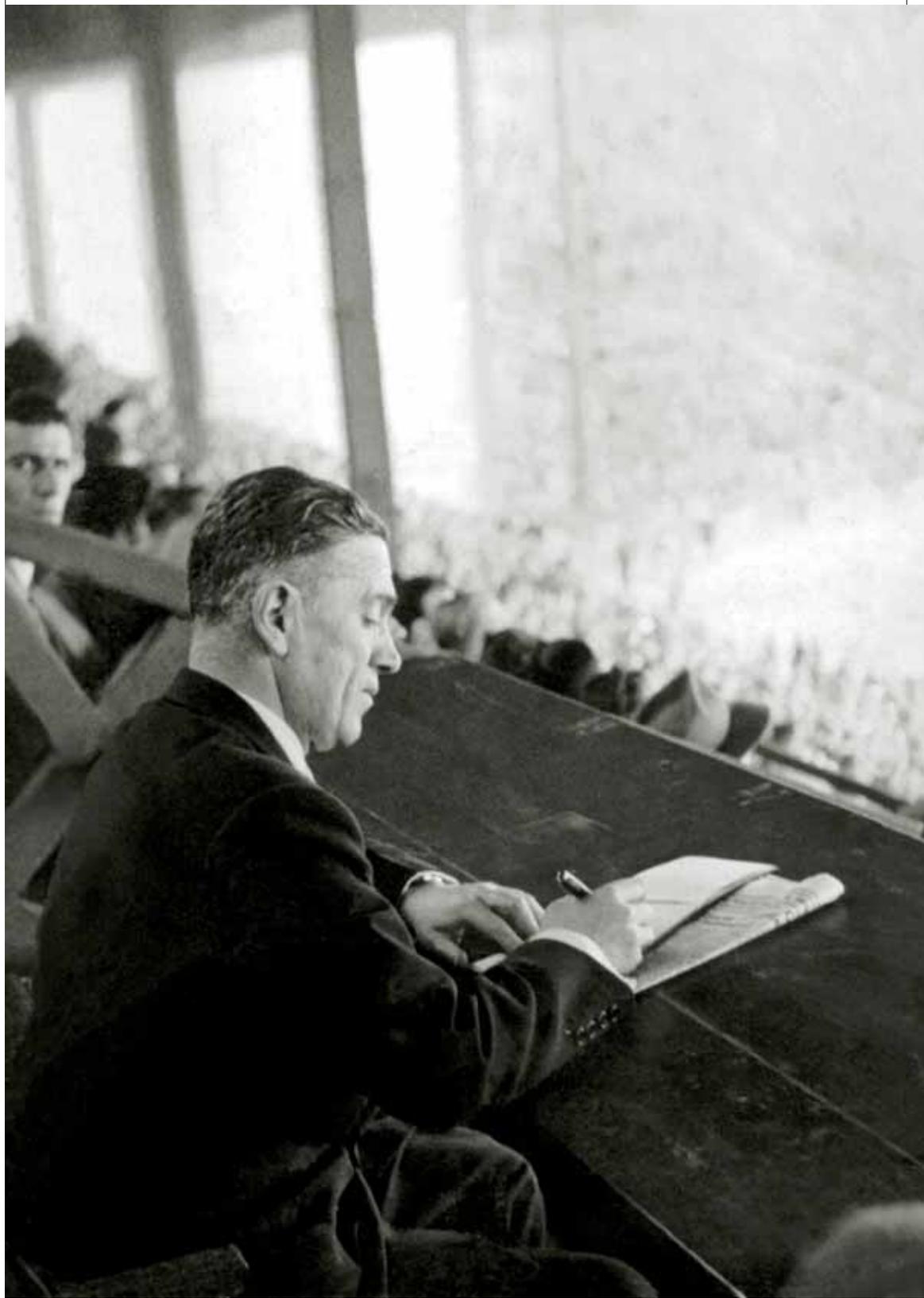


Madrid— y sus pupilos querían despedirle a lo grande, es decir, dejándole sin sombrero y haciendo una paradita estratégica en las Bodegas Bilbaínas de Haro antes del gran recibimiento en Bilbao. El problema es que, como en la Liga, en la final iban a tener enfrente al Real Madrid de los vascos, el de Ciriaco, Quincoces, Olaso, Lazcano, los hermanos Regueiro... Y Zamora de portero. Mucho toro.

El 25 de junio de 1933, el Athletic saltó al césped de Montjuic con una satisfacción: la de cruzarse con los jugadores del Erandio que acababan de ganar la final amateur. Era un buen presagio. El partido, sin embargo, se torció pronto para los rojiblancos. El Madrid, con el irundarra Luis Regueiro a la batuta, salió a morder. En el minuto 22, tras un chutazo de Olivares que Blasco no pudo atajar, Lazcano hizo el 1-0 para los blancos. La tropa bilbaína estaba tocada y pasó serios apuros hasta que comenzó a reaccionar, poco antes del descanso. En la segunda parte salió otro Athletic. La máquina se puso en marcha y el Madrid comenzó a pasarlo mal. Muy mal. En Montjuic sólo había un equipo. En el minuto 25, Gorostiza logró el empate y el colmillo rojiblanco se acabó de afilar. Tras el saque de centro, Roberto cortó un avance de Regueiro y envió el balón a Bata, que aquella tarde jugaba de interior izquierda por lesión de Chirri II. El baracaldés se la dio a Gorostiza, que se fue de Ciriaco y combinó con Lafuente. El capitán, como lo había hecho tres años antes sostenido con un jeringazo de estricnina, sacó su winchester, apuntó y disparó. Gol. 2-1.

El Real Madrid no tuvo fuerzas para responder a un Athletic que se proclamó campeón entre el delirio de su hinchada. Ausente el pequeño de los Aguirrezabala, esta vez fue Urquizu el encargado de aplastar el bombín de mister Pentland. Era el sexto en cuatro años. Mientras regresaba a Bilbao en tren, 'Monchín' escribió su crónica para la edición del martes de *El*

'Monchín', uno de los grandes cronistas del Athletic, relató las gestas del equipo de mister Pentland para los lectores de *El Pueblo Vasco*. ►



Pueblo Vasco. En ella no se limitó a narrar el partido. Habló también del alma rojiblanca. «El fútbol es bien poca cosa y, si el Athletic, a la manera de tantos más, sólo fuera un equipo profesional, seguramente no habría entrado en la entraña del pueblo hasta lo más hondo», tecleó. También se refirió 'Monchín' a la diferencia que ya entonces comenzaba a separar al Athletic de los demás. A su juicio, los jugadores rojiblancos hubieran sufrido la derrota con un dolor muy superior al que sintieron por ella los jugadores vascos del Madrid ¿Por qué? Porque en los jugadores del Athletic, escribió, el disgusto de la derrota «era algo que afectaba a su pueblo, a sus amigos de la infancia, a sus hermanos».

Diez años, una vida

De 1933 a 1943. Nunca había estado tanto tiempo el Athletic sin levantar su trofeo preferido. Fueron diez años, pero parecieron toda una vida. El equipo supo aprovechar la estupenda inercia que había dejado mister Pentland y, aunque no volvió a ganar la Copa, conquistó dos nuevos títulos de Liga en las temporadas 1933-34, con Patricio Caicedo de entrenador, y 1935-36, con el inglés William Garbutt al frente de un equipo que ya empezaba a regenerarse con la incorporación de jóvenes como Zubieta, Oceja, Gárate, Gerardo o Elices. Y entonces estalló la Guerra y fue como si un inmenso telón de tinieblas cayera, de repente, sobre el escenario en el que se representaba una obra inolvidable: la de los alirones del Athletic, la de una inmensa felicidad colectiva.

El paisaje después de la batalla era devastador. El Athletic, como tantos proyectos de vida, había quedado desmantelado. La mayoría de sus mejores jugadores, integrantes del mítico equipo 'Euzkadi', estaba en el exilio, en México o Argentina. Era el caso de Cilaurren, Iraragorri, Muguerza, Zubieta o Blasco. Otros habían abandonado el fútbol o se habían apartado de la primera línea (Bata fichó por el Barakaldo) y dos de ellos, Ispizua y Castaños, cumplían condenas de cárcel. Y no sólo eso. Durante la Guerra, el club perdió a una de sus mejores promesas: el sestaotarra José Luis Justel, muerto en 1938 en el frente de Gandesa. El caso es que, cuando comenzó la temporada 1939-40, sólo seis componentes de la plantilla sabían lo que era defender la camiseta del Athletic en partido de Liga: Oceja, Gárate, Unamuno, Elices, Urra, aunque en su caso la experiencia se





limitaba al debut, y Gorostiza, que fue uno de los dos jugadores del 'Euzkadi' que no quiso viajar a América y abandonó por la puerta de atrás –dicen que descolgándose por una ventana– la concentración en las afueras de París de aquella selección legendaria. A su regreso, se afiliaría a La Falange.

El otro fue Roberto Echevarría, que estaba recién casado y decidió volverse a Eibar. Aquejado de una grave lesión de espalda que le tuvo meses en cama, el medio izquierda rojiblanco colgó las botas. Una vez recuperado, aceptó coger las riendas del Athletic como técnico, una labor que, durante los años de la guerra, pastoreando promesas en amistosos y partidos del campeonato regional, había desarrollado Perico Birichinaga, toda una institución. Nacido en Sestao, ingresó en el club como botones, aprendió de mister Barnes los secretos del masaje y acabó de entrenador improvisado en unos tiempos de miedo. También él estuvo con el 'Euzkadi' y no viajó a América, pero en su caso fueron los propios jugadores los que le animaron a volver para que pudiera cuidar a su familia.

Roberto Echevarría pidió paciencia a la afición cuando se hizo cargo de la plantilla. Lógico. El equipo era nuevo. Le faltaba armazón y le sobraba juventud. Aparte de los seis veteranos antes citados y de Arqueta, que había jugado una campaña en el Betis, el resto –Bertol, Panizo, Viar, Macala, Echevarría, etc.– eran unos pipiolos. La hinchada no podía exigir mucho a corto plazo. Era necesaria una transición. Así hay que tomarse las temporadas 1939-40, que terminó con el traspaso de Gorostiza al Valencia, y la 1940-41, que tuvo su miga. En el terreno institucional hubo que tragarse una humillación estúpida y castellanizar el nombre del club. En el deportivo, las noticias fueron mejores. Juanito Urquizu aceptó el cargo de entrenador. Juanjo Mieza, veterano defensa de la campaña 1935-36, regresó al Athletic. Y dos chavales comenzaron a dar mucho de qué hablar: Zarra y Gainza.

Lo cierto es que Urquizu tenía a su disposición un buen material. A la plantilla le faltaban un par de hervores, pero en

1943. Juanito Urquizu y Perico Birichinaga atiendan a Zarra, tumbado sobre Gainza, minutos antes de que comenzara la prórroga. ►

◀ 1943. Elices, Nando, Mieza, Zarra y Ojea se retiran a los vestuarios en el descanso de la final ante el Real Madrid.



la Copa, ante el gran Valencia de la “delanterera eléctrica”, campeón de Liga, demostró que podía competir a un gran nivel. Esa percepción se acabó de confirmar en la siguiente campaña, la 1941-42. Aquel equipo que en la Liga alternaba despistes extraños con goleadas siderales propias de la época de Pentland, aquel equipo rápido y valiente al que, en la final de Copa, el Barcelona sólo pudo tumbar por 4-3 en una prórroga agónica, aquel equipo con cuatro diamantes llamados Iriondo, Zarra, Gainza y Panizo, aquel gran equipo, en fin, tenía el perfume inconfundible de los campeones.

Lo demostró al año siguiente con un doblete memorable. Más de 150.000 personas acudieron a homenajear a los leones que ganaron la Liga. La fiesta se repitió dos meses y medio después, a finales de junio. El Athletic se enfrentó al Real Madrid en la final, que se jugó en el estadio Metropolitano, con Franco y el general Moscardó en el palco y 5.000 boinas rojas del Frente de Juventudes en las gradas. ¡Como para no levantar el brazo haciendo el saludo fascista al cantar el himno! Fue un partido duro y sin aire. Pudo ganar cualquiera. Los dos equipos se metieron en la zanja y no se dieron tregua. Zis, zas. En el Athletic destacaron Urra y su nuevo portero, Raimundo Pérez Lezama, un niño de la Guerra formado en el Southampton, al que recayó la responsabilidad de sustituir, tras su terrible lesión en un pulmón, al guardameta al que todos los aficionados veían como el sustituto natural de Gregorio Blasco: el getxotarra José María Echevarría.

Culminando una gran jugada de Elices, Zarra hizo el único gol del partido en el minuto 14 de la prórroga. Minutos antes, Lezama había hecho el paradón del partido al despejar un disparo de Alsúa. Durante la recepción a los campeones en el Ayuntamiento, el alcalde-camarada Zuazagoitia ofreció uno de sus típicos discursos de mentón alzado y hebilla muy prieta. «Queríamos ser los primeros en todo al servicio de España y del Caudillo», dijo. Pese a todo, pese al alcalde-camarada y sus soflamas, pese a la miseria, la represión y las cartillas de racionamiento, ese día Bilbao fue una ciudad feliz. Para eso estaba el Athletic campeón, de regreso al cabo de diez años, una vida después.

El cuarteto mágico

La vida se ve de otra manera cuando el Athletic es campeón. Cambian las perspectivas y se trastocan todas las prioridades. Podría decirse que se entra en otra dimensión. Así se explica que, con tal de pagarse el viaje y la entrada a la final de Copa, alguien pueda vender su único colchón y dormir luego en el suelo durante semanas. Y así se explica que, en 1944, es decir, en lo más duro de la postguerra, encontrar una entrada para la final que el 25 de junio el Athletic disputó contra el Valencia se convirtiera en un problema de mil demonios, similar al que se sufrió el pasado 13 de mayo en Mestalla, 65 años después. Pero es que la afición del Athletic no tiene remedio, y menos cuando se trata de volcarse en el torneo que ha marcado la historia del club, esa Copa cuya final, como se empezó a decir ya en los años de Pichichi, jugaban el Athletic y otro más.

Aquella tarde de 1944, la hinchada rojiblanca tenía especialmente afilado su sentido del deber. El equipo le necesitaba. Hay que ponerse en situación. Tras completar un magnífico doblete la temporada anterior, la escuadra de Juanito Urquizu había decepcionado en la Liga, que fue un chasco de principio a fin. Ya en el primer partido, disputado en Las Corts, el Athletic perdió para largo tiempo a Zarra y a Lezama; al primero por fractura de clavícula y al segundo, de peroné. Fue el comienzo de una plaga de lesiones que impidió al equipo asentarse. En la Copa, sin embargo, llegó la reacción. El Athletic eliminó al Barakaldo, el Arenas y el Granada antes de superar al Atlético





Aviación en un cruce a cara de perro, ajustadísimo, tanto que se decidió en un partido de desempate jugado en Barcelona.

En la final esperaba todavía un hueso más duro: el Valencia de los vascos, un equipazo. Allí estaban los donostiarras Eizaguirre, Igoa, Epi e Iturraspe, el baracaldés Mundo, el ex-rojiblanco Higinio Ortuzar y, junto a ellos, dos vizcaínos ilustres, dos mitos del Athletic y del Real Madrid de antes de la Guerra: Gorostiza y Lecue. 'Bala Roja', eso sí, no pudo alinearse aquella tarde debido a una lesión. Su puesto lo ocupó Asensi. El partido comenzó a las seis y media de la tarde. Lucía el sol en Montjuic. En las gradas, 62.000 espectadores contenían el aliento, aprisionados. El Athletic jugaba con su alineación de gala, en la que figuraban, por primera vez como titulares en una gran final, cuatro futbolistas que, juntos y revueltos durante la década de los cuarenta, lograron lo que parecía imposible: devolver al ataque rojiblanco el nivel estratosférico que tuvo durante los años de mister Pentland. Eran Iriondo, Zarra, Panizo y Gainza. Cuatro estrellas. Se ha escrito mucho sobre ellos, pero es que hacerlo es una obligación. Repitémonos, por tanto.

Panizo era un superclase con una visión del fútbol espectacular y un toque único. Que al de Simondrogas le costara convencer a San Mamés y nunca dejara de tener sus detractores no deja de ser la mejor demostración de su talento, que muchos no comenzaron a apreciar en su justa medida hasta que vieron jugar en Bilbao al San Lorenzo de Almagro, capitaneado por Ángel Zubieta. Rafa Iriondo, por su parte, fue un caso prodigioso. Quizá no haya en la historia un futbolista que haya debutado en Primera habiendo disputado menos partidos. Iriondo sólo había jugado una vez con el Gernika, el equipo de su pueblo, cuando, al terminar la guerra, tras pasarlas canutas en el frente de Teruel, se presentó en Garellano a las pruebas que estaba haciendo el Athletic para recomponer su plantilla. Iriondo impresionó a Roberto Echevarría, que le hizo un hueco

1944. Lezama y Zarra en el momento de saltar al césped del estadio de Montjuic, donde lograrían su segunda Copa consecutiva. ►

◀ 1944. Los campeones posan con la Copa conquistada en Montjuic tras ganar en la final al Valencia de la 'delantería eléctrica'.



en el Bilbao, donde jugó cinco partidos antes de irse a África a hacer la mili y disputar allí otros cinco encuentros con el Atlético de Tetuán. Cuando consiguió el traslado a Bilbao con una prórroga de estudios y se presentó en San Mamés, Urquiza no lo dudó y le ascendió al primer equipo. Once partidos le habían servido para llegar al Athletic.

Si Rafa Iriondo fue un gran extremo derecha rematador pero nunca pudo ser el delantero centro que siempre quiso ser, ello se debió a una causa de fuerza mayor: Telmo Zarraonaindía, uno de los grandes goleadores de la historia del fútbol. Seis veces máximo realizador de la Liga, deportista ejemplar por su caballerosidad, internacional indiscutible, autor del gol más famoso de la historia del fútbol español (Maracaná, 1950), la carrera y la figura del hijo del jefe de estación de Asúa trascienden con mucho el ámbito del Athletic. Como también lo trasciende la de su lugarteniente durante tanto años, 'Piru' Gainza. Aprendiz de tornero en La Baskonia, este zurdo de Basauri obró en unos meses el milagro de que nadie en San Mamés echara de menos a 'Bala Roja'. No es de extrañar: 'Piru', al que una exhibición con la selección española en Dalymount Park le valió el apodo de 'el Gamo de Dublín', lo tenía todo: velocidad, cambio de ritmo, mala leche, astucia, capacidad de improvisación y una zurda que era como un revólver envuelto en un pañuelo de seda.

A estos cuatro grandes se les unió aquella tarde en Montjuic un elemento peculiar: Rafael Escudero, sobrino de Germán Echevarría, 'Maneras'. Escudero era todo un *gentleman* y un futbolista magnífico que hubiera encajado como un guante en aquella delantera. Sin embargo, su concepción amateur del fútbol le hizo jugar sólo una temporada en el Athletic y completar toda su carrera deportiva en el Indautxu. Escudero, que murió en 1953 en un accidente de aviación, fue decisivo en aquella final contra el Valencia, que no tuvo el equilibrio que se esperaba. Los pupilos de Cubells sólo aguantaron veinte minutos el ritmo del Athletic, al que Zarra adelantó en el minuto 20. Escudero, a pase de Gainza, hizo el 2-0 definitivo poco antes del descanso.

La afrenta al héroe

Tarde o temprano, el fútbol siempre ofrece la oportunidad del desquite. Era algo que los jugadores del Valencia agradecían de corazón aquella tarde de junio de 1945. Desde la derrota en la anterior final, los chés llevaban un puñal clavado en el costado. Y allí estaban de nuevo, en el estadio de Montjuic, dispuestos a tomarse la revancha ante el mismo rival que les había herido un año antes. Era la hora de la venganza. Para el Athletic, la ocasión también era única. Después de perder sus opciones en la Liga durante una segunda vuelta muy irregular, los chicos de Urquizu afrontaban la oportunidad histórica de obtener su tercera Copa consecutiva y adjudicarse el trofeo en propiedad.

El partido no podía tener mejores ingredientes. Urquizu y Cubells, además, podían contar con sus mejores hombres con la única excepción de Oceja y Epi. Las dos delanteras impresionaban y la prensa especulaba sobre cuál serían las consecuencias de ese choque de trenes. No era para menos. Por un lado, Bertoli, Amadeo, Mundo, Igoa y Gorostiza. Por el otro, Iriondo, Panizo, Zarra, Gárate y Gainza. En la plantilla rojiblanca había ingresado esa temporada Venancio, que ha quedado en el recuerdo como el quinto hombre de aquella delantera mítica, pero ya se sabe que el imponente interior de Simondrogas tardó en asentarse como titular. No lo hizo hasta la campaña 1949-50. Gárate, luego Iraragorri, que volvió a vestirse de corto tras regresar del exilio, y por último Emilio





Aldecoa, un niño de la Guerra formado en el Wolverhampton, le cerraron el paso hasta su explosión definitiva.

El Valencia salió muy fuerte en la final. Al abordaje. Ya en la primera jugada, segundos después de que Pedro Escartín pitara el comienzo, Mundo envió un balón rozando el larguero. El delantero vizcaíno estaba con el colmillo afilado. En el minuto 11, se plantó solo delante de Lezama y le batió por bajo. El Athletic reaccionó con casta, pero el equipo ché volvió a tomar la iniciativa. Fueron unos momentos delicados. Amadeo falló una ocasión clara tras un pase de Gorostiza y Lezama tuvo que lucirse para desviar un chutazo de Bertoli. Congestionado, Nando sufría por su banda. El 2-0 parecía cercano, pero aquel Athletic, incluso en sus momentos de mayor agobio, tenía una pegada de peso pesado. En el minuto 21, un centro de Iriondo llegó a la cabeza de Zarra, del que salió propulsado hacia el lugar habitual, el fondo de la portería.

El empate animó a los rojiblancos. Cinco minutos después, Bertol escapó pitando de su área tras un córner y acertó a combinar con Panizo. 'La perdiz' oteó el horizonte y eligió la mejor opción. Era Iriondo, que corría por su banda. El balón le cayó medido y el guerniqués batió a Eizaguirre de tiro cruzado. Los leones habían salido de caza y el Valencia comenzó a sentirse muy mal. Sin embargo, un error de Mieza en un despeje lo aprovechó Mundo para meter otra vez a su equipo en el partido. Era el minuto 37.

En la segunda mitad, el ritmo se desplomó. El desgaste de la temporada hizo mella en los jugadores y los dos equipos se dedicaron a nadar y guardar la ropa. El partido estaba al rojo vivo a siete minutos del final, cuando se produjo un hecho asombroso: Pedro Escartín, el árbitro más famoso de España, expulsó a Álvaro y a Zarra. Que el defensa valencianista viera el camino de los vestuarios entraba dentro de lo normal. Era un tipo duro que solía merodear con frecuencia por los extrarra-

1945. Zarra acosa a Eizaguirre, portero del Valencia. En esa jugada se produciría la expulsión del delantero rojiblanco. ►

◀ El árbitro, Pedro Escartín, sería el protagonista de la final de Copa de 1945 al expulsar a Zarra. Ello no impidió la victoria de los leones



dios del reglamento. Durante la final, por ejemplo, había hecho una entrada de escalofrío a Gainza. Cómo sería la patada que un periodista indignado la calificó de «cainesca». Genial. Lo de Zarra, en cambio, no podía ser más sorprendente. Había algo de irreal en la escena, una inversión de papeles que resultaba inverosímil, como si al Capitán Trueno le sorprendieran abusando de unos pobres labriegos desarmados. Pero lo cierto es que sucedió. El caballero del gol tuvo que irse a la caseta, desolado.

¿Qué es lo que ocurrió? Lo cierto es que existen varias versiones contrapuestas de lo sucedido, por lo que se hace muy difícil saber a qué atenerse. Una de ellas es la que recogió el enviado especial de *El CORREO*, Jesús de la Maza. Según su relato, con el partido metido en un puño, Zarra fue a presionar a Eizaguirre, que acababa de atajar un balón. Su acoso pareció excesivo a dos defensas del Valencia, que le empujaron y le tiraron al suelo. Una vez allí, Álvaro le pegó una patada en la boca. Viendo que sangraba, Zarra se levantó furioso y devolvió el golpe a su agresor, de modo que ambos terminaron en la calle.

Muy diferente es lo que ha quedado escrito en la historiografía rojiblanca más o menos oficial. En esta segunda versión de la jugada se asegura que, empujado por dos rivales, Zarra cayó encima del portero donostiarra y que Escartín, creyendo que lo había agredido, le expulsó. Y queda una tercera lectura, la que el propio protagonista hizo a quien esto firma en 1998. «Me despachó Escartín. Me había entrado muy duro Álvaro y fue él quien se lesionó. Entonces vino Gainza y me dijo: “Telmo, písale a ése la cabeza”. Y yo riéndome, hice el amago de que le pisaba. Y nos despachó a los dos».

Sea como fuere, el caso es que el goleador rojiblanco tuvo que escuchar desde los vestuarios, donde lloraba de rabia, el clamor del tercer gol. El 3-2 llegó en el tiempo de descuen-

Recibimiento al Athletic en el Arenal bilbaíno tras ganar la Copa de 1945. ►



to. Gainza avanzó por su carril y tiró a puerta en busca de fortuna. La encontró. En lugar de un buen disparo, le salió un centro perfecto a Iriondo, que empujó el balón a la red. Ausente Oceja, Bertol recogió la Copa. Dos días después, durante el recibimiento al equipo, la multitud congregada debajo del Ayuntamiento obligó a Zarra a salir dos veces al balcón a saludar. Porque hay momentos en que también los héroes necesitan cariño.

Cuatro veces Zarra

No se sabe bien qué, pero algo ocurrió. Puede que fuera la inevitable falta de regularidad de un equipo genial, invencible en su mejor versión pero disperso y quebradizo cuando los astros no acababan de estar perfectamente alineados. O quizá todo se debiera, sin más, a que la euforia de tres años gloriosos necesitaba de un cierto tiempo de reposada digestión. El caso es que el Athletic tardó cinco años en volver a ganar un título. El segundo lustro de la década de los cuarenta comenzó con un jarro de agua fría para la afición bilbaína. En pleno éxtasis, con todo Vizcaya sacando pecho, orgullosa de sus campeones, fue muy duro de aceptar que un club modesto como el Alcoyano, famoso por su moral a prueba de obuses y por las exquisitas peladillas que vendían sus jugadores, cortara las alas del Athletic en la Liga ganándole por 3-2 en la anteúltima jornada y luego, apenas un mes después, le eliminara de la Copa. No hace falta decir que a los rojiblancos les dieron cera como nunca.

En la siguiente temporada, la 1946-47, la decepción continuó. El Athletic firmó una gran campaña y algunas de sus estrellas completaron auténticas hazañas –Zarra marcó 35 goles y Gainza hizo 8 al Celta en un histórico 12-1–, pero el equipo falló en los momentos clave: perdió la Liga en la última jornada tras empatar a tres en Riazor y en la Copa cayó ante el Real Madrid en semifinales. Fueron dos golpes fuertes que quebraron la confianza de los leones. Así se explica que, tras el verano, el Athletic completara el peor comienzo de campeonato de su historia y,





cumplida la séptima jornada, se viera en el furgón de cola, algo inaudito y, desde luego, inaceptable en un club que se disponía a celebrar sus bodas de oro. La directiva acabó sacrificando al hombre que había marcado una época: Juanito Urquizu.

Su sustituto, mister Bagge, rearmó el bloque con planteamientos ultraofensivos y le dejó sexto. En la Copa, sin embargo, el inglés no pudo evitar un nuevo chasco. El Sevilla eliminó al Athletic en primera ronda. Tampoco fue una sorpresa, la verdad. El equipo estaba descompensado y continuó estándolo en la campaña 1948-49. El regreso de Venancio tras su fogueo en el Barakaldo había acabado de apuntalar una delantera mítica, pero el Athletic flojeaba en defensa, sobre todo fuera de casa. Sextos de nuevo en la Liga, los rojiblancos se esmeraron en su torneo predilecto y llegaron a la final. Su rival fue un viejo conocido que todavía tenía las llagas abiertas de dos finales perdidas ante los leones años atrás, el Valencia. A la tercera, el equipo ché se tomó la revancha. A ello contribuyeron un baracaldés sabio, Jacinto Quincoces, técnico del equipo levantino, y dos donostiarras sedientos de venganza, Eizaguirre, que firmó una actuación soberbia, y Epi, autor del único gol del partido.

En aquellos duelos entre vizcaínos y valencianos se escribieron algunas de las mejores páginas del fútbol español de postguerra. Entre ellas, la que quizá sea todavía la mejor eliminatoria de la historia de la Copa. Nos referimos a las semifinales de la temporada 1949-50. El Athletic, con 'Chato' Iraragorri de entrenador, había quedado sexto en la Liga por tercera vez consecutiva, pero en la Copa se esmeró a conciencia. El equipo tenía ya mejores costuras. La defensa había ganado en velocidad y frescura con la entrada de jóvenes como Manolín, Canito y Areta. Y se notaba. Tras superar a Español y Oviedo, al equipo rojiblanco le tocó medirse al campeón. La eliminatoria pareció quedar resuelta en San Mamés con un 5-1 memorable a favor de los bilbaínos. Las agencias de viajes comenzaron a

1950. Instante en el que Zarra marca el gol que adelantó al Athletic en la final contra el Valladolid. ►

◀ 1950. Iraragorri da instrucciones a Zarra, Venancio, Iriondo y Panizo antes de la prórroga en la que los rojiblancos tumbaron al Valladolid.



vender paquetes para la final de Madrid. Nadie podía esperar una sorpresa y ésta, sin embargo, estuvo a punto de producirse. Faltó un milímetro. A lomos de un imperial Puchades, el Valencia logró un increíble 6-2 al término de los 90 minutos. Fue una batalla brutal de la que se habló durante años. No acabó hasta la tercera prórroga con un gol de oro de Gainza.

Cuatro días después de ese esfuerzo extenuante, el Athletic se presentó en Chamartín para jugar la final ante el Valladolid de Antonio Barrios. El técnico vizcaíno había armado un bloque muy serio con los hermanos Lesmes, Ortega, Babot, Lasala, Coque, Revuelta y un rojiblanco recién llegado: Emilio Aldecoa. El Athletic conocía bien el potencial de los vallisoletanos. No en vano, en la Liga les habían endosado un sonrojante 6-2. Aún así, la tropa del 'Chato' era la clara favorita. Ni siquiera el evidente desgaste de sus jugadores le privaba de esa condición. Los castellanos, sin embargo, no se arredraron ante el rey de Copas y salieron a por todas. Allí, bajo el sol de plomo de Chamartín, tenían la gloria al alcance de la mano. El primer cuarto de hora fue un toma y daca que concluyó con un gol de Zarra a pase de Iriondo. A partir de ese momento, el Athletic dominó y estuvo muy cerca del 2-0. No lo consiguió y tuvo tiempo de lamentarlo.

En la segunda mitad, el Valladolid se vino arriba y acabó empatando cuando nadie lo esperaba, a cinco minutos del final, en un tiro lejano de Coque. Hubo que jugar una prórroga y era difícil apostar en ella por los rojiblancos, extenuados. Pero algo ocurrió. No se sabe bien qué. El caso es que el Athletic salió a todo trapo y firmó una prórroga estelar en la que Telmo Zarra se terminó de coronar con tres goles, el último con una lesión en la clavícula. Fue algo muy grande. 'Monchín' se lo intentó explicar a sus lectores, aunque tampoco él tenía muy claras las razones profundas de la gesta. «En los cinco minutos de descanso, los jugadores del Atlético han debido añorar su tierra, sus hogares, sus amigos de Bilbao. Han debido pensar en muchas cosas que les son queridas. Y, tumbados en la hierba, han hallado otra vez su alma», escribió.

Cosas de Daucik

Nadie lo hubiera dicho en el verano de 1950, con la Copa recién ganada y cuatro rojiblancos (Zarra, Gainza, Panizo y Nando) haciendo historia en el Mundial de Brasil, pero ese gran Athletic que creció y deslumbró tras la Guerra Civil ya no volvió a ganar un título. A ello contribuyeron varios factores. Uno de ellos, indiscutible, la irregularidad endémica de un equipo que era emoción en estado puro; capaz de ganar, por ejemplo, 3-0 al Zaragoza en San Mamés y luego caer 4-0 en la capital aragonesa y quedar eliminado de la Copa, un chasco que supuso el cese de Iraragorri al final de la temporada 1951-52. Otras causas de la sequía fueron el progresivo desgaste de sus grandes figuras, que ya empezaban a ser unos señores talluditos, y el creciente potencial económico y deportivo del Real Madrid y del Barcelona.

Lo cierto es que el Barça de Kubala, Ramallets, Basora, César y compañía fue una piedra en el zapato de los rojiblancos. Les birló la Liga de la temporada 1951-52, les eliminó de la Copa en las campañas 1950-51 y 1953-54, y les ganó la final de 1953. Tanto golpe blaugrana comenzó a resultar humillante y la directiva de Enrique Guzmán decidió tomar cartas en el asunto. Y lo hizo dando un golpe de efecto casi tan grande como la recién inaugurada tribuna del arco de San Mamés: prescindió de los servicios de Antonio Barrios y fichó al entrenador que había llevado al Barcelona a lo más alto, al mismísimo cuñado de Ladislao Kubala: Fernando Daucik, todo un personaje. La operación causó asombro. El técnico eslovaco, un hombre





locuaz, inteligente y estrictamente vanidoso, rompía moldes. Dejar su sello con declaraciones polémicas y genialidades tácticas le gustaba tanto como exhibir sus elegantes sombreros de fieltro gris perla. En Bilbao, antes de su llegada, hubo quien aseguró que iba a arruinar el fútbol vasco.

El eslovaco, sin embargo, no daba puntada sin hilo. Aunque era muy excéntrico y algunas veces sus experimentos le explotaban en las manos, como cuando quiso probar una táctica revolucionaria contra el fuera de juego y su Barcelona encajó seis goles ante el Español, el hombre sabía lo que se hacía. Y Daucik llevaba tiempo admirando los progresos de un club que estaba realizando en silencio, sin traumas, una renovación modélica. Los grandes mitos rojiblancos fueron dejando sus puestos por ley natural y el Athletic se rejuveneció con la incorporación de promesas extraordinarias como Carmelo, Orue, Artetxe y Garay, después Arieta, Marcaida y Maguregui, más tarde Mauri, Uribe y Etura... El caso es que, en el verano de 1954, cuando Fernando Daucik llegó a Bilbao, el Athletic estaba en la rampa de lanzamiento. Entre los monstruos sagrados, sólo Gainza resistió el paso del tiempo. Los demás acabaron cediendo ante el empuje y la calidad de una generación estupenda. Aunque el nombre se lo pusieron tiempo después, habían nacido “los once aldeanos”.

Daucik llegó y besó el santo. En su primera temporada, dejó al Athletic tercero en la Liga, por detrás del Madrid de Di Stéfano y del Barcelona, que sería el rival del Athletic en las semifinales de Copa. El técnico de Sahy regresaba a la que había sido su casa, pero no se mordió la lengua. Hay cosas imposibles. Dejó claro que el Athletic iba a eliminar al Barça y que su querido cuñado no celebraría ningún título esa temporada. Y acertó. El Athletic logró una meritoria victoria en Las Corts (0-2, con goles de Artetxe y Gainza) en un partido marcado por un hecho insólito: Kubala falló un penalti. Hubiera sido

1955. Uribe al ataque. El joven centrocampista rojiblanco fue el autor del gol de la victoria en la final contra el Sevilla. ►

◀ 1955. El Athletic de Daucik posa antes de la final que ganó al Sevilla en el Santiago Bernabéu.



el 1-1. En el encuentro de vuelta, los rojiblancos empataron a dos. El segundo tanto bilbaíno lo firmó Canito, que se había lesionado en los primeros minutos y tuvo que jugar con la pata de palo.

La lesión de Nicanor Sagarduy no era grave. La final se jugaba seis días después y todos en Bilbao confiaban en que el puntal defensivo de la banda izquierda rojiblanca se recuperase a tiempo. El Sevilla era un enemigo de cuidado. Disponía de defensas implacables como Guillamón y el tremendo Campanal. Arriba, aunque la baja de Araujo les escocía, los andaluces contaban con gente hábil y de gatillo fácil como Arza, Liz, Quirro, Domenech y Loren. Era necesario atarles en corto y Daucik comenzó a idear su plan B para el caso de que Canito no pudiera saltar al césped del Bernabéu, como finalmente sucedió. Entre las distintas variantes, optó por una genialidad: situar a Artetxe en el puesto del baracaldés y colocar a Azkarate de extremo derecha. La explicación del entrenador tenía su lógica: un jugador bueno e inteligente, dijo refiriéndose a Artetxe, puede jugar en cualquier sitio.

La final fue una endiablada partida de ajedrez seguida con los cinco sentidos por 100.000 espectadores que se lo habían pasado de miedo en las horas previas, disfrutando de la confraternización vasco-andaluza, un bello duelo de txapelas y sombreros cordobeses, de finos y riojas. En el campo, el duelo fue táctico, un choque de pizarras, comprimido y sin aire. La tela de araña de Daucik se impuso a la estrategia de Helenio Herrera. Maguregui secó a Arza, Orue dejó inédito a Loren, Garay no dio opciones a Quirro y Artetxe cumplió con notable su cometido. Liz sólo se le fue un par de veces. Pero había que marcar un gol y el vizcaíno Busto, portero del Sevilla, no daba facilidades precisamente. Tampoco tenía su día Gainza, que ausente Canito y suplentes Manolín y Areta, era el único

1955. Fernando Daucik, entrenador del Athletic, con la Copa recién conquistada en la recepción al equipo en el Ayuntamiento de Bilbao. ►



rojiblanco sobre el césped que había jugado una final. Guillermo le tuvo frito los noventa minutos. Tuvo que ser uno de los jóvenes, Ignacio Uribe, el que decidiera la final allá por el minuto 70. Curiosamente, lo hizo con una formidable volea, una suerte que había popularizada su padre, Luis Uribe, en los años treinta. El recibimiento fue espectacular. Daucik quedó impresionado y volvió a irse de la lengua: prometió el doblete la siguiente temporada.

Una promesa cumplida

Fernando Daucik había prometido el doblete. Objetivamente, se trataba de una bilbainada y de las buenas. Porque una cosa era ganar la Copa, algo factible para un equipo al que le iba como anillo al dedo el fútbol a dos asaltos, y otra, muy distinta, soportar en la Liga la presión constante de dos escuadrones de élite como el Real Madrid y el Barcelona. Y, sin embargo, Daucik cumplió su palabra. Pese a los cambios y trucos de pizarra a los que era tan aficionado el técnico eslovaco, su equipo demostró una regularidad asombrosa y terminó superando al Barça en la última recta de la Liga, a tres jornadas del final, tras ganarle por 1-0 en San Mamés. En la Copa, como tantas otras veces, los rojiblancos avanzaron con botas de siete leguas. Pasaron por encima de la Cultural Leonesa y de Osasuna y, en semifinales, superaron al Real Madrid. Fue una soberbia eliminatoria en la que tuvieron un especial protagonismo, con sus goles, dos futbolistas contrapuestos que mezclaban a la perfección: Artetxe y Arieta, clase y potencia, poesía rebelde y prosa contundente.

La final se disputó el 24 de junio de 1956 en el Santiago Bernabéu. Era una tarde calurosa y gris, de cielo encapotado. Dos horas antes del partido que enfrentaría al Athletic con el Atlético de Madrid, descargó un estupendo chaparrón. Dieron ganas de aplaudirlo. El estadio reventaba con más de 100.000 espectadores. Hasta 120.000 llegaron a contabilizar algunos periódicos. Era un aforo enorme, pero aún así hubo un problema de mil demonios con las entradas. En Bilbao sólo se vendieron





10.000 y las quejas de los hinchas atronaron en la sede del club en la calle Bertendona. Los privilegiados que pudieron hacerse con una entrada la disfrutaron a conciencia. Celebraron el vigésimo título de Copa del Athletic. Ni más ni menos.

Fue un partido seco y correoso como un filete duro, la típica final en la que los nervios y la tensión impiden cualquier lucimiento. Por galones, el Athletic salió de rojiblanco y con el equipo de gala, el once de Daucik que toda la España futbolística había aprendido ya de memoria. Ahora bien, aquella vez, como otras muchas, se produjo un cambio de posiciones. Los afectados fueron Artetxe y Uribe, que había estado con gripe en vísperas del partido pero finalmente fue de la partida. Cosas del mister. El Atlético, entrenado por un buen conocedor de los leones, el getxotarra Antonio Barrios, tampoco tenía bajas en su equipo, un bloque muy serio en el que destacaba su banda izquierda formada por Peiró y Collar. Pero aquel no era el día de los 'colchoneros'. Para empezar, tuvieron que jugar con un uniforme espantoso: camiseta blanca, pantalón azul y medias rojiblancas. Y no sólo eso. También tuvieron que tragarse el sapo de presenciar el homenaje que se le tributó al Real Madrid, reciente campeón de Europa, antes del partido.

La igualdad presidió el choque. El Atlético de Madrid se adelantó en el minuto 25 con un gol de Molina y los campeones pasaron un mal rato. En realidad, no reaccionaron hasta casi el final de la primera parte, cuando Arqué anuló un golazo de Mauri por una supuesta falta de Arieta a Pazos en el salto. Era el minuto 37 y la injusticia espoleó a los bilbaínos. Un minuto después, Artetxe cabeceó a la red un centro de Gainza. El gol de la victoria llegaría en el minuto 70. El capitán rojiblanco, que se encaminaba hacia su sexto título, sacó con maestría una falta a la cabeza de Maguregui, que bien desmarcado hizo el 2-1 definitivo.

1956. Pazos desvía un balón en presencia de Artetxe en un momento de la final contra el Atlético. ►

◀ 1956. El Athletic posa en el Santiago Bernabéu antes de la final en la que derrotó al Atlético de Madrid.



El título de 1956 dejó para la posteridad una imagen inolvidable. Es necesario referirse a ella porque resume, por sí sola, con el poder de seducción de las grandes fotografías, toda la década de los cincuenta. Su autor fue José Ramón Orio, Claudio hijo, Claudito para los amigos. Había terminado la final y el fotógrafo de *El CORREO* estaba en el sitio y el lugar adecuados con su Rolle i Flex de 6x6. Piru Gainza había recibido la Copa de manos de Franco y bajaba con ella al césped, donde le esperaban sus compañeros.

El encuentro fue un delirio. Todo sucedió muy rápido hasta que surgió la instantánea histórica. Eneko Arieta alzó al gran capitán sobre sus hombros mientras Artetxe, escoltado por Mauri, cogía la peana de la Copa y la levantaba. La pierna izquierda de Gainza fue venerada entonces como una reliquia. Sin quitarse los guantes, Carmelo colocó unas de sus manazas sobre ella, a la altura de la rodilla. También Fernando Daucik, impecable con su traje y su sombrero gris, agarró a Piru por la espinillera. Y lo mismo hizo un joven aficionado que, presa del entusiasmo y cámara en ristre, saltó al campo y se incorporó al grupo. Gainza levantó la Copa hacia el cielo de Madrid y Claudio hijo se preparó para pulsar el disparador. Ignacio Uribe se le cruzó por delante, pero no lo suficiente como para taparle la sonrisa radiante de Eneko Arieta. Click.

La imagen es un homenaje a un equipo espléndido que fue capaz de competir de igual a igual, tan sólo con jugadores vizcaínos, once aldeanos que dijo un cronista, con dos de los mejores equipos del mundo de la época. Esta hazaña no sólo sirvió para que Vizcaya reventara de orgullo y nacieran peñas rojiblancas por toda España. También tuvo otro efecto colateral: radicalizó la filosofía del Athletic hasta el punto de que, en los años siguientes, el club se negó a fichar a tres grandes futbolistas formados en Vizcaya, Chus Pereda, Miguel Jones y José Eulogio Gárate, por el simple hecho de haber nacido fuera del País Vasco.



La victoria monumental

Resulta muy complicado escoger el triunfo más meritorio del Athletic a lo largo de su historia. Ahora bien, no hay duda de que uno de ellos se produjo en 1958, cuando los rojiblancos lograron en el Santiago Bernabéu, ante el Real Madrid de Di Stéfano, una victoria monumental. La gesta tuvo todos los ingredientes menos uno. Le faltó épica. El Athletic ganó con una solvencia impensable. Por lo demás, fue algo único. Hubo que derribar al mejor equipo del mundo y hacerlo, además, en su propio estadio, ya que la Federación obligó a que la final se disputara en Madrid.

El Athletic no era en 1958 el equipo avasallador que había firmado el doblete dos años antes. Habían cambiado algunas cosas y no tanto en la alineación del equipo sino en su blindaje emocional. La temporada 1956-57 había dejado algunos daños en la carrocería. Los rojiblancos debutaron en la Copa de Europa de forma memorable eliminando a dos grandes equipos como el Oporto y el Honved de Puskas, y cayendo en cuartos ante el Manchester United de los míticos Busby Babes tras un histórico 5-3 en San Mamés. Fue el famoso partido de la nieve. Pero en la Liga acabaron desmoronándose después de un comienzo supersónico y en la Copa se hundieron en la primera ronda ante el Español. El batacazo dejó muy tocado a Daucik, enfrentado a un amplio sector del público. La última de sus genialidades –acabar alineando a Carmelo como delantero en un amistoso ante el Burnley– le costó el cargo al final de temporada. Baltasar Albéniz llegó de Osasuna para sustituirle.

Aunque aportó sensatez, el técnico eibarrés no pudo enderezar el rumbo del equipo en la Liga. De nuevo irregulares, ca-





paces de lo mejor y de lo peor, los rojiblancos terminaron sextos. Lo cierto es que el comienzo de 1958 no auguró nada bueno. A la muerte de Perico Birichinaga, una de las grandes instituciones del club, se le unió el accidente aéreo del Manchester United que tan magnífico recuerdo había dejado en Bilbao. Fueron días de desánimo. Los alirones se antojaban cosa del pasado. La Copa, sin embargo, volvió a rescatar la mejor versión del Athletic. Los pupilos de Albéniz eliminaron sin problemas al Celta y a la Unión Deportiva Las Palmas antes de protagonizar una semifinal grandiosa frente al Barcelona. Tras ganar 2-0 en San Mamés e ir venciendo por 0-2 en un encharcado Camp Nou, los rojiblancos las pasaron tiesas –y eso que Artetxe estuvo estelar– para acabar perdiendo por la mínima (4-3) y salvar los muebles.

Sobre la final flotaba una polémica. El problema era la sede. Parecía claro que el partido por el título tenía que disputarse en un terreno neutral, como había sucedido siempre. La Federación, sin embargo, había tomado otra decisión: se jugaría en Madrid, independientemente de quiénes fueran los finalistas. Por lo visto, el presidente de la RFEF, Alfonso de la Fuente Chaos, había recibido presiones «al más alto nivel» para que así fuera. Los periódicos bilbaínos estuvieron días con las alarmas encendidas, recordando que el Reglamento de Partidos y Competiciones de 1957 no decía una palabra sobre la obligación de jugar en Madrid. Tan sólo exigía que la final se celebrara en un estadio con un aforo mínimo de 40.000 espectadores. La del año anterior, por ejemplo, se había celebrado en Barcelona.

El viernes 20 de junio, la Federación hizo pública la designación de Madrid como sede de la final, que se disputaría en el estadio Metropolitano si el Real Madrid era uno de los dos contendientes. La directiva del Athletic se rebeló, aunque esperó a eliminar al Barcelona para lanzarse al ataque. No hubo nada que hacer. Todas las gestiones de Enrique Guzmán cayeron en saco roto. Fue como estrellarse contra una pared. La última intentona tuvo lugar el martes 24, cinco días antes de la final. Guzmán estuvo un cuarto de hora al teléfono con el secretario de la RFEF, Andrés Ramírez Pardiñas. Fue inútil. En

1958. Mauri, en presencia de Di Stéfano, marca el 2-0 ►
en la final de 1958. Ya no se movería el marcador.

◀ 1958. Con todo en contra, el Athletic de Albéniz logró en el Santiago Bernabéu una victoria histórica ante el Real Madrid campeón de Europa.



vista de ello, el presidente rojiblanco optó por una bilbainada: aceptó Madrid como sede, pero exigió que la final se disputase en el Santiago Bernabéu, que tenía mucha más capacidad que el Metropolitano y al menos iba a permitir una masiva afluencia de hinchas bilbaínos. La actitud del rey de Copas recibió todo tipo de elogios y almíbares en la Prensa madrileña; tantos que a Di Stéfano le parecieron excesivos. «Hubiéramos jugado en cualquier lugar, en el campo del Barakaldo, donde la parezca al señor Guzmán», declaró, con retintín de gallo porteño.

Albéniz planteó un gran partido. El Athletic ya había fichado a su sustituto, Martim de Francisco, y quería despedirse a lo grande. La táctica del eibarrés fue una lección de sentido común. A los campeones de Europa les faltaban tres piezas importantes –Marsal, Kopa y Gento–, por lo que la clave era ahogar su corazón creativo, el triángulo formado por Santisteban, Di Stéfano y Rial. El Athletic hizo ese trabajo a la perfección. Etura mantuvo a raya al genio argentino, Jesús Garay se merendó a Rial y un jovencito de 19 años que sólo había jugado ocho partidos hasta entonces, Koldo Aguirre, dejó a Santisteban como la mojama. El resto fue cuestión de casta, de ritmo y de un delantero centro que, tanto en las semifinales ante el Barcelona como en esa final, completó los mejores partidos de su vida: Eneko Arieta.

Santamaría vivió un via crucis aquella tarde con el durangués. El central uruguayo sabía latín, arameo y tres o cuatro lenguas muertas más, pero nada pudo hacer ante el torito. Un chutazo de Arieta abrió el marcador en el minuto 20. Tres minutos después, Mauri hizo el 2-0 tras empalmar de volea un centro bombeado de Uribe. El Real Madrid no supo reaccionar. Atados de pies y manos, incómodos, los merengues acabaron colgando balones largos al área de Carmelo, donde Jesús Garay impuso su ley. Fue una victoria inolvidable. Vizcaya reventó de entusiasmo. Las peñas rojiblancas se multiplicaban. En su viñeta en *EL CORREO*, K-Toño dibujaba al día siguiente la caravana rojiblanca cruzando Somosierra. En la carrocería del autobús que abría la comitiva se leía el resultado: «Pobresitos aldeanos 2-Mejor equipo del mundo 0».

El cierre del paréntesis

Vista con perspectiva, la victoria en la Copa de 1958 fue una frontera histórica. Para el Athletic supuso el fin de toda una época, la de sus primeros 60 años como club dominador del fútbol español junto al Real Madrid y el Barcelona. Es más, ninguno de esos dos colosos lucía en 1958 un palmarés como el de los rojiblancos. Todavía estaban lejos. Los tres podían alardear de los mismo títulos de Liga (6), pero la Copa marcaba una diferencia sustancial: 21 títulos del Athletic, por 13 del Barça y 9 del Madrid. Quede ahí el dato, aunque sólo sea para ilustrar a algún que otro cazurro de las ondas que todavía duda de la grandeza del Athletic.

Sostenerse en la cumbre que el equipo de Albéniz alcanzó en el Santiago Bernabéu ante los campeones de Europa era muy complicado. Casi imposible. Se comprobó en la temporada 1958-59. Terceros en la Liga, los rojiblancos cayeron en octavos de la Copa. Su verdugo fue el Real Madrid, que se tomó cumplida revancha de la afrenta del año anterior. No se anduvieron con melindres los merengues en la hora de la venganza. Todavía más reforzados con la llegada de Puskas, es decir, convertidos en un ejército invencible, tumbaron al Athletic durante tres campañas consecutivas. En una de ellas, la 1959-60, lo hicieron con un histórico 8-1 en el Bernabéu tras haber perdido por 3-0 en San Mamés. Aquella vez la expedición rojiblanca no recibió flores y aplausos a su paso por los pueblos de Vizcaya. De hecho, el autobús tuvo que parar en Orduña y esperar a que se hiciera de noche para pasar inadvertido. Dicen que había hinchas esperando con palos y piedras a los rojiblancos.

Lo cierto es que la década de los sesenta, acotada por tres malas noticias –el traspaso de Jesús Garay al Barcelona en el verano de 1960, la muerte en accidente de tráfico del presidente Julio Egusquiza el 8 de diciembre de 1968 y la gravísima





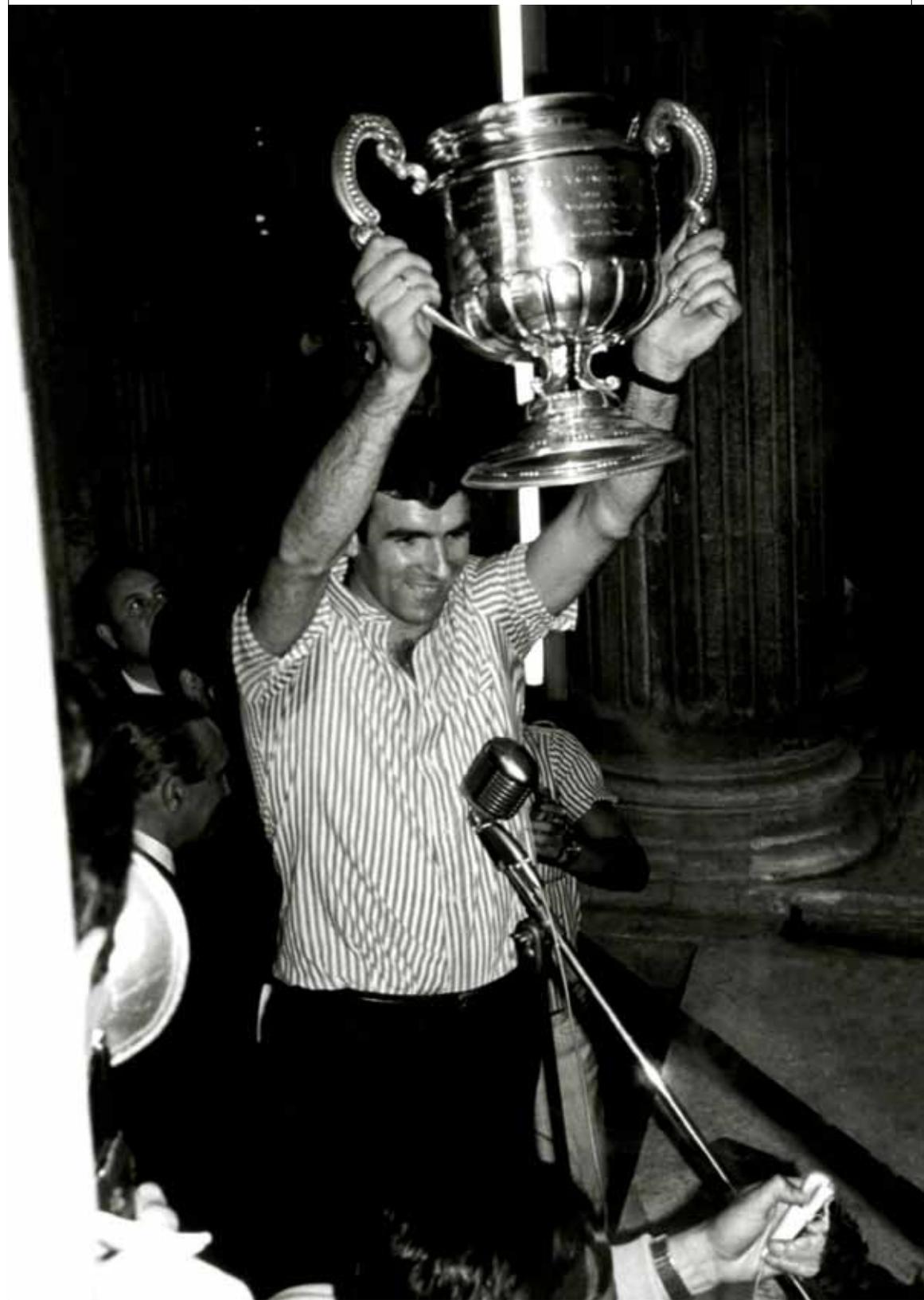
lesión de Javier Clemente el 23 de noviembre de 1969—, fue una larga travesía del desierto. Ni siquiera con la Guerra Civil de por medio estuvo tanto tiempo el Athletic sin ganar un título como en ese paréntesis gris que se vivió entre 1958 y 1969. Durante cinco temporadas, el banquillo rojiblanco fue una silla eléctrica por la que desfilaron Martín Francisco, Juan Antonio Ipiña, Ángel Zubieta, Juanito Ochoantezana, Antonio Barrios... Entre todos fueron completando un relevo generacional traumático e inevitable. Ley de vida. Las grandes figuras de los cincuenta se hicieron a un lado... A la marcha de Garay siguieron, en años sucesivos, las de Marcaida, Maguregui, Canito, Uribe, Carmelo, Artetxe, Mauri, Etura, Eneko Arieta...

El que más aguantó fue José Mari Orue. Él y Koldo Aguirre fueron los capitanes encargados de pastorear a las jóvenes promesas, buena parte de ellas procedentes del juvenil, que fueron entrando poco a poco en el equipo. De los once campeones de 1969, el central Luis Mari Echeverría fue el primero en llegar en la campaña 1961-62. El año siguiente ofrecería una cosecha fantástica: Argoitia se asentó en el equipo, al que llegaron Uriarte, Sáez, Aranguren y un hombre llamado a hacer historia. Era José Ángel Iribar. En poco tiempo, sería uno de los mejores porteros del mundo. A estos mimbres se les unieron Arieta II en la campaña 1964-65, Larrauri y Txetxu Rojo en la 1965-66, ya con Piru Gainza de entrenador, y Clemente e Igartua dos años después, coincidiendo precisamente con la conquista de la Copa.

Juntos devolvieron la ilusión a una hinchada que se consumía de nostalgia. Y no sólo se trataba de que la afición añorase los títulos. Es que, además, había sufrido el puyazo de dos finales perdidas de forma consecutiva en 1966 y 1967. La primera fue ante el Zaragoza de los Cinco Magníficos (Canario, Santos, Marcelino, Villa y Lapetra), un *rottweiler* que ya había apeado a los bilbaínos de la Copa en 1963 y 65. La segunda fue ante el Valencia de Valdo y Claramunt, dirigido por Mundo. Quedó claro entonces que Gainza no tenía como técnico la suerte en las finales que tuvo como jugador. De hecho, fue con Rafa

1969. Iribar alza el trofeo desde el balcón del Ayuntamiento de Bilbao. ►
Como tantas otras veces, una multitud salió a recibir al equipo.

◀ 1969. Tras once años de sequía, el Athletic logra un nuevo título.
El equipo campeón que se impuso al Elche posa antes de la final.



Iriondo en el banquillo y Ronnie Allen a su lado, recién fichado para ejercer de manager, como llegó la Copa número 22.

La espera había sido tan larga que la afición, tras soportar una Liga de lo más mediocre –el equipo quedó undécimo con cuatro negativos– se volcó en la final con la fiebre de sus mejores días. Las agencias ponían planas de publicidad en los periódicos con sus ofertas. El viaje en avión más la entrada salía por 2.500 pesetas. En autobús, la tarifa ascendía a 550 pesetas y en tren oscilaba entre las 525 pesetas ida y vuelta en segunda y las 825 de la litera. Más de 23.000 vizcaínos volverían a disfrutar de su festejo más querido: la procesión a Madrid.

El rival fue el Elche de Roque Máspoli, el legendario portero de la selección de Uruguay campeona del mundo en 1950. Eran un buen equipo. Dos grandes defensas, Iborra y Ballester, tres paraguayos de primera línea (González, Lezcano y el delantero Cascos, verdugo de la Real Sociedad en semifinales) y una de las mejores promesas del fútbol español, al que ya seguía los pasos el Barcelona: Asensi. Pese a todo, el Athletic era claro favorito. No importaba que el equipo no estuviera fino y que sólo Clemente se mostrara en un gran momento de forma. «Cerebro electrónico del Athletic, dueño y señor de los grandes espacios», escribió de él José Mari Múgica. Pero los galones eran los galones. Y la historia, la historia. El Athletic siempre sería favorito ante el Elche.

En las vísperas del partido, el computador IBM 1620 que manejaba el padre Aguirre, profesor de Cálculo Teórico de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Deusto, otorgaba a los rojiblancos un 62% de posibilidades de victoria. En ello debieron pensar los hinchas del Athletic durante la primera mitad. El Elche dominaba y ellos se santiguaban, rezando para que ‘El Chopo’ tuviera una actuación estelar como la que tuvo en 1966 en la final contra el Zaragoza, cuando pese a la derrota acabaron cantándole, por primera vez, “Iribar, Iribar es cojonudo, como Iribar no hay ninguno”. El Athletic, sin embargo, se fue rehaciendo. Acabó la primera parte con mejor cara y en la segunda impuso su calidad. Clemente entró en acción y Antón Arieta emuló a su hermano Eneko, el héroe de la final del 58. Fue en el minuto 82. Se fue de dos rivales, se perfiló y de un chutazo marcó el gol de la victoria.

Con cantera y afición...

La resaca dulce de un título que había puesto fin a once años de sequía no duró mucho. En el verano de 1969, hubo mucho oleaje dentro del club, entre marejada y fuerte marejada. Rebajado en su autoridad por la figura del nuevo manager, Rafa Iriondo abandonó el Athletic. No puede decirse que Félix Oraá se sintiera muy apesadumbrado con la marcha del guerniqués. Su apuesta era Ronnie Allen, un histórico delantero del West Bromwich Albion con escasa experiencia como técnico. Se podría decir que lo del inglés fue llegar y besar el santo equivocado. El mismo día de su presentación le montó una bronca terrible a un fotógrafo que había entrado en el vestuario del equipo para regalar a los jugadores fotografías de la final ganada unas semanas antes. Se armó un lío tremendo y Allen quedó crucificado para los restos por los chicos de la prensa.

Por otro lado, el club perdió ese verano a uno de sus futbolistas emblemáticos, Koldo Aguirre, traspasado al Sabadell por decisión del nuevo entrenador. Pocos meses después, también perdería a un diamante que todavía se estaba puliendo, Javier Clemente, cazado por Marañón en Sabadell. El equipo, sin embargo, supo sobreponerse a las adversidades. Es cierto que caer en la primera ronda de la Recopa ante el Manchester City fue un bajonazo muy duro para un bloque que había completado actuaciones más que meritorias en la Copa de Ferias durante las temporadas anteriores, pero lo cierto es que aquel Athletic tenía un paso extrañamente firme. Las maratónicas sesiones de entrenamiento de Ronnie Allen, que solían incluir carreras por la playa de Sopelana, habían tenido un efecto sorprendente: el equipo comenzó a demostrar una asombrosa regularidad. Tanto que tuvo el título de Liga al alcance de la mano. Se lo regaló de mala manera al Atlético de Madrid, tras caer en Mestalla en la penúltima jornada.





El golpe fue muy duro. El equipo se desinfló, como si le hubieran descorchado y hubiera comenzado a perder burbujas. Cayó en primera ronda de la Copa, eliminado con claridad por el Real Madrid, y no levantó cabeza en las dos temporadas siguientes. La primera de ellas encendió las alarmas: quintos en la Liga y apeados a la primera en la Copa de Ferias y en octavos de la Copa por el Barça. El proyecto de Allen hacía aguas y eso que estaba sustentado en dos de las grandes figuras de la historia del Athletic, los que todavía son, de hecho, los jugadores que más veces han vestido la camiseta rojiblanca: José Ángel Iribar y Txetxu Rojo.

Sobre 'El Chopo', uno de los mejores porteros de la historia, ya se ha dicho casi todo. Los halagos se agotaron hace años. Basta recordar lo que dijo de él un periodista catalán, tras presenciar una actuación sobrenatural del portero de Zarauz en el Camp Nou. El Athletic había ganado 0-1 y el hombre estaba alucinado. «Es un gigante. El monstruo de los seis brazos. Mejor que Zamora», sentenció. No es extraño que se le siga venerando como a un tótem. Rojo era otra cosa. Hablamos de un genio rebelde que ejercía un influjo fascinante. Provocaba amores indestructibles y algunos odios implacables. San Mames vivió pendiente de él durante 17 temporadas. No es de extrañar. Había que verle. Rojo ponía la zurda en el camino del balón, detenía el cuero en el regazo de su bota y entonces el mundo se detenía, expectante. Algo iba a pasar. Y sólo por disfrutar de ese misterio uno podía entregarle el alma.

Ni siquiera estas dos grandes figuras, a las que se les podría añadir un tercer león tan poderoso como Fidel Uriarte, pudieron evitar el naufragio. En la campaña 1971-72, el equipo se hundió y hubo que operar. Ronnie Allen dejó su puesto a Salvador Artigas, que acabó salvando los muebles y conduciendo al equipo hasta las semifinales de Copa. La labor del técnico catalán, un tipo reservado como un cartujo que hacía su vida en las recién inauguradas instalaciones de Lezama, fue meritoria. El problema fue que su carácter le impedía ejercer de revulsivo. Eso era lo que necesitaba el Athletic y para eso

1973. Zubiaga, autor del segundo gol en la final contra el Castellón, levanta la Copa en el balcón del Ayuntamiento de Bilbao. ►

◀ El equipo campeón de 1973 posa antes de la final en el Vicente Calderón. Pavic es el primero por la derecha.



se contrató a Miroslav Pavic, un doctor en Educación Física por la Universidad de Belgrado, buen teórico del fútbol, que había hecho una carrera aceptable en el Brujas y el Standar de Lieja. Con él llegó el título de Copa número 23.

Nadie lo hubiera dicho durante sus primeros meses de estancia en el equipo, de los que se recuerdan dos problemas. El primero es la famosa sanción disciplinaria de tres semanas a Txetxu Rojo, sobre el que el Real Madrid y el Barcelona estaban echando sus tentáculos. Fue una tontería. Pavic dijo que quería gladiadores en el campo y el de Begoña le contestó que ellos eran jugadores. La directiva lo interpretó como un desacato y Rojo fue apartado de la plantilla. El segundo problema fueron las fiebres tifoideas que apartaron a Iribar dos meses de los terrenos de juego, un período en el que Vizcaya rezó más que nunca. El Athletic, pese a todo, resurgió en la Copa, como tantas otras veces.

Tras aprovechar la ventaja de un sorteo propicio –Oviedo, Sevilla y Málaga fueron sus rivales–, el equipo se plantó en la final, donde le esperaba el Castellón. El Athletic, que había estrenado presidente en la figura de José Antonio Eguidazu, se conjuró para sumar un nuevo título semanas después de que la Federación aprobase la contratación de dos extranjeros por equipo, un gran palo para el club. Y lo consiguió. El Castellón de Lucien Muller había ascendido un año antes, pero tenía un buen conjunto. Allí estaban Planelles, el jefe de la tropa, Clares y un joven Vicente del Bosque.

En la final, sin embargo, los levantinos pagaron la novatada. El rival imponía. Muy serio, apoyado por una hinchada ardiente que reventó las gradas del Vicente Calderón, el equipo de Pavic dio una lección de solvencia. Y no importó que cinco futbolistas –Zubiaga, Guisasola, Rojo II, Lasa y Villar– debutasen aquel día en una gran final. Su superioridad fue indiscutible a lo largo y ancho de un partido que se decidió con goles de Arieta II en el minuto 27 y Zubiaga en el 53. La celebración del título tuvo esta vez un carácter reivindicativo, bien resumido en el lema de la pancarta con la que la expedición del Athletic se encontró al comienzo de la cuesta de Miraflores, antes de coger el camión que le bajaría hasta el Ayuntamiento: «Con cantera y afición, no hace falta importación».

El punto de ebullición

El Athletic había ganado la Liga una semana antes. La hinchada era feliz y el equipo de Javier Clemente vivía en una nube tras firmar su segundo título consecutivo. Pero quedaba una cuenta pendiente: la Copa. Habían pasado once años desde la última; once largos años en los que el Athletic, aparte de no poder celebrar ninguna conquista en su torneo predilecto, sufrió la derrota más dolorosa de toda su historia. Nos referimos, por supuesto, a la final perdida ante el Betis en la temporada 1976-77, semanas después de otro golpe histórico como fue caer en la final de la Copa de la UEFA ante la Juventus. Toda una generación que disfrutó deslumbrada del espectáculo que ofreció el equipo de Koldo Aguirre entendió que la vida es una valle de lágrimas con aquel suplicio chino que alcanzó su clímax en los penaltis fallados por Dani, Villar e Iribar.

Había que resarcirse de aquel golpe bajo y regresar a la cima en el torneo más querido. Y había que hacerlo ante el Barcelona. Los culés eran el peor rival posible y ello por dos razones. La primera era el tipo de equipo que había formado César Luis Menotti. Hablamos de un Barça de cemento armado, nada que ver con otros grandes bloques de la historia azulgrana, ni de los anteriores a él –los de Kubala o Cruyff–, ni de los posteriores –el *Dream Team* o este *Wonderful Team* de Guardiola, que ha batido todos los récords ganando seis títulos en un año–. Menotti tenía un escuadrón de tipos duros. Ni siquiera su verbo florido podía ocultar el aroma legionario que destilaba su tropa. Imposible hacerlo teniendo una plantilla formada por gente como Sánchez, Migueli, Alexanco, Moratalla, Julio Alberto, Periko Alonso, Víctor, Rojo, Calderé, Clos, Marcos, Esteban, Carrasco, Schuster y Maradona.





No es extraño que al Athletic campeón de Clemente, un equipo blindado, de enorme presencia y despliegue físico, se le diera mal aquel Barcelona. Venía a ser como la horma de su zapato. Esa misma temporada, de hecho, los rojiblancos, pese a alzarse con el título de Liga, habían perdido sus dos partidos contra los culés: 4-0 en el Nou Camp en un partido famoso por la lesión de Goikoetxea a Maradona, y 1-2 en San Mamés, con el 'Pelusa' tomándose la venganza y marcando los dos goles de su equipo.

La segunda razón que convertía a los catalanes en el peor rival posible eran las tensas relaciones entre los dos clubes a raíz, precisamente, de la lesión de Maradona. Se abrió la veda y dos históricos que durante décadas habían mantenido unas relaciones ejemplares acabaron tirándose los trastos a la cabeza. El ambiente se fue pudriendo durante meses y se hizo irrespirable en los días anteriores a la final. Clemente y Maradona intercambiaron insultos mientras la designación de Franco Martínez era recibida con abucheos en ambas trincheras. Menotti, por su parte, volvió a poner su granito de arena para rebajar la temperatura. «El Barcelona está preparado incluso para replicar a una determinada violencia con la misma violencia», declaró en vísperas de la cita. Todo muy alentador, en fin.

La caldera se había alimentado tanto que el 5 de mayo la tensión era máxima. El Athletic estaba alojado en el Hotel Mindanao. Durante la merienda, el silencio en el comedor era de película de miedo. Se oían hasta las cucharillas tocando en las tazas cuando los jugadores revolvían sus cafés. Durante el trayecto en autobús hasta el Santiago Bernabéu, el nudo en el estómago de los futbolistas fue creciendo. Madrid estaba vestida de rojo y blanco. La afición del Athletic había protagonizado el desplazamiento masivo más numeroso de la historia del fútbol español –55.000 personas– y muchos jugadores bilbaínos comprendieron entonces que la Liga podía ser más importante, pero que la Copa era algo único.

Entraron en el Bernabéu como los gladiadores en el coliseo. Eran gente valiente, al mando de dos sargentos de hierro, supervi-

1984. Maradona se escapa de Argote. El *crack* argentino acabaría provocando una enorme tangana al acabar el partido. ►

◀ Once titular del Athletic en la final que ganó al Barcelona en 1984, el último título logrado por el Athletic.



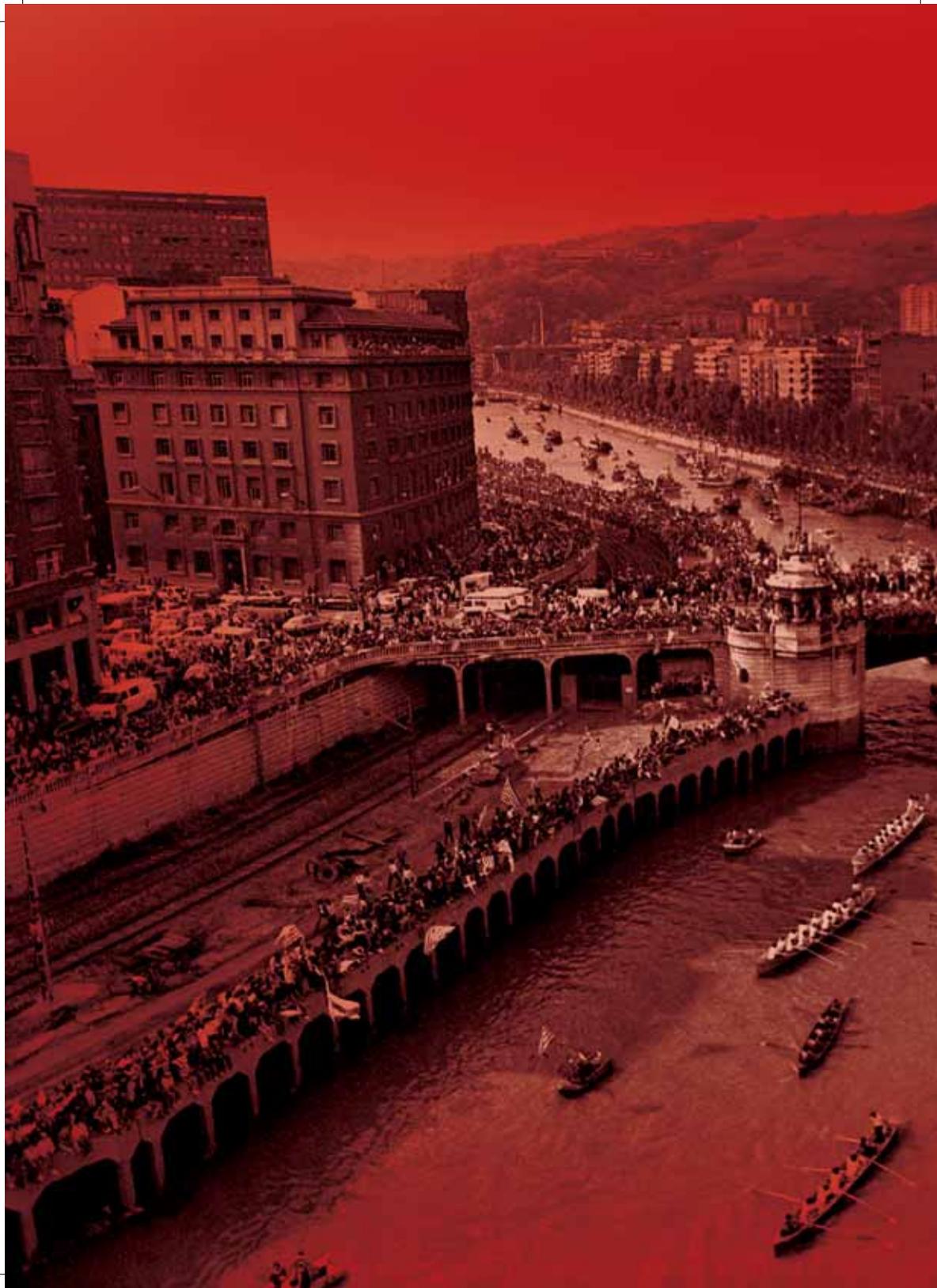
vientes de las finales del 77, Dani y Goikoetxea. Dos clásicos. Pero tanta tensión no podía ser buena. El que mejor lo comprendió fue Natxo Biritxinaga, el hijo del mítico Perico. Viendo a sus muchachos tan tensos, pasó a la acción. Sólo faltaban unos minutos para saltar al campo cuando, en mitad del calentamiento que los jugadores realizaban en el vestuario, 'Biritxi' apareció disfrazado de Eva Nasarre, una guapa presentadora de televisión que conducía un programa de aerobio. Llevaba un maillot de gimnasia, una cinta en el pelo y los labios pintados. Al verle de esa guisa, las carcajadas de los jugadores se oyeron en la Puerta de Alcalá. Fue una liberación para el equipo, que saltó al campo con tres sorpresas en la alineación: Núñez, Patxi Salinas y Endika.

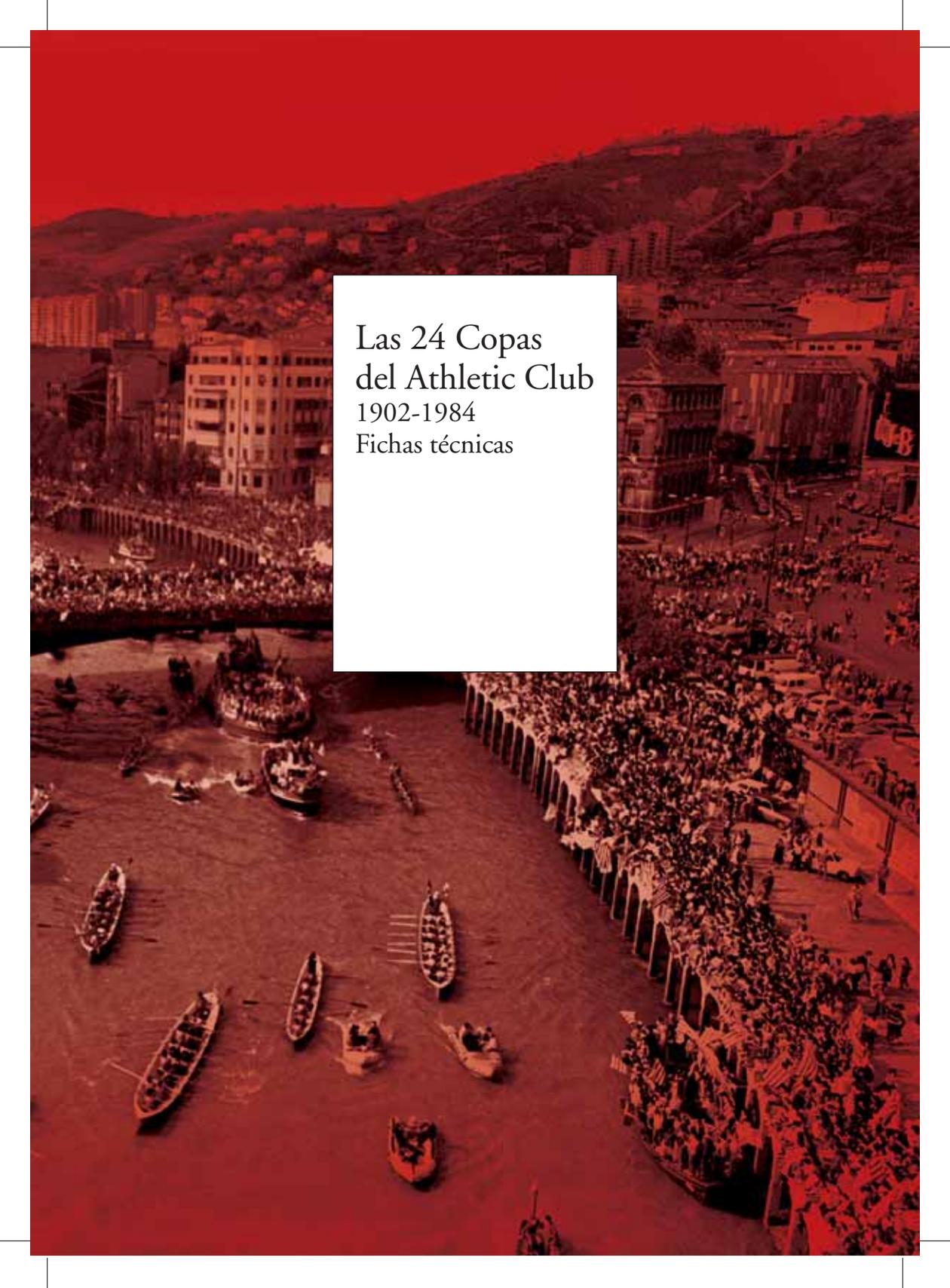
El partido fue un choque de trenes. Saltaron chispas desde el principio. En el minuto 14, Endika recibió un centro de Argote, que tocaba tan bien la pelota que hasta los despejes se le convertían en pases medidos. Con un temple extraordinario, el delantero getxotarra, batió por bajo a Urruti. Fue una jugada decisiva. Animado por la ventaja, el Athletic se afanó en una brutal labor de desgaste para maniar al Barcelona y dejar que corriera el minutero. Y lo consiguió. Los de Menotti quedaron amordazados y atados a la silla. Les habían hecho prisioneros. La afición del Athletic era un manojo de nervios, pero la realidad es que el Barça apenas dispuso de ocasiones frente a la portería de Zubizarreta: un disparo blando de Maradona, un cabezazo de Schuster...

Los culés se fueron desesperando y menguando a medida que pasaban los minutos y el Athletic rugía y crecía en busca de un doblete que no se celebraba desde 1956. La impotencia del Barça quedó personificada en el *crack* argentino, mas desesperado que nunca. Con el pitido final se llegó al punto de ebullición y la caldera estalló. Maradona agredió a Núñez, noqueó a Sola dejándole diez minutos inconsciente y provocó una tangana bestial, la más vergonzosa de la que se tiene noticia en el fútbol español.

Ese negro colofón, sin embargo, no fue suficiente para rebajar la alegría de una afición entusiasmada. Sus chavales habían vencido al poderoso Barcelona. De nuevo, como en el principio, como en aquel lejano 1902 y ante el mismo rival de entonces, la victoria había sido una cuestión de orgullo.





An aerial photograph of a rowing regatta on a wide river. Numerous rowing boats are visible on the water, some with crews. A large crowd of spectators lines the right bank, many holding flags. In the background, a city is built on a hillside under a red sky.

Las 24 Copas
del Athletic Club
1902-1984
Fichas técnicas

1

15 de mayo de 1902

Hipódromo de Madrid.
Copa de la Coronación de Alfonso XIII.

2 Bizcaya: Luis Arana, Careaga, Larrañaga, Luis Silva, Amado Arana, Goiri, Cazeux, Astorquia, Dyer, Ramón Silva y Evans.

1 Barcelona: Morris, Pamies, Meyer, J. Morris, Witty, Valdés, Parsons, Gamper, Steinberg, Albéniz y E. Morris.

Goles: 1-0 Astorquia (m.10) 2-0 Cazeux (m.20) 2-1 Parsons (m.75).

Árbitro: Carlos Padrós.

2

8 de abril de 1903.

Hipódromo de Madrid.

3 Athletic: Acha, Luis Silva, Amado Arana, Goiri, Cockram, Ansoleaga, De la Sota, Montejo, Astorquia, Cazeux y Evans.

2 Madrid FC: Johnson, Molera, M. Giralt, A. Giralt, J. Giralt, Normand, Paragés, Valdeterrazo, Neyra, Revuelto y Vallarino.

Goles: 0-1 Valdeterrazo (m.15) 0-2 Neyra (m.40) 1-2 Cazeux (m. 55) 2-2 Montejo (m.70) 3-2 Alejandro de la Sota (m.80).

Árbitro: Soler

Incidencias: 5.000 espectadores. Durante el descanso hubo peleas entre los hinchas de los dos equipos.

3

26 de marzo de 1904.

Campo de Tiro de Pichón de Madrid. No se disputó el partido y el Athletic ganó por incomparecencia del contrario.

4

20 de marzo de 1910.

Campo de Ondarreta (San Sebastián).

1 Athletic: Astorquia, Arzuaga, Amman, Belauste, Cameron, Grapham, Hurtado, Iza, Burns, Veitch e Iceta.

0 Vasconia Sporting Club: Bea, Arrillaga, Pérez, Airreveche, Goitisoló, Irureta, Prast, Simmons, Mc Guinness, Lacort y Saura

Goles: 1-0, Iza (primera parte).

Árbitro: Lavat.

◀ 7 de mayo 1984. El Athletic llega por la ría y montado en una gabarra al corazón de Bilbao tras ganar la Liga y la Copa. Archivo: *El CORREO*.

Incidencias: Al término del partido, un grupo de espectadores airados apedreó a los rojiblancos cuando se retiraban a los vestuarios.

5

15 de abril de 1911.

Campo de Jolaseta (Getxo).

3 Athletic: Luis Astorquia, Arzuaga, Allende, Iza, Belauste, Mandiola, Belaunde, Zuazo, Garnica, Veitch y Smith.

1 Espanyol: Gilbert, A. Massana, Álvarez, Heredia, S. Massana, Buylla, Barenys, Giralt, Neyra, Castillo y Sampere.

Goles: 1-0, Veitch. 2-0, Belaunde. 3-0, Garnica. 3-1, Neyra.

Árbitro: Scott.

Incidencias: Lleno en el campo de Jolaseta y grandes aplausos para el Español, el único de los participantes que no abandonó el torneo.

6

10 de mayo de 1914.

Campo de Costorbe (Irún).

2 Athletic: Ibarreche, Hurtado, Solaun, Eguía, José María

Belauste, Iceta, Germán, 'Pichichi', Zuazo, Apón y Ramón Belauste.

1 España: Puig, Prat, Mariné, Salvo I, Casellas, Salvo II, Villena, Passani, Bellavista, Baró y Coletas.

Goles: 1-0, Zuazo (m.20). 2-0, Zuazo (m.29). 2-1, Coletas, (m.89)

Árbitro: Percy Paulson

Incidencias: Lleno en el campo de Costorbe de Irún. Masiva presencia de hinchas del Athletic.

7

2 de mayo de 1915.

Campo de Amute (Irún).

5 Athletic: Ibarreche, Hurtado, Solaun, Cabieces, José María Belauste, Mestraitua, Germán, Pichichi, Zubizarreta, Iceta y Ramón Belauste.

0 Español: Gibert, Bru, Massana, Lemmel, Pomés, Juanico, Janer, Armet, López, Usobiaga y Sampere.

Goles: 1-0, Pichichi (m. 3, de penalti). 2-0, Pichichi (m.43). 3-0, Pichichi (m.60). 4-0, Zubizarreta (m. 69). 5-0, Germán (m. 70).

Árbitro: Walter Hermann
Incidencias: La muerte
en accidente de un joven
seguidor rojiblanco hizo
que suspendieran todas las
celebraciones.

8

7 de mayo de 1916.
Campo del Español (Barcelona).

4 Athletic: Ibarreche, Solaun,
Hurtado, Eguía, José María
Belauste, Cabieces, Germán,
Pichichi, Zubizarreta, Iceta y
Acedo.

0 Real Madrid: Teus, Erice,
Irureta, E. Aranguren, René
Petit, Castell, Sicilia, Belaunde,
Bernabéu, J. Petit y S.
Aranguren.

Goles: 1-0, Acedo. 2-0,
Zubizarreta. 3-0, Zubizarreta. 4-
0, Zubizarreta.

Árbitro: Francisco Bru
Incidencias: El público catalán
animó al Athletic.

9

8 de mayo de 1921.
Estadio de San Mamés (Bilbao).

4 Athletic: Rivero, Beguiristain,
Hurtado, Patxo Belauste,

José María Belauste, Sabino,
Villabaso, Pichichi, Allende,
Laca y Acedo.

1 Atlético de Madrid: Durán,
Olalquiaga, Pololo, Escalera,
Fajardo, Olarreaga, Amann,
Tuduri, Triana, Del Río y Luis
Olaso.

Goles: 1-0, Laca (m. 29). 1-
1, Triana (m.38). 2-1, Acedo,
de penalti (m.41). 3-1, Acedo
(m.68). 4-1, Laca (m.73).

Árbitro: Berraondo.
Incidencias: Más de 10.000
espectadores en San Mamés
dejaron una taquilla histórica:
40.000 pesetas.

10

13 de mayo de 1923.
Estadio de Las Corts
(Barcelona).

1 Athletic: Vidal, Rousse,
Duñabeitia, Sabino, Larraza,
Legarreta, Germán, Sesumaga,
Travieso, Carmelo y Acedo.

0 Europa: Bordoy, Serra, Vidal,
Bonet, Pelaó, Artus, Pellicer,
Juliá, Cros, Olivella y Alcázar.

Goles: 1-0, 'Travieso' (m. 30).

Árbitro: Rasero.

Incidencias: Lleno absoluto en el campo de Las Corts, con una mínima presencia de aficionados rojiblancos.

11

1 de junio de 1930.

Estadio de Montjuic.

3 Athletic: Blasco, Castellanos, Urquizu, Garizurieta, Muguerza, Chirri II, Lafuente, Iraragorri, Unamuno, Bata y Gorostiza.

2 Real Madrid: Vidal, Torregrosa, Quesada, Prats, Esparza, Peña, Lazcano, Triana, Rubio, Cosme y Olaso.

Goles: 1-0, Lafuente (m.1). 1-1, Lazcano, (m. 15). 2-1, Iraragorri (m.45). 2-2, Triana (m.65). 3-2, Lafuente (m.115).

Árbitro: Comorera.

Incidencias: 70.000 espectadores en el estadio de Montjuic.

12

21 de junio de 1931.

Estadio de Chamartín

3 Athletic: Blasco, Careaga, Castellanos, Garizurieta, Muguerza, Roberto, Felipés, Iraragorri, Bata, Chirri II y Gorostiza.

1 Betis: Jesús (Pedrosa, m.46), Aranda, Jesusín, Peral, Soladrero, Adolfo I, Timimi, Adolfo II, Romero, Enrique y Sanz.

Goles: 1-0, Chirri II (m.23). 2-0, Roberto, (m. 38). 3-0, Bata (m.54). 3-1, Sanz (m.57).

Incidencias: Lleno en Chamartín. El público pitó al Athletic por perder el tiempo durante la última media hora de partido.

13

19 de junio de 1932.

Estadio de Chamartín.

1 Athletic: Blasco, Castellanos, Urquizu, Uribe, Muguerza, Roberto, Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri II y Gorostiza.

0 Barcelona: Nogués, Zabalo, Alcoriza, Martí, Guzmán, Arnau, Piera, Arocha, Samitier, Ramón y Pedrol.

Goles: 1-0, Bata (m.57).

Incidencias: Lleno en Chamartín en una tarde calurosísima. Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas del Gobierno republicano, entregó la Copa al capitán rojiblanco.

14

25 de junio de 1933.

Estadio de Montjuic.

2 Athletic: Blasco, Castellanos, Urquizu, Cilaurren, Muguerra, Roberto, Lafuente, Iraragorri, Unamuno, Bata y Gorostiza.

1 Real Madrid: Zamora, Ciriaco, Quincoces, Pedro Regueiro, Valle, Bonet, Eugenio, Luis Regueiro, Olivares, Hilario y Lazcano.

Goles: 0-1, Lazcano (m. 22).
1-1, Gorostiza (m.72). 2-1,
Lafuente (m.73).

Árbitro. Arribas.

Incidencias: Lleno total en Montjuic. En el partido previo a la final, el Erandio se proclamó campeón de España amateur.

15

20 de junio de 1943.

Estadio Metropolitano de Madrid.

1 Athletic: Lezama, Mieza, Oceja, Ortuzar, Ortiz, Nando, Elices, Panizo, Zarra, Urra y Gainza.

0 Real Madrid: Marzá, Querejeta, Corona, Sauto, Ipiña,

Moleiro, Alsúa, Chus Alonso, Pruden, Barinaga y Botella.

Goles: 1-0, Zarra (m.104).

Árbitro: Cruella.

Incidencias: Llenazo en el Metropolitano. 5.000 boinas rojas del Frente de Juventudes presenciaron el partido.

16

25 de junio de 1944.

Estadio de Montjuic.

2 Athletic: Lezama, Arqueta, Oceja, Celaya, Bertol, Nando, Iriondo, Escudero, Zarra, Panizo y Gainza.

0 Valencia: Eizaguirre, Álvaro, Juan Ramón, Ortuzar, Iturraspe, Lecue, Epi, Hernández, Mundo, Igoa y Asensi.

Goles: 1-0, Zarra (m.21). 2-0,
Escudero (m.44).

Árbitro: Villalta

Incidencias: 62.000 espectadores en Montjuic. Lleno absoluto.

17

24 de junio de 1945.

Estadio de Montjuic.

3 Athletic: Lezama, Bergareche, Mieza, Celaya, Bertol, Nando, Iriondo, Panizo, Zarra, Garate y Gainza.

2 Valencia: Eizaguirre, Álvaro, Juan Ramón, Asensi, Iturraspe, Lecue, Bertoli, Amadeo, Mundo, Igoa y Gorostiza.

Goles: 0-1, Mundo (m.11). 1-1, Zarra (m.21). 2-1, Iriondo (m.26). 2-2, Mundo (m.37). 3-2, Iriondo (m.90).

Árbitro: Escartín. Expulsó a Zarra y Álvaro.
Incidencias: Lleno absoluto en Montjuic.

18

28 de mayo de 1950.
Estadio de Chamartín.

4 Athletic: Lezama, Canito, Areta, Aramberri, Manolín, Nando, Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gainza.

1 Valladolid: Saso, Lesmes I, Babot, Lesmes II, Ortega, Lasala, Revuelta, Coque, Vaquero, Aldecoa y Juanco.

Goles: 1-0, Zarra (m.14). 1-1, Coque (m.85). 2-1, Zarra (m.94). 3-1, Zarra (m.96). 4-1, Zarra (m.116).

Árbitro: Azón.
Incidencias: Lleno en Chamartín.

19

5 de junio de 1955.
Estadio Santiago Bernabéu.

1 Athletic: Carmelo, Orúe, Garay, Artetxe, Mauri, Maguregui, Azkarate, Marcaida, Arieta I, Uribe y Gainza.

0 Sevilla: Busto, Guillamón, Campanal II, Valero, Pepín, Enrique, Liz, Arza, Quirro, Domenech y Loren.

Goles: 1-0, Uribe (m. 70).

Árbitro: Arqué.
Incidencias: 100.00 espectadores en el Santiago Bernabéu.

20

24 de junio de 1956.
Estadio Santiago Bernabéu.

2 Athletic: Carmelo, Orúe, Garay, Canito, Mauri, Maguregui, Artetxe, Marcaida, Arieta I, Uribe y Gainza.

1 Atlético de Madrid: Pazos, Martín, Herrera, Verde, Hernández, Cobo, Miguel, Peiró, Molina, Agustín y Collar.

Goles: 0-1, Molina (m.25). 1-1, Artetxe (m.37). 2-1, Maguregui (m.70).

Árbitro: Arqué.

Incidencias: Más de 100.000 espectadores en el Bernabéu. Antes del partido se homenajeó a los jugadores del Real Madrid, campeones de Europa.

21

29 de junio de 1958.

Estadio Santiago Bernabéu.

2 Athletic: Carmelo, Orúe, Garay, Canito, Mauri, Etura, Artetxe, Uribe, Arieta, Koldo Aguirre y Gainza.

0 Real Madrid: Alonso, Atienza, Santamaría, Lesmes, Santisteban, Zarraga, Joseito, Mateos, Di Stéfano, Rial y Pereda.

Goles: 1-0, Arieta (m.20). 2-0, Mauri, (m.23).

Árbitro: González Echevarría.

22

15 de junio de 1969.

Estadio Santiago Bernabéu.

1 Athletic: Iribar, Sáez, Echeverría, Aranguren, Igartua,

Larrauri, Argoitia, Uriarte, Arieta II, Clemente y Rojo I.

0 Elche: Araquistáin, Ballester, Iborra, González, Lezcano, Llompart, Serena, Curro, Vavá, Asensi y Casco.

Goles: 1-0, Arieta II (m.82).

Árbitro: Camacho.

Incidencias: 90.000 espectadores en el Santiago Bernabéu.

23

29 de junio 1973.

Estadio Vicente Calderón.

2 Athletic: Iribar, Sáez, Larrauri, Zubiaga (m.72, Aranguren), Guisasola, Rojo II, Lasa, Villar, Arieta II (m.74, Carlos), Uriarte y Rojo I.

0 Castellón: Corral, Figueirido, Cela, Babiloni, Óscar, Ferrer (m.79, Cayuela), Toñín, Del Bosque, Clares (m.46, Ortuño), Planelles y Félix.

Goles: 1-0, Arieta II (m.27). 2-0, Zubiaga (m.54).

Árbitro: Medina Iglesias.

Incidencias: Lleno a rebosar en el Vicente Calderón.

24

5 de mayo de 1984.

Estadio Santiago Bernabéu.

1 Athletic: Zubizarreta, Urkiaga, Núñez, Liceranzu, Goikoetxea, De Andrés, Dani, Patxi Salinas, Endika (Sarabia, m. 60), Urtubi y Argote (Gallego, m. 86).

0 Barcelona: Urruti, Sánchez, Migueli, Alexanko, Julio Alberto, Víctor, Carrasco, Schuster, Rojo (Clos, m. 62), Maradona y Marcos.

Gol: 1-0, Endika (m. 14).

Árbitro: Franco Martínez.

Incidencias: 95.000 espectadores en el Santiago Bernabéu.

Al término del partido una agresión de Maradona a Núñez provocó una tangana brutal.

ÍNDICE

Una educación sentimental	7
Una cuestión de orgullo	13
La arenga de Astorquia	19
El temible señor Avecilla	25
Gloria en rojo y blanco	33
Lío en Jolaseta	39
El genio y el gigante	47
Los mimbres de mister Barnes	55
Los dueños de la Copa	63
Fiesta en San Mamés	71
El cerrojo de mister Pentland	79
La creación de la máquina	85
Un rodillo en Chamartín	91
El quinto bombín	97
El equipo de un pueblo	103
Diez años, una vida	111
El cuarteto mágico	117
La afrenta al héroe	123
Cuatro veces Zarra	131
Cosas de Daucik	137
Una promesa cumplida	145
La victoria monumental	153
El cierre del paréntesis	159
Con cantera y afición	165
El punto de ebullición	171
Las 24 Copas/fichas técnicas	179

